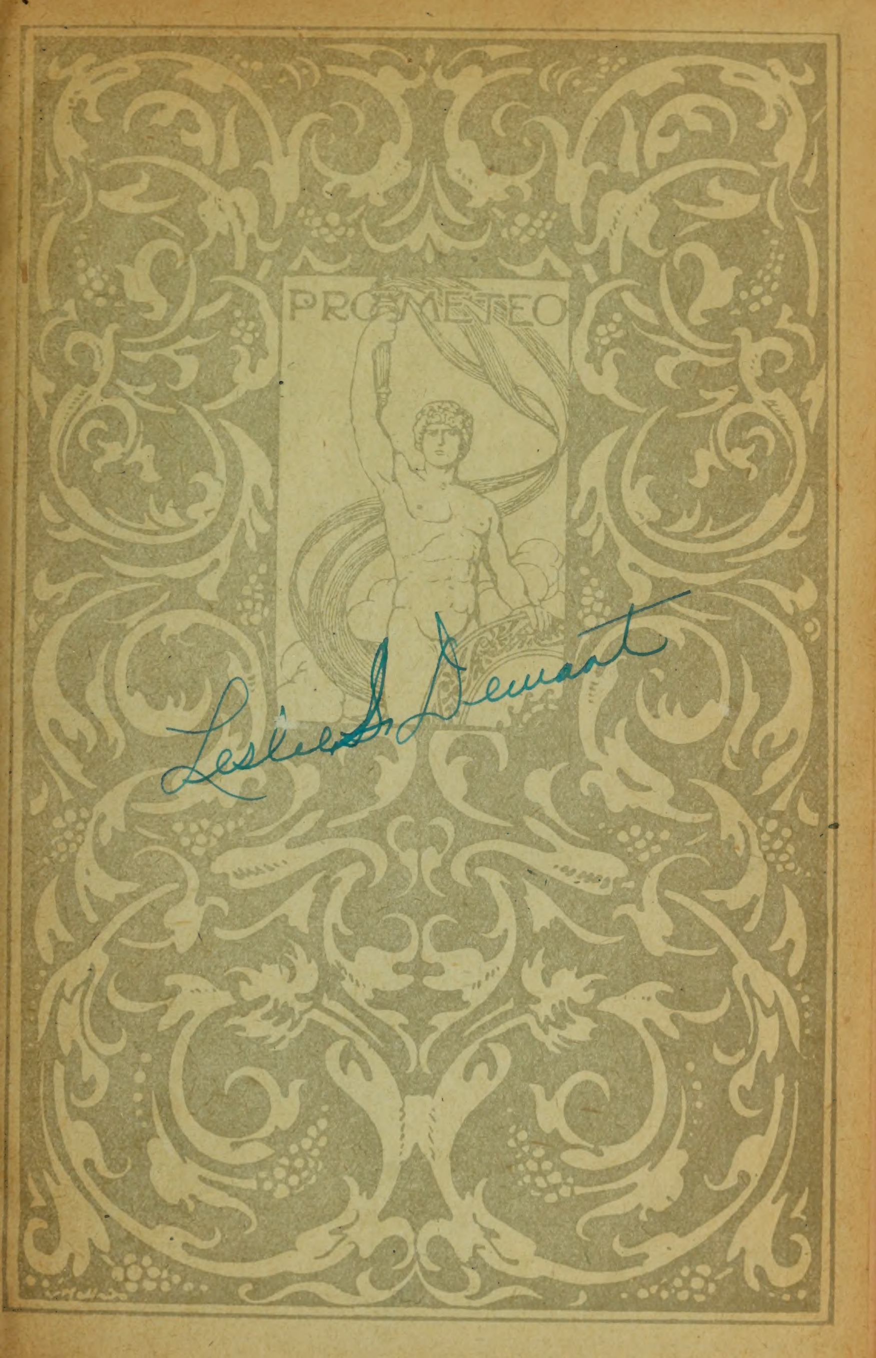


SÓFOCLES

TRAGEDIAS

TRADUCCIÓN NUEVA DEL GRIEGO
POR LECONTE DE LISLE

PROMETEO
VALENCIA


PROMETEO

SÓFOCLES

TRAGEDIAS



TRADUCCIÓN NUEVA DEL GRIEGO POR

LECONTE DE LISLE

CLÁSICOS GRIEGOS

SÓFOCLES

TRAGEDIAS

Traducción nueva del griego por

LECONTE DE LISLE

Versión española de JOSÉ VELASCO Y GARCÍA

Catedrático de la Universidad de Valladolid

TOMO PRIMERO

LAS TRAQUINENSES : EDIPO, REY
EDIPO EN COLONO : ANTÍGONA



PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)





I

LAS TRAQUINENSES

Deyanira.	Un mensajero.
Una esclava.	Licas.
Hilo.	La nodriza.
Coro de doncellas traquinenses.	Un anciano.
	Heracles.

DEYANIRA

Es una sentencia antigua y muchas veces puesta en boca de los hombres, que no se puede decir, antes de que cada uno haya muerto, si su vida ha sido buena ó mala. Pero yo sé, antes de marchar al Hades, que mi vida ha sido desgraciada y lamentable, yo que, viviendo todavía en Pleurón, en la morada paterna de Eneo, he sufrido, más que ninguna doncella etolia, una cruelísima angustia por causa de mi boda. En efecto, mi pretendiente era un río, Aqueloo, que, revestido de una triple forma, me pedía á mi padre. Unas veces venía en figura de un toro; otras, en la de un dragón flexible y veleidoso; otras, en la de un hombre con

cabeza de toro, fluyendo de su peludo mentón el agua como de una fuente. Con la perspectiva de semejante esposo, yo, desgraciada, deseaba siempre morir antes que entrar en su lecho; pero, con alegría por mi parte, vino más tarde el ilustre hijo de Zeus y de Alcmena, que luchó con Aqueloo y me libertó. No referiré las peripecias de aquel combate; las ignoro, en efecto. Que las refiera él, que asistió sin temor al espectáculo. En cuanto á mí, estaba sentada, despavorida, temiendo que mi hermosura me acarrease la desgracia. En fin, Zeus, que regula los combates, dió á éste un término feliz, si yo puedo llamarlo feliz; porque, desde el día en que fuí escogida para entrar en el lecho de Heracles, voy de terror en terror, siempre ansiosa por su suerte, y la noche que disipa mis angustias me trae otras nuevas. Hemos procreado hijos, pero él no los ha visto sino raras veces, al modo que un labrador que posee un campo lejano no lo ve sino cuando lo siembra ó recoge la cosecha. Tal es el destino que trae á Heracles á su morada y le hace salir de ella, siempre al servicio de algún amo. Y ahora que ha llevado á cabo sus trabajos, estoy atormentada por más grandes terrores. En efecto, desde que ha matado á la Fuerza de Ifito, habiendo sido arrojados, vivimos aquí, hospedados en la morada de un traquinense; pero nadie sabe dónde está Heracles. Ha partido, dejándome amargas inquietudes, y temo que le haya ocurrido alguna desgracia; porque no hace poco tiempo, sino que hace quince meses, que ha partido y no me ha enviado ningún mensaje. Ha ocurrido sin duda alguna gran desgracia, si he de juzgar por estas tablillas que me dejó al marchar, y pido á los Dioses que no sean ellas para mí una causa de miseria.

La esclava

Ama Deyanira, te he visto ya, con lamentaciones y abundantes lágrimas, deplorar la partida de Heracles; pero, si está permitido á los esclavos aconsejar á las personas libres, puedo decirte algunas palabras. Teniendo tantos hijos, ¿por qué no enviar alguno de ellos en busca de tu esposo, y sobre todo á Hilo, que debe desearlo, si le tiene con algún cuidado la salud de su padre? Hele ahí, que entra en la morada con rápido paso. Por lo tanto, si mis palabras son oportunas, puedes hacer uso de su ayuda y de mis consejos.

Deyanira

¡Oh hijo! Los de vil nacimiento pueden decir prudentes

palabras. Esta mujer, en efecto, aunque sea esclava, ha hablado como una persona libre.

HILO

¿Qué es esto? Haz que yo lo sepa, madre, si me está permitido saberlo.

DEYANIRA

Dice que es vergonzoso que no te informes de dónde está tu padre, ausente desde hace tanto tiempo.

HILO

Pero lo sé, si ha de creerse el rumor general.

DEYANIRA

¿Y en qué lugar de la tierra, hijo, has llegado á saber que se ha detenido?

HILO

Se dice que, en estos últimos tiempos, durante todo un año, ha servido á una mujer lidia.

DEYANIRA

¡Si ha sufrido eso, qué no puede haber sufrido!

HILO

Pero he averiguado que había salido de esa esclavitud.

DEYANIRA

¿Dónde se dice que está ahora vivo ó muerto?

HILO

Se dice que marcha ó que va á marchar hacia la tierra euboica, contra la ciudad de Eurito.

DEYANIRA

¿Sabes, hijo, que me ha dejado oráculos ciertos sobre ese país?

HILO

¿Cuáles, madre? Los ignoro.

DEYANIRA

Allí encontrará su día postrero, ó bien, terminado ese último combate, deberá pasar el resto de su vida pacífica y dichosamente. Así, pues, hijo, puesto que se encuentra en semejante peligro, ¿no irás en su ayuda? De ese modo, si él salva la vida, salvos seremos nosotros, y si no, pereceremos de la misma muerte.

HILO

Iré, madre. Si hubiera conocido las palabras de ese oráculo, largo tiempo haría que me hubiera unido á él. Ahora, el destino conocido de mi padre no me permite temer ni vacilar ya.

DEYANIRA

Ve, pues, ¡oh hijo! porque, hasta al que llega demasiado tarde, una buena noticia proporciona un seguro provecho.

EL CORO

Estrofa I

¡Tú, á quien la noche llena de astros hace, desapareciendo, nacer, ó adormece en su lecho, Helios, flamígero Helios, yo te suplico, ¡oh ardiente de espléndido fulgor! á fin de que me digas dónde habita el hijo de Alcmena! ¿Está retenido en las gargantas del mar ó sobre uno de los dos continentes? Di, ¡oh tú que sobresales por los ojos!

Antistrofa I

Veo, en efecto, que Deyanira, á quien se han disputado dos rivales, triste su alma, y semejando al ave desventurada, no cierra ya jamás sus párpados afligidos, que no cesan de derramar lágrimas; sino que, turbada por el recuerdo y el cuidado del esposo ausente, inquieta, se consume sobre su lecho viudo, previendo algún destino funesto y lamentable.

Estrofa II

Porque, así como se ve, en alta mar, bajo el infatigable Noto ó el Bóreas, las olas innumerables suceder á las olas, del mismo modo, semejante al mar Crético, el Cadmógeno prosigue y aumenta los trabajos de su vida, pero algún dios le salva siempre y le aparta de las moradas de Ades.

Antistrofa II

Así, censurándote por eso, te contradiré y te agradaré á la vez. Digo que no debes desechar una esperanza favorable. En efecto, el Cronida, el moderador universal, no ha dado á los mortales una vida sin dolor, sino que las miserias y las alegrías turnan para todos, como los caminos circulares de la Osa.

Épodo

Ni la noche llena de astros, ni la miseria, ni las riquezas, duran siempre para los mortales, sino que se van prontamente, y le llega á cada uno regocijarse y sufrir. Por esto, Reina, quiero que conserves la esperanza, porque ¿quién ha visto jamás á Zeus no preocuparse de sus hijos?

DEYANIRA

Pienso que vienes á mí al rumor de mi desdicha. Ojalá no sepas nunca, sufriendo males parecidos, cuán desgarrado está mi corazón; porque, ahora, no lo sabes. La juventud crece segura y vive una vida tranquila; ni el ardor del dios, ni la lluvia, ni los vientos, la turban, sino que acrece su vida en las delicias, hasta que la virgen se hace mujer, y en el espacio de una noche toma su parte de nuestras penas. Entonces sabrá, conociendo su propio mal, á qué males estoy expuesta. En verdad, me he lamentado ya respecto á numerosos dolores, pero hay uno más amargo que todos y que voy á decir. Cuando el rey Heracles abandonó su morada, en su última partida, dejó antiguas tablillas sobre las cuales estaban escritas palabras que no había jamás tenido, en su espíritu, el cuidado de dirigirme hasta entonces; porque acostumbraba á partir seguro de llevar á cabo su obra y cierto de no morir. Y ahora, como si no viviese ya, ha hecho mi parte de los bienes nupciales y señalado para cada uno de sus hijos una porción de la tierra paterna. Si sigue ausente quince meses enteros desde su partida de este país, es preciso que se le tenga por muerto en el intervalo; pero si escapa felizmente de ese término, vivirá tranquilamente en lo sucesivo. Tal es el fin que los Dioses han marcado á los trabajos de Heracles, como la antigua Encina dodonea lo ha declarado en otro tiempo por la voz de las dos Palomas. Y ahora, la verdad de esas cosas va á ser probada por lo que va á pasar. Por eso, ¡oh queridas! mientras reposo en un dulce sueño, salto, despavorida, temiendo sobrevivir al más grande de los hombres.

EL CORO

Espera mejor ahora. Veo venir á un hombre adornado con una corona como un portador de buenas nuevas.

EL MENSAJERO

Ama Deyanira, yo seré el primer mensajero que te libre de inquietud. Sabe que el hijo de Alcmena, vivo y victorioso, trae del combate las primicias de la victoria para los Dioses de esta tierra.

DEYANIRA

¿Qué es esto? ¿Qué me dices, anciano?

EL MENSAJERO

Que el esposo llamado por tantos votos va á volver á su morada, llevando las señales de la victoria.

DEYANIRA

¿Has oído lo que anuncias á un ciudadano ó á un extranjero?

EL MENSAJERO

En un pasto de bueyes, el heraldo Licas lo refería á la multitud. En cuanto lo hube oído, eché á correr á fin de ser el primero en anunciártelo y merecer una recompensa.

DEYANIRA

¿Y por qué el mismo Licas no está aquí, puesto que todo es para el mayor bien?

EL MENSAJERO

Es que se le obstruye el camino, mujer. Todo el pueblo melio le rodea y le oprime, y no puede pasar adelante. Cada uno, queriendo saberlo todo, no le dejará escapar fácilmente antes de haberlo todo oído. Así es que cede á sus deseos á pesar de su voluntad; pero bien pronto le verás á él mismo.

DEYANIRA

¡Oh Zeus, que habitas la no segada pradera del Eta! Tú nos has dado esta alegría, aunque tardíamente. Elevad la

voz, ¡oh mujeres! las unas en la morada y las otras fuera, porque ved que nos regocijamos con esta noticia cuya luz inesperada surge para mí.

EL CORO

¡Lanzad alegres gritos en tornó á los altares, moradas que volveréis á ver al Esposo! ¡Que los jóvenes canten con voz unánime á Apolo tutelar el del bello carcax! ¡Oh doncellas, cantad ¡Peán! ¡Peán! ¡Cantad á Artemis, hermana de Apolo, la de Ortigia, matadora de ciervos y portadora de antorchas en una y otra mano! ¡Y cantad también á las Ninfas compañeras! Yo salto en el aire y no resisto á la flauta que regula mi alma. ¡Evoé! ¡Evoé! ¡La hiedra me turba y me arrastra al furor báquico! ¡Io! ¡Io! ¡Peán! ¡Peán! Ve, ¡oh la más querida de las mujeres! lo que se ofrece á ti.

DEYANIRA

Ya veo, queridas mujeres. La vigilancia de mis ojos no me engaña de suerte que no vea esta multitud. Yo deseo que prospere ese heraldo esperado tan largo tiempo, si me trae alguna cosa de bueno.

LICAS

Ciertamente, volvemos con felicidad, y somos bien acogidos, mujer, por las cosas que hemos hecho. Es justo recompensar con buenas palabras al hombre que ha combatido victoriosamente.

DEYANIRA

¡Oh el más querido de los hombres! Ante todo, dime lo que yo deseo saber: ¿volveré á ver vivo á Heracles?

LICAS

Verdaderamente yo le he dejado lleno de fuerza, vivo, floreciente, y no atacado de enfermedad.

DEYANIRA

¿Dónde? ¿En tierra de la patria ó en tierra bárbara? Di.

LICAS

En la ribera de Eubea, donde consagra altares y racimos de frutos á Zeus Ceneo.

DEYANIRA

¿Cumple votos prometidos, ú obedece á un oráculo?

LICAS

Cumple los votos hechos mientras sitiaba y devastaba con la lanza la ciudad de esas mujeres que ves delante de ti.

DEYANIRA

¿Y ellas? ¡Por los Dioses! ¿Quiénes son ellas? Son dignas de compasión, si su miseria no me engaña.

LICAS

Heracles, habiendo destruído la ciudad de Eurito, las ha hecho sus esclavas y ofrecido á los Dioses.

DEYANIRA

¿Es ante esa ciudad donde ha consumido ese número increíble de días?

LICAS

No, porque ha sido retenido la mayor parte del tiempo entre los lidios, y como dice él mismo, no libre, sino vendido. Sin embargo, mujer, no puede ser censurado por lo que Zeus ha querido y llevado á cabo. Entregado como esclavo á Onfalia la Bárbara, la ha servido un año, como él lo refiere. Pero esta ignominia le mordió de tal modo en el corazón, que se obligó él mismo con juramento á reducir á servidumbre, con su mujer y su hijo, á quien le había infligido esta desdicha. Y no fué ello dicho en vano, porque, habiendo sufrido la expiación, reunió un ejército y marchó contra la ciudad de Eurito, afirmando que éste era el único de todos los mortales, causa de sus desdichas. En efecto, cuando vino á sentarse como un antiguo huésped en la morada de Eurito, este último le llenó de ultrajes numerosos y urdió contra él numerosos ardides, diciendo que, á pesar de las flechas inevitables que llevaba en la mano, era inferior á los Euritidas como arquero, y que se había envilecido llegando á ser esclavo de un hombre libre. En fin, estando harto de vino en una comida, Eurito le arrojó de su morada. Inflamado de cólera á causa de estos ultrajes, Heracles, habiendo encontrado á Ifito en la colina de Tirinto buscando las huellas

de yeguas vagabundas, y viendo que tenía el espíritu y los ojos distraídos, le precipitó desde la cima de la altura. Por eso fué por lo que Zeus Olímpico, padre de todas las cosas, agitado de cólera, y no pudiendo tolerar que Heracles hubiese usado de ardides contra un hombre solo, le hizo vender como esclavo. Si se hubiera vengado abiertamente de sus injurias, Zeus le hubiese perdonado, porque tampoco los Dioses gustan de sufrir la injuria. Pues todos los que se envanecían de una lengua insolente habitan ahora en el Hades, y su ciudad está reducida á servidumbre. Estas que tú ves vienen á ti arrancadas de su felicidad por un triste destino. Tu esposo lo ordena así, y yo, fiel servidor, obedezco sus órdenes. El mismo, en cuanto haya sacrificado víctimas irreprochables á su padre Zeus, á causa de esta ciudad tomada, vendrá, está segura. Y esto es lo más grato de oir entre todo lo que ya te he dicho.

EL CORO

Reina, lo que ves y oyes te permite ahora manifestar toda tu alegría.

DEYANIRA

¿Por qué no me he de regocijar, en efecto, y con justo título, habiendo sabido el feliz destino de mi esposo? Es preciso, puesto que estas noticias responden á mis deseos. Sin embargo, la prudencia me deja en el espíritu cierto temor de que esta buena fortuna no conduzca á alguna desgracia. ¡Oh queridas! Una fuerte piedad se apodera de mí cuando veo á estas infelices arrojadas de su morada en tierra extranjera, privadas de sus padres y faltas de asilo, ellas que nacieron quizá de hombres libres y ahora sufren una vida servil. ¡Oh Zeus compasivo, que jamás te vea procediendo así contra mi raza! ó si lo haces, ¡que no sea mientras yo viva! ¡Oh tú, tan desventurada! ¿qué clase de mujer eres? ¿Eres doncella? ¿eres madre? A juzgar por tu aspecto, no sabes nada de estas cosas; pero, sin embargo, eres bien nacida. Licas, ¿de quién procede esta joven extranjera? ¿Quién es su madre? ¿Qué padre la ha engendrado? Di. Me he apiadado de ella más que de ninguna cuando he visto que era la única que manifestaba una gran discreción.

LICAS

¡Qué sé yo! ¿De qué me preguntas? Tal vez no ha nacido de una raza vil entre los habitantes del país.

DEYANIRA

¿Viene de los tiranos? ¿Tenía Eurito alguna hija?

LICAS

No sé. No me he preocupado de ello.

DEYANIRA

¿Has oído su nombre á algún compañero de camino?

LICAS

No. He cumplido mi misión en silencio.

DEYANIRA

Habla por tu propio impulso, ¡oh desdichada! porque es triste que no se sepa quién eres.

LICAS

No lo hará más ahora que antes, no habiendo todavía pronunciado palabra alguna, ni grande ni pequeña. Sino que, gimiendo por su cruel desgracia, no ha cesado, la desventurada, de verter lágrimas desde que abandonó su patria azotada por los vientos. Ciertamente, sufre un destino adverso, y hay que perdonarla.

DEYANIRA

Dejémosla, pues, y que entre en la morada, si esto le agrada más. Que no se añada por mí un nuevo dolor á los que ya experimenta. Bastante es con su mal presente. Ahora, entremos todos en la morada. Tú ve adonde quieras; yo voy á hacer los preparativos interiores.

EL MENSAJERO

Espera al menos algunos instantes, á fin de que sepas, habiéndose alejado todos esos, quiénes son las que haces entrar en la morada. Es necesario que sepas lo que no se te ha dicho, porque yo tengo pleno conocimiento de esas cosas.

DEYANIRA

¿Por qué me impides avanzar?

El mensajero

Detente y escucha. Puesto que has oído sin pesar lo que ya te he dicho, espero que me escucharás lo mismo ahora.

Deyanira

¿Les hacemos volver, ó quieres hablar solamente para mí y para éstas?

El mensajero

Nada impide que yo hable para ti y para éstas, pero deja salir á las otras.

Deyanira

Ya se han marchado. Ahora, habla.

El mensajero

De todo lo que ese hombre ha dicho, nada es franco ni verdadero. O miente ahora, ó mentía antes.

Deyanira

¿Qué dices? Di claramente lo que piensas, porque no sé lo que dices.

El mensajero

He oído á ese hombre declarar ante muchos testigos que Eurito había sido muerto, y que Ecalia erizada de torres había sido tomada por Heracles á causa de esta doncella; que el único entre todos los Dioses, Eros, le había incitado á esta guerra, y no su permanencia entre los lidios, ni sus trabajos serviles infligidos por Onfalia, ni la muerte de Ifito precipitado de lo alto. Y he aquí que Licas no habla de este amor y se contradice. Porque, no habiendo podido persuadir al padre á darle su hija, á fin de que compartiese su lecho en secreto, ha invadido por una causa leve la patria de esta doncella, allí donde, decía, reinaba Eurito, muerto á este rey y devastado su ciudad. Y ahora, como ves, al volver á su morada, ha enviado esta joven por delante, no como una esclava, sino rodeada de solicitud. No tengas fe en él, mujer. ¿Cómo ha de ser verídico, cuando está abrasado de amor? Me ha parecido, señora, que debía revelarte todo lo que he oído á Licas. En el Agora le han oído, como yo, muchos traquinenses que pueden acusarle. Si he dicho cosas desagrada-

bles, no me regocijo por ello; pero, sin embargo, he dicho la verdad.

DEYANIRA

¡Ay! ¡Desgraciada! ¿En qué calamidad me he sumido? ¿Qué escondida peste he hecho entrar bajo mi techo? ¡Desgraciada! ¿No es, pues, ésta una desconocida, como juraba el que la ha traído?

EL MENSAJERO

Ella resplandece por su belleza y por su raza. Ha nacido de Eurito, y su nombre es Iole. Si Licas no ha revelado sus padres, es que no se había informado de ello.

EL CORO

No pido que todos los malos perezcan, pero sí, al menos, los que urden tramas para el mal.

DEYANIRA

¿Qué es preciso que haga, mujer? Estoy anonadada con lo que he oído.

EL CORO

Ve, é interroga al mismo Licas. El dirá la verdad, si tú aparentas querer obligarle por la fuerza.

DEYANIRA

Iré, porque es prudente lo que dices.

EL CORO

¿Nos quedamos aquí? ¿Qué hacer?

DEYANIRA

Quedaos. Ese hombre, sin que se le llame, sale espontáneamente de la morada.

LICAS

¿Qué hace falta anunciar á Heracles, mujer? Dímelo, pues ya ves que parto.

DEYANIRA

Partes muy pronto, habiendo tardado tanto tiempo en venir, y antes de que hayamos reanudado la conversación.

LICAS

Si quieres informarte de algo, heme aquí.

DEYANIRA

¿Dirás sinceramente la verdad?

LICAS

¡Pongo al gran Zeus por testigo! Por lo menos, lo que me es conocido.

DEYANIRA

¿Quién es esa mujer que has traído aquí?

LICAS

Viene de Eubea; pero no puedo decir de qué padres ha nacido.

EL MENSAJERO

¡Hola! ¡Tú, mira aquí! ¿A quién crees hablar?

LICAS

Y tú, ¿por qué me interrogas?

EL MENSAJERO

Atrévete á responder, si estás en tu juicio, á lo que te pregunto.

LICAS

Hablo á la reina Deyanira, hija de Eneo, esposa de Heracles, y á menos que mis ojos no me engañen, á mi dueña.

EL MENSAJERO

Eso es lo que yo quería oir de ti. ¿Dices que es tu dueña?

LICAS

Ciertamente, con justicia.

EL MENSAJERO

¿Qué suplicio no mereces, si es así, y si confiesas tu iniquidad hacia ella?

LICAS

¿Cómo inicuo? ¿Por qué me hablas encubiertamente?

EL MENSAJERO

Nada de eso. Tú eres quien obra así.

LICAS

Me marcho. Verdaderamente, he sido un insensato en escucharte por tanto tiempo.

EL MENSAJERO

No te marches antes de responder brevemente á una pregunta.

LICAS

Habla, si quieres. En efecto, no acostumbras á ser mudo.

EL MENSAJERO

¿Conoces á esa cautiva que has traído á esta morada?

LICAS

No. ¿Por qué lo preguntas?

EL MENSAJERO

¿No has dicho que esa mujer, que finges no conocer, era Iole, hija de Eurito?

LICAS

¿A quién entre los hombres? ¿Quién vendrá á afirmarte que he hablado así ante él?

EL MENSAJERO

Un gran número de ciudadanos. Una multitud de traquinenses, en medio del Agora, te ha oído decir eso.

LICAS

Cierto, yo he repetido lo que he oído; pero es diferente referir una opinión y afirmar que una cosa es cierta.

EL MENSAJERO

¿Qué me hablas de opinión? ¿No has afirmado con juramento que la que traías era esposa de Heracles?

LICAS

¿Su esposa? ¿Yo? Te conjuro por los Dioses, querida dueña, dime quién es este extranjero.

EL MENSAJERO

Un hombre que, presente, te ha oído decir que, á causa de ese deseo de Heracles, había sido destruída toda una ciudad; que no era una lidia, sino únicamente el amor quien había acarreado esa ruina.

LICAS

¡Que salga este hombre, oh señora, te lo suplico! No es propio de un hombre prudente cuestionar con un insensato.

DEYANIRA

Conjúrote por Zeus que lanza el rayo en la elevada selva del Eta, no me ocultes la verdad. Esto no tiene lugar entre ti y una mujer malvada que desconoce la naturaleza de los hombres, los cuales no se alegran siempre con las mismas cosas. Ciertamente, quien pretende luchar contra Eros, como un atleta, no obra con cordura. Eros, en efecto, manda á los Dioses, cuando le place; y, puesto que me ha domeñado á mí misma, ¿por qué no ha de domeñar á otra mujer semejante á mí? Sería yo insensata acusando á mi esposo, si le ha alcanzado ese mal, ó á esa mujer, que no me ha hecho nada vergonzoso ni malo. No es así; y si Heracles te ha enseñado á mentir, no has recibido una lección buena; si mientes por tu propio impulso, queriendo ser bueno, haces un mal. Sé, pues, verídico; es vergonzoso mentir para un hombre libre. No tienes razón alguna para ocultarme nada, porque son numerosos los que me repetirían lo que has dicho. Si temes, no es justo tu temor. Me aflige más no saber la verdad, que me sería cruel conocerla. ¿No es Heracles el

hombre que ha tomado por esposas el mayor número de mujeres? Ninguna de ellas ha recibido jamás de mí una mala palabra ni un ultraje. Lo mismo ésta, aun cuando Heracles se consumiera por ella, porque yo he experimentado una grandísima compasión al ver que su belleza había desolado su vida, y que, sin quererlo, la desgraciada había causado la ruina y la servidumbre de su patria. ¡Pero que estas cosas sigan su curso! En cuanto á ti, te lo advierto, cualquier cosa que hagas con los demás, conmigo es preciso que digas siempre la verdad.

El coro

Obedece las buenas palabras de esta mujer; no te lo reprocharás después, y tendrás mi gratitud.

Licas

¡Oh querida dueña! Puesto que te veo, mortal entre los mortales, prudente y llena de indulgencia, te diré toda la verdad y no te ocultaré nada. Todo es como éste ha dicho. Un violento deseo de esta virgen se ha apoderado de Heracles, y ella es quien ha causado la destrucción por la lanza de la desventurada Ecalia, su patria. Pero es justo decir, en favor de Heracles, que no me ha ordenado el silencio y que no ha negado su amor. Yo solo, ¡oh señora! por miedo de afligir tu alma con una noticia semejante, he incurrido en falta, si, á pesar de todo, lo crees así. Y ahora, puesto que lo sabes todo, es conveniente, para tu esposo y para ti misma, que soportes á esa mujer y no retires las palabras que le has dicho. Heracles, en efecto, vencedor en todos sus demás combates, ha sido vencido por este amor.

Deyanira

Ciertamente, yo pienso proceder así. No aumentaré mi desgracia resistiendo en vano á los Dioses. Pero entremos en la morada, para que lleves un mensaje y presentes á cambio de los que me han sido enviados. No es conveniente que partas sin nada, habiendo venido con ese numeroso cortejo.

El coro

Estrofa

Cipris manifiesta siempre su fuerza invencible. No referiré las derrotas de los Dioses, ni cómo ella engaña al Cro-

nida y al sombrío Ades y á Poseidón que conmueve la tierra; pero sí diré qué adversarios se encontraron, antes de la boda, por esta esposa, y en qué combates levantaron torbellinos de polvo.

Antistrofa

Y el uno era un río dotado de una gran fuerza, bajo la forma de un toro de cuatro pies y armado de cuernos, Aqueloo, del país de los Eniadas. Y el otro había venido de Tebas la báquica, blandiendo en sus manos el arco, la lanza y la maza, y era el hijo de Zeus. Y ambos se encontraron, con todas sus fuerzas, deseando poseer ese lecho, y únicamente Cipris, que otorga las uniones nupciales, asistía y presidía el combate.

Épodo

Entonces se elevó el estrépito confuso de manos, arcos y cuernos de toro. Y se enlazaban, y se oía el choque horrible de sus frentes y los gemidos de ambos. Y la bella virgen delicada, sentada en la cumbre de la colina, esperaba al que fuera su esposo. Yo hablo tal como mi madre ha hablado. Los ojos de la ninfa deseada estaban llenos de ansiedad. Después se alejó de su madre como una ternerilla abandonada.

DEYANIRA

¡Oh queridas! Mientras el huésped habla, en la morada, con las jóvenes cautivas, y se dispone á partir, yo he traspasado secretamente el umbral, y he venido á vosotras para contaros el ardid que he preparado y gemir juntas por los males que sufro. ¡Pienso que he recibido aquí, no una virgen, sino una esposa, tal como la pesada carga de una nave, lamentable recompensa de mi alma! ¡Y ahora somos dos á esperar en un mismo lecho los abrazos de uno solo! ¡Así es cómo Heracles, que se decía dulce y fiel para mí, me recompensa de haber guardado por tanto tiempo su morada! Sin embargo, no puedo irritarme contra el que ha sufrido tantas veces parecido mal; pero ninguna mujer soportaría el habitar en la misma casa que otra, admitiéndola á compartir una misma unión. Yo veo que la flor de la juventud crece en ella y se marchita en mí. El hombre gusta de mirar y coger la una y se aparta de la otra. Temo, pues, que Heracles no tenga mas que el nombre de esposo mío para ser el amante de esa joven. Pero, como ya he dicho, no conviene que una mujer irreprochable se irrite. Yo os diré, queridas, cómo obraré para mi bien. Tengo, guardado en un vaso de bronce, un antiguo

presente de un viejo Centauro. Lo recibí, siendo muchacha, de Neso, cuyo pecho era muy velludo. Transportaba en sus brazos, á precio de dinero, á los hombres á través del profundo río Eveno, hendiendo las aguas sin remos ni velas. Cuando, por orden de mi padre, seguí por primera vez á mi esposo Heracles, Neso, que me había puesto sobre sus hombros, al llegar al medio del río empezó á acariciarme con sus manos perversas. Pero yo grité, y en seguida, el Hijo de Zeus, habiéndose vuelto, le lanzó una flecha alada, que penetró con un silbido, á través del pecho, hasta el pulmón. Y el Centauro, moribundo, me habló así: «Hija del anciano Eneo, si me obedeces, obtendrás un gran bien de ser la última que yo he transportado. En efecto, si recoges la sangre coagulada alrededor de este sitio de la herida en que el veneno de la Hidra de Lerna ha ennegrecido la flecha, poseerás un encanto poderoso sobre el alma de Heracles y no amará jamás á ninguna otra mujer mas que á ti.» ¡Oh queridas! Yo he recordado esto, y habiendo guardado bien en mi morada la sangre de Neso muerto, he empapado en ella esta túnica, con arreglo á lo que me dijo estando vivo todavía. Todo está hecho ahora. ¡Que yo no conozca jamás las tramas perversas, porque aborrezco á los que usan de ellas! Triunfar por ese filtro de esta joven, y reducir así á Heracles, es lo que yo quiero realizar, á menos que no os parezca que intento esfuerzos vanos, porque, entonces, renunciaré.

EL CORO

Ciertamente, si tienes fe en eso, nos parece que tu designio no es censurable.

DEYANIRA

Tengo fe, sin duda, pero solamente espero, no habiendo todavía hecho uso de ello.

EL CORO

Hace falta probar, porque, á lo que te parece, no tendrás certidumbre alguna de ello hasta que lo hayas experimentado.

DEYANIRA

Bien pronto lo sabremos, porque veo á ese hombre salir de la morada, y llegará prontamente. Pero guardemos silen-

cio sobre esto, porque una acción vergonzosa llevada á cabo en la sombra no da vergüenza.

LICAS

¿Qué quieres que haga? Ordena, hija de Eneo, porque me he detenido aquí demasiado tiempo.

DEYANIRA

En eso pensaba, Licas, mientras tú hablabas en la morada con esas mujeres extranjeras. Lleva en mi nombre á Heracles este peplo de bello tejido, como un don hecho con mis manos. Cuando se lo des, adviértele que ningún mortal debe vestirlo antes que él; que no lo muestre ni al ardor de Helios, ni al fuego sagrado, ni á la llama del hogar, antes de que lo lleve delante de todos ofreciendo á los Dioses un sacrificio de toros; porque yo he hecho el voto, en efecto, de que, si le volvía á ver, ó si oía decir que volvía sano y salvo á su casa, le adornaría con esta túnica, mostrando á los Dioses un sacrificador nuevo con un nuevo peplo. Y le llevarás esta señal que reconocerá fácilmente, el sello de este anillo. Pero ¡ve! y hazte una ley, como buen mensajero, de no hablar más de lo que debes decir. Ten, finalmente, el cuidado de hacerte acreedor á su gratitud y á la mía.

LICAS

Habiendo usado siempre honradamente de la ciencia de Hermes, jamás incurriré en falta respecto de ti. Llevaré ese vaso y repetiré fielmente las palabras que has dicho.

DEYANIRA

Parte, pues, porque ya sabes cómo están las cosas en esta morada.

LICAS

Lo sé, y diré que estás perfectamente.

DEYANIRA

Sabes igualmente que, habiendo acogido bien á la extranjera, la he recibido con mucha benevolencia en la morada.

LICAS

De tal manera, que mi corazón se ha encontrado estupefacto de alegría.

DEYANIRA

¿Qué más podrás decir? Temo, en efecto, que hables del deseo que tengo de él antes de que sepas si tiene el mismo deseo de mí.

EL CORO

Estrofa I

¡Oh vosotros que habitáis, cerca de las cálidas fuentes y de las cimas del Eta, entre las rocas, en el golfo Malíaco, la ribera de la diosa virgen adornada de flechas de oro, allí donde están las ágoras de los helenos!

Antistrofa I

La flauta de dulce sonido os dirá bien pronto, no un canto de tristeza, sino el concierto sagrado de la divina lira; porque el hijo de Zeus y de Alcmena se apresura hacia su morada, llevando los despojos debidos á su poderoso valor.

Estrofa II

Mientras erraba á lo lejos por el mar, le hemos esperado doce meses enteros, y no sabíamos nada de él. Y su querida y desgraciada esposa, ¡ay! con el corazón lleno de angustia, languidecía, insaciable de lágrimas. Pero he aquí que, aplacado, Ares la liberta de sus días dolorosos.

Antistrofa II

¡Que llegue, que llegue! ¡Que su nave, empujada por numerosos remos, no se detenga hasta que él haya entrado en esta ciudad, habiendo abandonado la isla en que prepara sacrificios! ¡Que llegue, anhelante, y penetrado del filtro persuasivo revelado por el Centauro!

DEYANIRA

Mujeres, ¡cuánto temo haber hecho más de lo que debía hacer!

EL CORO

¿Qué es eso, Deyanira, hija de Eneo?

DEYANIRA

No sé, pero estoy ansiosa, temiendo que se me acuse de haber causado un gran mal, á pesar de mi esperanza en contrario.

EL CORO

¿Lo dices por los presentes que has enviado á Heracles?

DEYANIRA

Ciertamente, y quisiera que nadie pudiese apresurarse á obrar, á no ser con certidumbre.

EL CORO

Dinos, si puede ser, la causa de tu temor.

DEYANIRA

Ha sucedido una cosa tal, mujeres, que, si la digo, oiréis referir una maravilla inesperada. El trozo de vellón blanco con el cual he untado el peplo ha desaparecido, sin que haya sido robado por ninguno de los servidores. Se ha consumido por sí mismo y ha desaparecido de encima de la piedra en que estaba colocado. Pero, para que sepas cómo han pasado las cosas, me explicaré más. En efecto, yo no he omitido nada de lo que me enseñó el salvaje Centauro, mientras sufría, atravesado el pecho por la punta aguda de la flecha; y he guardado de ello una memoria tan indeleble como lo que está grabado sobre tablillas de bronce. Yo debía guardar ese filtro, fuera del alcance, lejos del fuego y de los cálidos rayos del sol, en el fondo de mis habitaciones, hasta que fuese aplicado y extendido sobre algún objeto. Y así lo he hecho. Pero hoy, habiendo llegado el momento de usarlo me he encerrado, y he untado la túnica con ayuda de un pedazo del vellón de una oveja. Después, he plegado la túnica y la he puesto en un cofre, resguardada de los rayos solares, para ser entregada á Heracles, como habéis visto. Habiendo vuelto á casa, he visto una cosa extraordinaria, tal que el espíritu de nadie podría concebirla. Como había expuesto, arrojándolo al azar, el trozo de vellón á los rayos de Helios, en cuanto se calentó, se dispersó por tierra, semejante al polvo de la madera que corta la sierra. Así estaba extendido en tierra, y del paraje en que estaba se elevó una espuma que hervía, como, fermentado en el suelo, el

espeso licor del racimo maduro desprendido de la viña de Baco. Por eso, no sé, desgraciada, en qué pensamiento detenerme, y veo que he cometido un gran crimen. ¿Cómo, en efecto, y por qué el Centauro moribundo habría sido benevolente para mí, que era causa de su muerte? ¡No! sino que me halagaba, deseando perder al que le había atravesado. He aquí lo que se me reveló demasiado tarde, cuando no puedo ya poner remedio á ello. Yo sola, si no me engaño, sola, habré sido la pérdida de Heracles. Porque yo sé que esa flecha hirió á Quirón, por más dios que era, y que mata á todos los animales que alcanza. ¿Por qué el negro veneno de la sangre que empapa esa flecha no había de matar á Heracles? Tal es mi pensamiento. Pero estoy resuelta, si muere, á morir al mismo tiempo que él; porque seguir viviendo, no honrada, es una cosa insoportable para una mujer bien nacida.

EL CORO

Es preciso, en verdad, temer terribles calamidades, pero no desesperar hasta el fin.

DEYANIRA

La esperanza de donde la confianza nace no reside en los malos designios.

EL CORO

Pero los que no han incurrido en falta voluntariamente deben ser perdonados, y tú mereces hacer la experiencia de ello.

DEYANIRA

Tales palabras convienen, no á quien ha hecho el mal, sino á quien no tiene que arrepentirse de ninguna mala acción.

EL CORO

Es tiempo de que calles, á menos que quieras decírselo todo á tu hijo. Había ido en busca de su padre, y he aquí que vuelve.

HILO

¡Oh madre! ¡Quisiera yo que se realizase una de estas tres cosas: ó que no estuvieses viva, ó que, viva, otro te llamase su madre, ó que hubieses formado en tu espíritu mejores designios!

DEYANIRA

¿Qué he hecho yo, ¡oh hijo! para merecer tanto odio?

HILO

Sabe que en este día, tu esposo, mi padre, ha perecido por ti.

DEYANIRA

¡Ay! ¡oh hijo! ¿qué noticias traes?

HILO

La noticia de lo que no pueda ya no haber sucedido; porque nada puede hacer que una cosa realizada no lo sea.

DEYANIRA

¿Qué dices, ¡oh hijo!? ¿De dónde viene que estés cierto de que yo he cometido esa acción detestable?

HILO

Yo mismo, con mis ojos, he visto el mal cruel de mi padre. No lo he oído de la boca de ningún otro.

DEYANIRA

Habla; ¿dónde le has encontrado y te has acercado á él?

HILO

Si has de saberlo, es necesario que lo diga todo. Cuando partió, habiendo devastado la ilustre ciudad de Eurito, se llevó los trofeos y las primicias de su victoria. Llegado al promontorio de Eubea azotado por las olas, que se llama Ceneo, erigió altares á su padre Zeus y marcó los límites de un bosque sagrado. Allí fué donde volví á verle por última vez, después de haberlo deseado tan largo tiempo. Cuando se preparaba á sacrificar numerosas víctimas, llegó su heraldo familiar Licas, conduciendo tu presente, el peplo mortal. Habiéndoselo puesto como tú se lo recomendabas, degolló doce hermosos toros escogidos, primicias del botín, porque había llevado cien víctimas de especies diversas. Y, al principio, el desgraciado oraba con corazón alegre, y se regocijaba con su bello vestido; pero en cuanto la llama sangrienta del sacrificio hubo surgido de la madera resinosa,

un sudor brotó de su piel, y la túnica ceñida á sus costados, como por un estatuario, se adhirió pegada á sus miembros. Y el dolor mordía y retorcía sus huesos, mientras le corroía el veneno de la hidra sanguinaria. Estonces gritó, llamando al desdichado Licas que no había tenido parte en tu crimen, y le preguntó por qué traición le había llevado aquel peplo. Pero no sabiendo nada, dijo que aquel presente procedía de ti sola y tal como había sido enviado. En cuanto Heracles lo hubo oído, y como un horrible dolor le devoraba las entrañas, le agarró por el pie, allí donde la pierna se dobla, y le lanzó contra una roca azotada por el mar. Y, por fuera de la cabeza aplastada, los sesos saltaron del cráneo cabelludo, mezclados con sangre. Y todo el pueblo profirió un inmenso gemido viendo á Heracles con delirio y á Licas muerto; pero nadie osaba acercarse á aquel hombre, porque se revolvía por tierra, después se levantaba aullando, y todo alrededor mugían resonando las rocas, y la cima de los montes Locrios y los promontorios de Eubea. Después de haber agotado sus fuerzas en retorcerse por tierra y en lanzar tantos aullidos, detestando sus bodas funestas contigo, desventurada, y la alianza de Eneo, de donde había procedido la desgracia de su vida, volvió entonces sus ojos extraviados, y me vió vertiendo lágrimas en medio de la multitud, y, habiéndome mirado me llamó: «Acércate, ¡oh hijo mío! No huyas de mi mal, aunque te sea preciso morir al mismo tiempo que yo que muero. Levántame, llévame de aquí y ocúltame allí donde ninguno de los mortales pueda verme. Si tienes piedad de mí, llévame con gran prontitud de esta isla, para que no muera en ella.» Conforme á esta orden, le pusimos en una nave, y le hemos conducido aquí con mucho trabajo, convulso y clamante. Bien pronto le veréis, vivo ó muerto. Tú has hecho eso contra mi padre, madre, habiéndolo meditado y llevado á cabo. ¡Puedan Dica vengadora y las Erinias castigarte! Yo lo deseo, si me está permitido desearlo. Pero tú mismo me has dado derecho para ello matando al más grande de los hombres que hay en la tierra, y tal que jamás verás otro semejante.

El coro.

¿Por qué sales en silencio? ¿No comprendes que, callando, das la razón al acusador?

Hilo

Dejadla salir. ¡Que un viento propicio pueda alejarla

bien lejos de mis ojos! ¿Por qué ha de honrarse con el nombre de madre, ella que no obra como una madre debe obrar? ¡Que salga alegre! ¡Que experimente ella misma la alegría que ha dado á mi padre!

EL CORO

Estrofa I

Ved, ¡oh jóvenes! cuán prontamente se ha cumplido para vosotros la sentencia fatítica de la antigua profecía, que afirmaba que el fin del duodécimo mes pondría un término á los trabajos del hijo de Zeus. Todo se ha realizado como estaba dicho. ¿El que está privado de la luz puede, en efecto, sufrir, después de la muerte, la lamentable esclavitud?

Antistrofa I

Porque si la inevitable astucia mortal del Centauro ha mordido sus costados con el veneno que la muerte engendró y que produjo el Dragón manchado, ¿cómo vivirá aún otro día, corroído como está ahora por el horrible veneno de la Hidra, y desgarrándole y abrasándole los aguijones crueles del monstruo adornado con una negra melena?

Estrofa II

Esta desgraciada, no sospechando nada de eso, y viendo la gran calamidad que, á causa de aquellas nuevas nupcias, amenazaba á su morada, no comprendió el sentido del consejo fatal, de donde ha procedido esta horrible desgracia. Y la mísera gime y vierte una lluvia de lágrimas.

Antistrofa II

Pero los destinos se desenvuelven y revelan un gran infortunio urdido con astucia. ¡Brota la fuente de las lágrimas; el mal se extiende, ¡oh Dioses! lamentable y tal como jamás sus enemigos lo habían infligido al ilustre hijo de Zeus! ¡Ah negra punta de la lanza guerrera! ¿por qué violentamente has traído esa doncella, de la alta Ecalia aquí? Ciertamente, es la clandestina Cipris la que ha causado todos estos males.

PRIMER SEMICORO

¿Me engaño? ¿No he oído lamentos salir de las moradas? ¿Diré verdad?

SEGUNDO SEMICORO

No es un lamento sordo el que se eleva en la morada, sino un doloroso gemido. Algo ocurre de nuevo bajo ese techo.

PRIMER SEMICORO

¡Ved, ved esa anciana que viene hacia nosotras con sombrío semblante y frunciendo las cejas! Va á darnos alguna noticia.

LA NODRIZA

¡Oh jóvenes, qué de desgracias terribles nos ha causado el presente enviado á Heracles!

EL CORO

¿Qué noticia, ¡oh anciana! vienes á anunciarnos?

LA NODRIZA

Deyanida ha hecho su último camino sin marchar.

EL CORO

¿Será eso, pues, que ha muerto?

LA NODRIZA

Has entendido perfectamente.

EL CORO

¿Ha muerto la desgraciada?

LA NODRIZA

Vuelves á oirlo.

EL CORO

¡Oh desventurada! ¿Cómo dices que ha perecido?

LA NODRIZA

Muy tristemente, en realidad.

EL CORO

¡Di, mujer! ¿Qué destino se ha apoderado de ella?

LA NODRIZA

Se ha dado muerte.

EL CORO

¿Qué cólera, qué demencia la ha impulsado á inferirse el golpe mortal? ¿Cómo ha podido, sola, añadir su muerte á otra muerte?

LA NODRIZA

Con el filo del hierro lamentable.

EL CORO

¡Oh desdichada! ¿Has visto tú esa acción horrible?

LA NODRIZA

La he visto. Estaba cerca de ella.

EL CORO

¡Qué! ¿Cómo? Vamos, habla.

LA NODRIZA

Ha obrado con su propia mano.

EL CORO

¿Qué dices?

LA NODRIZA

Lo que es cierto.

EL CORO

¡La nueva esposa ha hecho nacer una terrible Erinia en esta morada!

LA NODRIZA

¡Ciertamente! Pero si hubieras visto de cerca lo que ha hecho, hubieras sentido una compasión más grande.

EL CORO

¿Y la mano de una mujer ha podido hacer eso?

La nodriza

De una manera horrible. Tú lo atestiguarás como yo cuando estés segura de ello. Después de haber vuelto á la morada, y cuando hubo visto á su hijo preparar un lecho hueco para volverse con su padre, habiéndose ocultado para que nadie la viese, se arrojó ante los altares, gritando horriblemente porque se había quedado viuda. ¡Y lloraba al tocar cada una de las cosas de que se había servido, la desgraciada! Y corriendo de aquí para allá por los aposentos, cuando veía á alguno de sus queridos servidores, la desventurada lloraba al mirarle, gimiendo por su propio Genio y por su morada abandonada en adelante por sus hijos. Y cuando hubo acabado, la vi precipitarse en la cámara nupcial de Heracles. Y estando yo mirándola oculta en la sombra, la vi cubrir el lecho de Heracles con tapices y vestiduras. Después, lanzándose en medio del lecho, dijo, vertiendo cálidos torrentes de lágrimas: «¡Oh lecho, oh cámara nupcial, yo me despido de vosotros para siempre, porque ya no me recibiréis más!» Habiendo hablado así, desprendió con mano rápida el broche de oro que sujetaba su peplo, y dejó al desnudo todo su costado y su brazo izquierdo. Y yo corrí tan de prisa como pude, y fuí á anunciar á su hijo lo que ella meditaba. Pero mientras corríamos de un lado á otro, la vimos que se hundía una espada de doble filo en el costado, por debajo del hígado. Viendo esto, su hijo clamó, pues comprendió el desdichado, instruído demasiado tarde por los que están en la morada, que ella había hecho esto irritada por él é impulsada por los consejos del Centauro. Entonces el desventurado joven, no avaro de gemidos, lamentándose sobre ella y abrazándola, echado y el costado apoyado contra su costado, se dolió de haberla falsamente acusado, y de vivir todavía, privado á la vez de su padre y de su madre. Así han sido las cosas. Es un insensato el que cuenta con dos ó varios días, porque no hay mañana hasta que el día presente ha pasado por completo.

El coro

Estrofa 1

¿De cuál de estos dos destinos debo dolerme primero? ¿Cuál es con mucho el más miserable?

Antistrofa 1

¡Qué calamidades tenemos ante los ojos en la morada, y

cuánto debemos temer otras nuevas! Los males que se sufren y los que se esperan son un mismo dolor.

Estrofa II

¡Ojalá pudiera un viento soplar sobre esta morada y llevarme de aquí, para no morir de terror á la sola vista del bravo hijo de Zeus! ¡Porque dicen que se acerca á estos lugares, roído por un mal irremediable, horrible de ver!

Antistrofa II

Pero, semejante al ruiseñor plañidero, lloraba yo una desgracia que no estaba lejana. He aquí que viene, en efecto, una multitud desusada de extranjeros. ¡Cómo marchan, tristes y en silencio, á causa del amigo que conducen! ¡Ay! ¡ay! Permanece mudo. ¿Está muerto? ¿Duerme?

HILO

¡Oh padre, qué desgraciado me haces! ¿Qué haré? ¿Qué partido tomar? ¡Ay!

UN ANCIANO

Cállate, hijo, no despierte el cruel dolor de tu padre. El vive, en efecto, aunque inclinado hacia la muerte. Cierra y muerde tus labios.

HILO

¿Qué has dicho, anciano? ¡Vive!

EL ANCIANO

Ten cuidado con arrancarle del sueño que le domina y renovar así ¡oh hijo! su mal horrible.

HILO

Mi corazón no puede soportar el peso de mi dolor. ¡Qué desgraciado soy!

HERACLES

¡Oh Zeus! ¿En qué tierra estoy? ¿Entre qué mortales estoy postrado, consumido por dolores sin fin? ¡Ah! ¡Desgraciado! ¡Este mal horrible me roe de nuevo! ¡Ay!

El anciano

¿No sabías cuánta falta hacía permanecer en silencio y no ahuyentar el sueño de sus párpados?

Hilo

¿Cómo soportar con paciencia la vista de este mal?

Heracles

¡Oh promontorio de los sagrados altares ceneos, qué recompensa por tantas víctimas ofrecidas! ¡Oh Zeus, qué suplicio me has impuesto! ¡Que no pueda yo, mísero, no haber visto jamás con mis ojos, no haber contemplado jamás esta flor irremediable de un furioso mal! ¿Qué encantador, qué médico de sabias manos, si no es Zeus, curará mi mal? Eso sería un prodigio, si, por azar, yo lo entreviese de lejos. ¡Ah! ¡ah! ¡Dejad! ¡Dejadme reposar! ¡Qué desgraciado soy! Dejadme gustar el último sueño. ¿Dónde me has tocado? ¿Adónde me inclinas? ¡Me matarás, me matarás! Has despertado mi mal adormecido. ¡Se me agarra! ¡Ah! ¡ah! Vedle que vuelve. ¿De dónde venís vosotros, ¡oh los más inicuos de todos los helenos! por quienes yo iba, desafiándolo todo, á purgar el mar y los bosques? Y ahora, ninguno de vosotros me traerá, á mí que sufro de esta suerte, el fuego ó la espada que cura. ¡Ah! ¡ah! ¿Quién vendrá á cortarme la cabeza y quitarme una vida odiosa? ¡Ay!

El anciano

¡Oh hijo de este hombre! Este trabajo es demasiado pesado y excede á mis fuerzas. Ayúdame. Tú verás mucho mejor que nosotros cómo puede ser salvado.

Hilo

Yo lo toco y no puedo, ni por mí, ni por los que aquí están, proporcionarle el olvido de sus dolores. Sólo Zeus puede.

Heracles

¡Oh hijo, hijo! ¿dónde estás? ¡Por aquí, coge por aquí, levántame! ¡Ah! ¡ah! ¡Oh Genio! ¡Vuelve de nuevo, vuelve, el mal miserable, inexorable, horrible, que me mata! ¡Oh Palas, Palas! ¡Me roe de nuevo! ¡Oh hijo, ten piedad de tu pa-

dre! Saca la espada y hiéreme bajo la clavícula. Nadie juzgará que es un crimen. Cura los dolores que me ha causado tu impía madre, ella á quien yo quisiera ver atacada del mal que me mata. ¡Oh dulce Ades, oh hermano de Zeus, adorméceme, adormece mis tormentos con una muerte rápida!

El coro

Amigas, siento horror de oir los lamentos del rey, y de ver los males de que un hombre como él está atormentado.

Heracles

¡Oh, qué de males terribles de contar he soportado con la ayuda de mis manos y de mis hombros! Pero jamás, ni la esposa de Zeus, ni el odioso Euristeo, me han hecho tanto mal como la astuta hija de Eneo, ella que ha envenenado mis hombros con esta túnica tejida por las Erinias, y por la cual perezco. En efecto, adherida á mis riñones, ha corroído todas mis carnes, y, penetrando hasta las arterias del pulmón, ha bebido ya la sustancia de mi sangre, y todo mi cuerpo se pudre con esta ciega atadura. ¡Y esto no ha podido ser hecho ni por el hierro de la lanza en la llanura, ni por el ejército de los Gigantes nacidos de Gea, ni por el furor de las bestias salvajes, ni por Griego, ni por Bárbaro, ni por aquellos de quienes yo he purgado la tierra; pero una mujer débil, no viril, sola, me ha dominado sin la ayuda de la espada! ¡Oh hijo mío, muéstrate hijo mío solamente, y no pongas el nombre de tu madre por encima del mío! Arráncala de sus habitaciones, entrégala á mi mano, para que yo sepa claramente á cuál de nosotros dos llorarás más, al ver su cuerpo desgarrado por un castigo merecido. Ve, ¡oh hijo! ¡Atrévete! Ten piedad de mí, que soy tan desgraciado y que gimo como una doncella. Nadie dirá jamás que me ha visto tal antes de ahora, porque siempre he sufrido mis males sin quejarme; pero ahora, estoy miserablemente dominado como una mujer. Ven al lado de tu padre y mira lo que me abruma con tales males, porque yo te lo enseñaré sin velo alguno. Ved, mirad todos mi cuerpo desgarrado; contemplad mi miseria, ved el triste estado en que estoy. ¡Ah! ¡ah! ¡Desgraciado! ¡Ay! ¡ay! El ardor de este mal lamentable me abrasa de nuevo, y penetra otra vez en mi pecho, y el voraz veneno no parece haber de atenuarse. ¡Oh rey Ades, cógeme! ¡Refulge, brillo de Zeus! ¡Oh rey, oh padre, hiere, atraviésame con la flecha del rayo! El mal vuelve, abrasa, aumenta con violencia. ¡Oh manos! ¡manos, dedos, pecho! ¡Oh brazos

preciados! ¡En qué estado os encontráis, vosotros que domasteis en otro tiempo al habitante de Nemea, al León funesto á los boyeros, horrible y monstruoso, y á la Hidra de Lerna, y á los salvajes Centauros de doble forma, de piernas de caballo, raza impudente, sin leyes, orgullosa de sus fuerzas, y al Jabalí de Erimanto, y al Perro subterráneo de Ades, de triple cabeza, ese monstruo no dominado nacido de la terrible Equidna, y al Dragón guardián de las Manzanas de oro, en los últimos límites del mundo! Y yo he soportado innumerables trabajos, y nadie ha erigido jamás trofeo por mi derrota. ¡Y ahora, rotos los brazos, las carnes desgarradas, estoy miserablemente roído por un ciego mal, yo, concebido por una noble madre, y á quien se llama hijo de Zeus que manda á los astros! Pero, ciertamente, sabedlo: aunque sin fuerza y no pudiendo andar, yo me vengaré, tal como estoy, de la que ha cometido este crimen. Que venga solamente, y su castigo probará á todos que, vivo ó muerto, yo he castigado siempre á los perversos.

EL CORO

¡Oh mísera Hélada, de qué duelo te veo amenazada si te ves privada de este hombre!

HILO

Puesto que me permites hablar, ¡oh padre! escucha en silencio, aunque estés atormentado por el mal. Yo te pediré, en efecto, una cosa que debes concederme. Consiente en calmar el furor que muerde tu alma, porque, sin eso, no podrás reconocer que la acción que te regocijas de llevar á cabo sería tan injusta como vana es tu cólera.

HERACLES

Di con brevedad lo que quieres decir. Roído por mi mal, no comprendo tus embrolladas palabras.

HILO

Quiero hablar de mi madre, decir lo que ha sido de ella, y que no ha incurrido en falta por su plena voluntad.

HERACLES

¡Oh qué malvado! ¡Así te atreves á evocarme el recuerdo de una madre que ha matado á tu padre!

HILO

Tales cosas pasan, que no conviene que yo las calle.

HERACLES

Tanto más preciso es callarte después de lo que ella ha hecho contra mí.

HILO

Pero no después de lo que ha hecho hoy.

HERACLES

Habla, pues, pero teme ser indigno de tu raza.

HILO

Hablo. Mi madre ha muerto, de muerte violenta.

HERACLES

¿Quién la ha matado? Tú me anuncias un siniestro prodigio.

HILO

Su propia mano, no otra alguna.

HERACLES

¡Oh Dioses! ¡Antes, como era debido, que pereciese por mi mano!

HILO

No pensarías así, si lo supieses todo.

HERACLES

Con extrañas palabras comienzas. ¿Qué quieres decir?

HILO

Helo aquí. Ella ha faltado, queriendo obrar bien.

HERACLES

¡Desgraciado! ¡Ha obrado bien la que ha muerto á tu padre!

HILO

Habiendo visto á tu nueva esposa en la morada, y queriendo asegurarse tu amor con un filtro, se ha equivocado.

HERACLES

Y, entre los traquinenses, ¿quién es ese gran encantador?

HILO

El centauro Neso la aconsejó en otro tiempo excitar tu amor con ayuda de ese filtro.

HERACLES

¡Ay! ¡ay! ¡Desgraciado! ¡Qué mísero soy, yo muero! ¡Muerto soy! ¡La luz no es ya más para mí! ¡Oh Dioses! Al fin comprendo á qué miseria estoy reducido. Ve, ¡oh hijo! porque tu padre no vive ya. Llama á todos tus hermanos; llama á la desventurada Alcmena, vanamente llamada la esposa de Zeus, para que oigáis lo que yo sé de mis oráculos supremos.

HILO

Pero tu madre no está aquí. Reside ahora en la ribera de Tirinto, donde educa una parte de tus hijos que se ha llevado, y los demás habitan en la ciudad de Tebas. Nosotros, los aquí presentes, te escucharemos y haremos lo que haga falta hacer.

HERACLES

Escucha, pues. Este es el momento, efectivamente, de mostrarte digno de ser llamado hijo mío. Se me predijo en otro tiempo por mi padre que ningún viviente me mataría jamás, sino que la vida me sería arrebatada por un habitante del Hades. Así, con arreglo á la sentencia fatídica, aunque muerto, el salvaje Centauro me ha matado. Todavía te revelaré oráculos recientes, y semejantes á los antiguos, y que se cumplen para mí. Habiendo entrado en el sagrado bosque de las encinas que reposan sobre la tierra y pueblan las montañas, escribí sobre tablillas las palabras de la profética Encina paterna. Mi padre me anunciaba que este mismo tiempo presente vería el término de mis trabajos. Yo esperaba, pues, vivir en adelante felizmente; pero esto no significaba otra cosa sino que voy á morir, porque no

hay ya trabajos para un muerto. Puesto que la verdad de estas sentencias brilla con lo que ha sucedido, es preciso, hijo, que me prestes tu ayuda, y que no esperes á que mi boca se ponga furiosa. Ayúdame de buen grado y dócilmente, sumiso á esa ley tan hermosa que quiere que obedezcas á tu padre.

HILO

¡Oh padre, estoy lleno de terror escuchando tales palabras! Sin embargo, ordenes lo que quieras, obedeceré.

HERACLES

Dame primero la mano derecha.

HILO

¿Por qué pides esa prenda de fe?

HERACLES

¿Vas á negármela y á resistírteme?

HILO

Te la tiendo, no te rehuso nada.

HERACLES

Jura ahora por la cabeza de Zeus que me ha engendrado.

HILO

¿Para qué? ¿Qué he de jurar?

HERACLES

Cumplir lo que yo ordenare.

HILO

Lo juro, y pongo por testigo á Zeus.

HERACLES

Si faltas á ello, encomiéndate á las imprecaciones.

HILO

No hay necesidad. Obedeceré. Sin embargo, hago esa imprecación.

HERACLES

¿Conoces la cima del Eta, consagrada á Zeus?

HILO

La conozco. He ofrecido con frecuencia sacrificios sobre esa cima.

HERACLES

Allí es donde tienes que llevar mi cuerpo, con tus manos y con ayuda de aquellos de tus amigos que quieras. Después de cortar un buen número de encinas robustas y de fuertes olivos, depositarás allí mi cuerpo, y prenderás fuego con una ardiente antorcha de pino. Nada de lágrimas ni de gemidos, si verdaderamente has nacido de mí. Ni gimas, ni llores. Si no, aunque esté entre los muertos, te enviaré mis imprecaciones.

HILO

¡Ay! Padre, ¿qué dices? ¿Qué esperas de mí?

HERACLES

Lo que debes hacer. Si no, serás el hijo de cualquier otro padre, pero no el mío.

HILO

¡Ay! Padre, una vez todavía: ¿qué acción me pides? ¿ser parricida, ser tu matador?

HERACLES

No es eso, sino curarme, librarme de los males que me agobian.

HILO

¡Qué! ¿Si quemo tu cuerpo, lo curaré?

HERACLES

Si eso te inspira horror, haz por lo menos el resto.

HILO

No me niego, ciertamente, á llevarte.

HERACLES

¿Construirás la hoguera, tal como yo lo he dicho?

HILO

A condición de que no la toque con mis manos. Pero yo haré lo demás, y mis cuidados no te faltarán.

HERACLES

Con eso basta. Agrega á éstos un servicio más pequeño.

HILO

Aunque sea más grande, te lo prestaré.

HERACLES

¿Conoces á la hija de Eurito?

HILO

Quieres decir Yole, según creo.

HERACLES

Tú lo has dicho. Pues bien; hijo, yo te mando esto. Después que yo haya muerto, si quieres obrar piadosamente y acordarte del juramento hecho á tu padre, la tomarás por esposa y no me desobedecerás. ¡Que ningún otro hombre se una á aquella que ha dormido á mi lado! Pero tú, despósate con ella. Ya que me has obedecido en las cosas grandes, no desobedezcas en las menores, renunciando así á mi gratitud.

HILO

¡Oh Dioses! Está mal irritarse contra un moribundo, pero ¿quién podría soportar esto con calma?

HERACLES

Según eso, ¿no quieres hacer nada de lo que yo digo?

HILO

¿Quién, en efecto, tomaría por esposa, yo te conjuro, á la que ha sido la sola causa de la muerte de mi madre y te ha puesto en este estado? ¿Quién lo haría, á menos de haberse vuelto insensato por el castigo vengador del crimen? ¡Oh padre, yo quiero mejor morir que vivir con aquellos á quienes más odio!

HERACLES

¡Este hombre parece negarse á cumplir su deber con un moribundo como yo! Pero la execración de los Dioses caerá sobre ti si no me obedeces.

HILO

¡Ay! Bien pronto reconocerás que hablas atormentado por el mal que te devora.

HERACLES

Tú eres el que despierta mi mal adormecido.

HILO

¡Oh qué desgraciado soy! No sé qué resolver en medio de tantos temores.

HERACLES

¿Es que no te dignas escuchar al que te ha engendrado?

HILO

¡Oh padre! Yo te conjuro, ¿es preciso, pues, que obre como un impío?

HERACLES

Ninguna impiedad hay en hacer lo que agrada á mi corazón.

HILO

Entonces, ¿es justo lo que tú me ordenas hacer?

HERACLES

Muy justo. Pongo por testigos á los Dioses.

HILO

Lo haré, pues, y no me niego más, pero pongo por testigos á los Dioses de que ello es obra tuya. ¡No puedo ser culpable obedeciéndote, oh padre!

HERACLES

Terminas bien. Añade la prontitud al beneficio, ¡oh hijo mío! y llévame á la hoguera antes de que la convulsión de mi mal vuelva á apoderarse de mí. ¡Apresuraos! ¡Llevadme! ¡El fin de mis males será mi propio fin!

HILO

Todo va á cumplirse sin tardanza, puesto que tú lo mandas y nos obligas á ello, padre.

HERACLES

Vamos, ¡oh alma ruda! ¡Antes de que sufra de nuevo, sofoca mis gritos con un freno de acero en esta prueba que tú aceptas con alegría, bien que á pesar mío!

HILO

¡Alzad, compañeros! Perdonadme esta acción y no acuséis sino á la iniquidad de los Dioses que hacen esto y miran sin piedad los terribles dolores de aquellos que han engendrado, y de los que se dicen padres. Nadie prevé las cosas futuras; y las cosas presentes, amargas para nosotros, son vergonzosas para los Dioses. Pero son cruelísimas entre todas para el que sufre tales males. Y tú, no permanezcas en la morada, ¡oh doncella! Has visto grandes funerales, calamidades inauditas y sin número; ¡pero nada sucede sin la voluntad de Zeus!

FIN DE «LAS TRAQUINENSES»





II

EDIPO, REY

Edipo.
El sacrificador.
Creón.
Coro de ancianos tebanos.
Tiresias.
Yocasta.
Un mensajero.
Un servidor de Layo.
Un enviado.

Edipo

¡Oh hijos, nueva raza del antiguo Cadmo! ¿por qué permanecéis de ese modo ante mí con esos ramos suplicantes? Toda la ciudad está llena del incienso que arde y de los Peans y lamentaciones que resuenan. He creído que no debía informarme de esto por otros, ¡oh hijos! Y he venido yo mismo, yo, Edipo, célebre entre todos los hombres. Vamos, habla, anciano, porque conviene que hables por ellos. ¿Qué es esto? ¿Cuál es vuestro pensamiento? ¿Receláis algún peligro? ¿Anheláis ser socorridos en una calamidad actual?

Ciertamente, yo vendré en vuestra ayuda. No tendría yo piedad, si no me sintiese impresionado por vuestra triste actitud.

El sacrificador

Edipo, ¡oh tú que imperas en la tierra de mi patria! ya nos ves á todos prosternados ante tus altares: estos que no pueden todavía hacer grandes marchas, esos sacrificadores cargados de años, y yo mismo servidor de Zeus, y esta flor de nuestros jóvenes. El resto de la multitud, llevando los ramos suplicantes, está sentada en el Agora, ante los dos templos de Palas y el hogar fatídico del Ismenio. En efecto, como ves, la ciudad, azotada por la tormenta, no puede levantar la cabeza sumergida por la sangrienta espuma. Los frutos de la tierra perecen, encerrados todavía en las yemas; los rebaños de bueyes se consumen, y los gérmenes concebidos por las mujeres no nacen. Blandiendo su antorcha, la más odiosa de las divinidades, la Peste, se ha precipitado sobre la ciudad y ha devastado la morada de Cadmo. El negro Hades se enriquece con nuestros gemidos y nuestros lamentos. Por eso estos jóvenes y yo hemos venido á tus umbrales, no porque nos parezcas igual á los Dioses, sino porque, en los males que acarrea la vida ó en los que infligen los Genios irritados, eres para nosotros el primero de los hombres, tú que, á tu llegada á la ciudad de Cadmo, nos libraste del tributo pagado á la cruel Adivinadora, no estando advertido de nada, ni informado por nosotros. En efecto, fué con la ayuda de un dios como tú salvaste nuestra vida. Todos lo piensan y lo creen. Pues ahora, Edipo, el más poderoso de los hombres, hemos venido á ti, suplicantes, á fin de que encuentres algún remedio para nosotros, sea que un oráculo divino te instruya, sea que un hombre te aconseje, porque yo sé que los sabios consejos traen los acontecimientos felices. Vamos, ¡oh el mejor de los hombres! vuelve esta ciudad á su antigua gloria, y cuida de la tuya. Esta tierra, acordándose de tu primer servicio, te llama todavía su salvador. ¡Plegue á los Dioses que, pensando en los días de tu pujanza, no digamos que, levantados por ti, hemos caído de nuevo! Restaura, pues, y tranquiliza á esta ciudad. Ya por un dichoso destino nos restableciste. Sé hoy igual á ti mismo. Porque, si sigues imperando sobre esta tierra, más vale que esté llena de hombres que desierta. Una torre ó una nave, en efecto, por grande que sea, no es nada, vacía de hombres.

EDIPO

¡Oh lamentables jóvenes! Sé, no ignoro lo que venís á implorar. Sé de qué mal sufrís todos. Pero cualesquiera que sean los dolores que os afligen, no igualan á los míos; porque cada uno de vosotros sufre por sí, sin sentir el mal de otro; y yo gimo á la vez por la ciudad, por vosotros y por mí. Ciertamente, no me habéis despertado cuando dormía, sino, antes bien, sabed que he llorado mucho y se han agitado en mi espíritu no pocas inquietudes y pensamientos; de tal suerte, que el único remedio encontrado con la reflexión lo he intentado. Por eso es por lo que he enviado á Pito, á las moradas de Febo, al hijo de Meneceo, Creón, mi cuñado, para que averigüe por qué acción ó por qué palabra puedo salvar á esta ciudad. Ya, contando los días transcurridos desde su partida, estoy inquieto por lo que haga, pues hace mucho tiempo que está ausente, y excede de lo que es verosímil. ¡Cuando esté de vuelta, que sea yo tenido por un hombre malvado si no hago lo que haya prescrito el dios!

EL SACRIFICADOR

Hablas con oportunidad, ciertamente; porque éstos me anuncian que Creón ha llegado.

EDIPO

¡Oh rey Apolo! ¡Ojalá venga con un oráculo tan propicio como alegre está su semblante!

EL SACRIFICADOR

A lo que se puede presumir, está contento; si no, no vendría con la cabeza ceñida por una rama de laurel cargada de fruto.

EDIPO

Pronto lo sabremos, porque está bastante cerca para dejarse oir. ¡Oh Rey, mi pariente, hijo de Meneceo! ¿qué respuesta nos traes del dios?

CREÓN

Una excelente; pues por difíciles de hacer que sean las cosas, digo que son buenas, si conducen á un término feliz.

EDIPO

¿Cuál es el oráculo? Tus palabras, en efecto, no me dan ni confianza ni temor.

CREÓN

Si quieres que éstos oigan, estoy pronto á hablar; si no, entremos en la morada.

EDIPO

Habla delante de todos. Estoy más afligido por sus males que cuidado tengo por mi propia vida.

CREÓN

Diré lo que traigo del dios. El rey Apolo nos ordena borrar la mancha que ha caído en este país, extirparla, lejos de mantenerla, por temor de que sea inexpiable.

EDIPO

¿Qué naturaleza es la de ese mal? ¿Por qué expiación?

CREÓN

Expulsando á un hombre fuera de las fronteras ó vengando la muerte con la muerte, porque esa muerte es la que arruina la ciudad.

EDIPO

¿Quién es el hombre á cuya muerte se refiere el oráculo?

CREÓN

¡Oh Rey! Layo imperó en otro tiempo sobre nuestra tierra, antes de que tú fueses el jefe de esta ciudad.

EDIPO

Lo he oído decir, porque jamás lo he visto.

CREÓN

El oráculo ordena claramente castigar á los que mataron á aquel hombre que murió.

EDIPO

¿En qué tierra están? ¿Cómo encontrar alguna huella de un crimen antiguo?

CREÓN

El oráculo dice que esa huella está en la ciudad. Lo que se busca se encuentra, y lo que se descuida se nos esconde.

EDIPO

Pero, dime: ¿fué en los campos, aquí, ó en una tierra extranjera donde Layo fué muerto?

CREÓN

Se dice que, habiendo marchado á consultar el oráculo, no volvió jamás á su morada.

EDIPO

¿Algún mensajero, algún compañero de camino, no vió y no puede referir cómo pasaron las cosas?

CREÓN

Todos han perecido, á excepción de uno solo que huyó de terror y no dijo mas que una sola cosa de todo lo que vió.

EDIPO

¿Qué cosa? Un solo hecho permitiría descubrir un número mayor de ellos, si tuviésemos un débil principio de esperanza.

CREÓN

Dijo que unos ladrones asaltaron á Layo, y que fué muerto no por uno solo, sino por un gran número á la vez.

EDIPO

Pero un ladrón, si no hubiese sido pagado aquí para eso, ¿habría tenido tal audacia?

CREÓN

Eso se sospechó; pero ninguno, en medio de nuestros males, se levantó para vengar al difunto Layo.

EDIPO

¿Qué mal impidió investigar cómo había muerto el rey?

CREÓN

La Esfinge, llena de palabras astutas, nos obligó á dejar las cosas inciertas por las cosas presentes.

EDIPO

Yo haré luz sobre el origen de esto. Es digno de Febo y digno de ti también haberse cuidado del rey muerto. Por eso es por lo que me veréis ayudaros justamente y vengar al dios y á la ciudad. En efecto, no es en favor de un amigo lejano, es por mi propia causa por lo que castigaré ese crimen. Cualquiera que haya matado á Layo podría herirme con la misma audacia. Al servirle, me sirvo á mí mismo. Así, pues, jóvenes, levantaos del umbral y llevaos esos ramos suplicantes. ¡Que llame otro al Agora al pueblo de Cadmo, porque voy á intentarlo todo! O seremos dichosos con la ayuda del Dios, ó estamos perdidos.

EL SACRIFICADOR

Levantémonos, jóvenes, puesto que nos promete las cosas por las cuales hemos venido. ¡Que Febo, que nos ha enviado ese oráculo, sea nuestro salvador y nos libre de nuestros males!

EL CORO

Estrofa I

¡Oh armoniosa palabra de Zeus, venida de la rica Pito á la ilustre Tebas! Mi corazón tiembla y palpita de temor, ¡oh Peán delio! Tengo miedo de saber lo que debes realizar por mí, desde hoy, ó con la vuelta de las estaciones. Dímelo, ¡oh hija de la Esperanza de oro, Voz de ambrosía!

Antistrofa I

Yo te invoco la primera, hija de Zeus, ambrosíaca Atena, con tu hermana Artemis que protege esta tierra, que se sienta sobre un trono glorioso en medio del Agora, y con Febo que lanza á lo lejos los rayos. ¡Oh, venid á mí los tres, curadores de los males! ¡Si ya, cuando la desgracia se precipitó sobre la ciudad, sofocasteis el fuego terrible, venid también ahora!

Estrofa II

¡Oh Dioses! Yo sufro males innumerables; mi pueblo entero languidece, y la acción del pensamiento no puede curarle. ¡Los frutos de esta tierra ilustre no maduran; las mujeres no paren y sufren dolores lamentables; y se ve, uno

tras otro, á todos los hombres, semejantes á rápidas aves, precipitarse con más ardor que el fuego no dominado hacia la ribera del dios occidental!

Antistrofa II

La ciudad está agotada por los funerales innúmeros; la multitud no llorada y que da la muerte yace sobre la tierra; y las jóvenes casadas y las madres de blancos cabellos, prosternadas aquí y allá sobre las gradas de cada altar, piden con alaridos y lamentos el fin de sus males deplorables. El Peán y el rumor doloroso de las lamentaciones estallan y se redoblan. ¡Oh hija de oro de Zeus, envíanos un socorro poderoso!

Estrofa III

Obliga á huir á este Ares apestado que, sin sus armas de bronce, nos abrasa ahora arrojándose sobre nosotros con grandes clamores. Arrójale fuera de la patria, ya sea en el ancho lecho de Anfitrita, ya sea hacia la costa inhospitalaria del mar Tracio; porque lo que la noche no ha terminado, el día lo acaba. ¡Oh Padre Zeus, dueño de los espléndidos relámpagos, consúmele con tu rayo!

Antistrofa III

¡Rey licio! ¡Puedas, para venir en nuestra ayuda, lanzar de tu arco de oro tus flechas invencibles! ¡Puedan brillar las antorchas flamígeras con que Artemis recorre los montes licios! ¡Y yo invoco al dios epónimo de esta tierra, el de la mitra de oro, Baco Evio, el Purpúreo, el compañero de las Ménadas, para que venga agitando una ardiente antorcha contra ese Dios menospreciado entre todos los Dioses!

EDIPO

Tú oras, y te será concedido lo que deseas, un remedio y un apaciguamiento para tus males, si quieres escucharme y proceder contra esta calamidad. Hablaré como extraño al oráculo y al hecho consumado; porque no avanzaré mucho en mi investigación, si no tengo algún indicio. Ahora, yo, el último venido aquí después del suceso, os digo esto á todos vosotros, ciudadanos cadmeos. Cualquiera de vosotros que sepa por qué hombre fué matado Layo Labdácida, ordeno que él me lo revele todo. ¡Si teme ó si rehusa acusarse, que salga sano y salvo de este país! No sufrirá ningún otro cas-

tigo de mi parte. ¡Si alguno sabe que un extranjero cometió esta muerte, que no calle su nombre, porque yo le recompensaré y le estaré reconocido por añadidura! Pero si os calláis, si alguno de vosotros, temiendo por sí ó por un amigo, desdeña mis palabras, sabed lo que haré. Mando que este hombre no sea acogido por ningún habitante de esta tierra en que yo poseo el poderío y el trono; que nadie sea su huésped ni le admita á las suplicaciones y á los sacrificios divinos y no lo bañe con agua lustral; que todos le rechacen de sus moradas, y que sea para nosotros como una mancha, tal como el oráculo del dios pítico me lo ha declarado. De esta manera ayudo al dios y al hombre muerto. Maldigo al matador desconocido, ya haya cometido solo el crimen ó ya le hayan ayudado varios. ¡Que la desgracia consuma su vida! ¡Que sufra yo mismo los males que mis imprecaciones llaman sobre él, si le recibo voluntariamente en mis moradas! Os mando, pues, obrar así, por mí, por el Dios, por este país herido de esterilidad y de abandono. Aun cuando el oráculo no lo hubiera ordenado, no convenía dejar inexpiada la muerte de aquel hombre tan valiente, de aquel difunto rey; sino que hubiese sido preciso preocuparse de ello. Ahora, puesto que yo poseo el poderío que él tenía antes de mí; puesto que yo he tomado por esposa á su propia mujer para procrear de ella, y que si él hubiera tenido hijos, ellos hubiesen llegado á ser los míos; puesto que el mal destino se dejó caer sobre su cabeza, yo obraré para él como si fuese mi padre, é intentaré todo para prender al matador del Labdácida, del descendiente de Polidoro, de Cadmo y del antiguo Agenor. Para los que no obedezcan mis órdenes, suplico á los Dioses que no tengan ni cosechas de la tierra, ni hijos de sus mujeres, y que mueran del mal que nos agobia ó de uno más terrible todavía. ¡Pero, para vosotros, cadmeos, que me aprobáis, pido que la Justicia y todos los Dioses propicios os ayuden!

El coro

Puesto que me obligas á ello por tu imprecación, ¡oh Rey! hablaré. No he matado ni puedo decir quién mató. A Febo, que ha pronunciado ese oráculo, es á quien toca decir quién cometió el crimen.

Edipo

Dices una cosa justa, pero ningún hombre puede obligar á los Dioses á que hagan lo que no quieren hacer.

EL CORO

Añadiré un segundo pensamiento al que he dicho.

EDIPO

Hasta un tercero, si lo tienes. No vaciles.

EL CORO

Sé ¡oh rey! que el rey Tiresias, tanto como el rey Febo, descubre con certeza lo que se busca á quien le interroga.

EDIPO

No he dejado de ocuparme de ello. Advertido por Creón, le he enviado dos mensajeros. Hasta me admira que no haya llegado.

EL CORO

A la verdad, todos los otros rumores son antiguos y falsos.

EDIPO

¿Cuáles son? Todo lo que se ha dicho debe saberse.

EL CORO

Se refiere que Layo fué muerto por unos viajeros.

EDIPO

También lo he oído decir, pero nadie ha visto lo que pasó.

EL CORO

Si el asesino abriga algún temor, en cuanto se entere de tus terribles imprecaciones no las soportará.

EDIPO

Quien no teme cometer un crimen no se espanta de palabras.

EL CORO

Ve aquí el que lo descubrirá. Conducen aquí al divino profeta, único de todos los hombres que posee la verdad.

EDIPO

¡Oh Tiresias, que comprendes todas las cosas permiti-

das ó prohibidas, celestes ó terrestres! Aunque no veas, sabes, sin embargo, por qué mal está abrumada esta ciudad, y no hemos encontrado mas que á ti, ¡oh Rey! para protector y para salvador. Febo, en efecto, si ya no lo has sabido por éstos, nos ha respondido por nuestros enviados que la única manera de librarnos de este contagio era dar muerte á los matadores descubiertos de Layo ó arrojarlos al destierro. No nos rehuses, pues, ni los augurios por las aves, ni las demás adivinaciones; libra á la ciudad y á ti mismo y á mí; borra esta mancha debida al asesinato del hombre á quien se mató. Nuestra salvación depende de ti. No hay tarea más ilustre para un hombre que poner su ciencia y su poder al servicio de los demás hombres.

TIRESIAS

¡Ay! ¡ay! ¡qué duro es saber, cuando saber es inútil! Esto me era bien conocido, y lo he olvidado, porque yo no hubiera venido aquí.

EDIPO

¿Qué es eso? Pareces lleno de tristeza.

TIRESIAS

Vuelve á enviarme á mi morada. Si me obedeces, será, ciertamente, lo mejor para ti y para mí.

EDIPO

Lo que dices no es ni justo en sí, ni bueno para esta ciudad que te ha criado, si te niegas á revelar lo que sabes.

TIRESIAS

Sé que hablas contra ti mismo, y temo el mismo peligro para mí.

EDIPO

¡Te conjuro por los Dioses! No ocultes lo que sabes. Todos, tantos cuantos somos, nos prosternamos suplicándotelo.

TIRESIAS

¡Deliráis todos! Pero no ocasionaré mi desgracia, al mismo tiempo que la tuya.

EDIPO

¿Qué dices? Sabiéndolo todo, ¿no hablarás? ¿Pero es que tienes el propósito de traicionarnos y perder á la ciudad?

TIRESIAS

No abrumaré de dolor ni á mí ni á ti. ¿Por qué me interrogas en vano? Nada sabrás por mí.

EDIPO

¡Nada! ¡oh el peor de los malvados, no dirás nada! Ciertamente, pondrías furor en un corazón de piedra. Así, ¿permanecerás inflexible é intratable?

TIRESIAS

Me reprochas la cólera que excito, y desconoces la que debes excitar en los demás. ¡Y sin embargo, me reprendes!

EDIPO

¿Quién no se irritaría, en efecto, oyendo tales palabras con las cuales menosprecias á esta ciudad?

TIRESIAS

Las cosas se cumplirán ellas mismas, aunque yo las calle.

EDIPO

Puesto que esas cosas futuras se han de cumplir, puedes decírmelas.

TIRESIAS

No diré nada más. Déjate arrastrar, como te plazca, á la más violenta de las cóleras.

EDIPO

Ciertamente, inflamado de furor como estoy, no callaré nada de lo que sospecho. Sabe, pues, que me parece que tomaste parte en el asesinato, incluso que lo cometiste, aunque no matases por tu mano. Si no estuvieras ciego, te acusaría á ti solo de aquel crimen.

TIRESIAS

¿De veras? Pues yo te ordeno obedecer el decreto que has

dictado, y desde este día, no volver á hablar á ninguno de esos hombres ni á mí, porque tú eres el impío que mancha esta tierra.

EDIPO

¿Te atreves á hablar con esa impudencia, y esperas, por ventura, salir impune de ello?

TIRESIAS

He salido porque tengo en mí la fuerza de la verdad.

EDIPO

¿Quién te lo ha enseñado? No será tu ciencia.

TIRESIAS

Eres tú, que me has obligado á hablar.

EDIPO

¿Qué es eso? Dilo otra vez, para que comprenda mejor.

TIRESIAS

¿No has comprendido ya? ¿Me tientas, para que diga más?

EDIPO

No comprendo bastante lo que has dicho. Repítelo.

TIRESIAS

¡Digo que ese asesino que buscas eres tú!

EDIPO

¡No me habrás impunemente ultrajado dos veces!

TIRESIAS

¿Hablaré aún, para irritarte más todavía?

EDIPO

Todo cuanto quieras, porque será en vano.

TIRESIAS

Digo que te has unido de la manera más vergonzosa, sin saberlo, á los que te son más caros y que no ves en medio de qué males estás.

EDIPO

¿Piensas hablar siempre impunemente?

TIRESIAS

Sí, por cierto. Si hay alguna fuerza en la verdad.

EDIPO

La hay, sin duda, pero no por ti. ¡No la hay ninguna por ti, ciego de las orejas, del espíritu y de los ojos!

TIRESIAS

¡Qué desgraciado eres! ¡Me ultrajas con las mismas palabras con que cada uno de éstos te ultrajará bien pronto!

EDIPO

Perdido en una noche eterna, no puedes herir ni á mí ni á ninguno de los que ven la luz.

TIRESIAS

Tu destino no es sucumbir por mí. Apolo bastará para ello. A él es á quien incumbe ese cuidado.

EDIPO

¿Esto ha sido inventado por ti ó por Creón?

TIRESIAS

Creón no es causa de tu mal. Tú solo eres tu propio enemigo.

EDIPO

¡Oh riqueza, oh poderío, oh gloria de una vida ilustre por la ciencia y por tantos trabajos, cuánta envidia excitáis, puesto que, por ese mismo poderío que la ciudad ha puesto en mis manos sin que yo lo haya demandado, Creón, ese amigo fiel desde el principio, urde secretamente ardides contra mí y se esfuerza para derribarme, habiendo seducido á este embustero, á este artesano de fraudes, á este impostor que no ve mas que el lucro, y no es ciego sino en su ciencia! Vamos, dime, ¿dónde te has mostrado un seguro adivinador? ¿Por qué, cuando estaba allí la Perra de palabras oscuras, no encontraste algún medio de salvar á los ciudadanos? ¿Tocaba al primer hombre venido explicar el enigma, más bien que á los adivinadores? Nada hiciste ni

por los augurios de las aves ni por una revelación de los Dioses. Y yo, Edipo, que llegaba sin saber nada, hice callar á la Esfinge por la fuerza de mi espíritu y sin la ayuda de las aves augurales. ¡Y es éste el hombre que tú intentas derribar, esperando sentarte al lado de Creón sobre el mismo trono! Pero pienso que tendréis desgracia tú y el que ha urdido el designio de arrojarme de la ciudad como una mancha. Si no creyese que la vejez te ha vuelto insensato, bien pronto sabrías lo que cuestan tales designios.

El coro

Por lo que juzgamos de ellas, sus palabras y las tuyas, Edipo, nos parecen llenas de una ardiente cólera. Es preciso no ocuparse de ello, sino averiguar cómo cumpliremos mejor el oráculo del dios.

Tiresias

Si tú posees el poderío regio, me pertenece, sin embargo, responderte como igual. Tengo este derecho, en efecto. No te estoy en modo alguno sometido, sino á Lojias; y no seré jamás inscrito como cliente de Creón. Puesto que me has reprochado estar ciego, te digo que no ves con tus ojos en medio de qué males estás sumido, ni con quién vives, ni en qué moradas. ¿Conoces á aquellos de quienes naciste? No sabes que eres el enemigo de los tuyos, de los que están bajo la tierra y de los que están sobre la tierra. Las horribles execraciones maternas y paternas, cayendo á la vez sobre ti, te arrojarán un día de esta ciudad. Ahora ves, pero entonces estarás ciego. ¿Dónde no gemirás? ¿Qué paraje del Citerón no resonará con tus lamentaciones, cuando conozcas tus nupcias consumadas y á qué puerto fatal has sido lanzado después de una navegación feliz? No ves las miserias sin cuento que te harán el igual de ti mismo y de tus hijos. Ahora, cólmanos de ultrajes á Creón y á mí, porque ninguno de los mortales sucumbirá mas que tú bajo más crueles miserias.

Edipo

¿Quién podría aguantar tales palabras? ¡Vete, abominable! ¡date prisa! ¡sal de estas moradas, y no vuelvas!

Tiresias

Ciertamente, no hubiera venido si no me hubieses llamado.

EDIPO

No sabía que ibas á hablar como un insensato; porque, de saberlo, no te hubiese instado á venir á mi morada.

TIRESIAS

Te parezco insensato, pero los que te engendraron me tenían por sabio.

EDIPO

¿Quiénes son ellos? ¡Alto ahí! ¿Cuál de los mortales me engendró?

TIRESIAS

El mismo día te hará nacer y te hará morir.

EDIPO

Todas tus palabras son oscuras é incomprensibles.

TIRESIAS

¿No sobresales en comprender tales oscuridades?

EDIPO

Me reprochas lo que me hará grande.

TIRESIAS

Eso mismo es lo que te ha perdido.

EDIPO

He libertado á esta ciudad y no me pesa de ello.

TIRESIAS

Me voy, pues. Tú, joven, guíame.

EDIPO

¡Ciertamente, que te guíe, porque estando presente me turbas y me molestas! Lejos de aquí, no me darás pesadumbre.

TIRESIAS

Me iré, pero diré primero por qué he venido aquí sin miedo á tu semblante, porque serás siempre impotente para perderme. Ese hombre que buscas, el amenazado por tus

decretos á causa de la muerte de Layo, está aquí. Se le llama extranjero, pero bien pronto será reconocido como un tebano indígena, y no se regocijará por ello. De vidente se volverá ciego, de rico, pobre, y partirá para una tierra extranjera. Será á la faz de todos el hermano de su propio hijo, el hijo y el esposo de aquella de quien nació, el que compartirá el lecho paterno y habrá matado á su padre. Entra en tu morada, piensa en estas cosas, y si me coges en mentira, di entonces que soy un mal adivinador.

El coro

Estrofa I

¿Quién es el que la roca fatídica de Pito declara haber cometido con sus manos ensangrentadas el más abominable de los crímenes? Es tiempo de que emprenda la huída, más veloz que los caballos rápidos como el viento, porque el hijo de Zeus, armado del fuego y los relámpagos, va á precipitarse sobre él, seguido por los rayos terribles é inevitables.

Antistrofa I

En efecto, he aquí que una ilustre Voz, partiendo del nevado Parneso, ordena buscar á ese hombre que se oculta. Va errante por los bosques salvajes, bajo los antros, entre las rocas, como un toro, y vagabundea, desgraciado y con pie miserable, solitario, á fin de escapar al oráculo salido del Ombligo de la tierra. Pero el Oráculo siempre indestructible vuela á su alrededor.

Estrofa II

Me turba horriblemente el adivino augural, y no puedo ni afirmar ni negar lo que dice. Vacilo, no sabiendo cómo hablar, y me quedo en suspenso, y no veo nada de cierto ni en el presente ni en el pasado. Jamás he oído decir que haya habido disensión alguna entre los Labdácidas y el hijo de Polibo, y nunca he dudado del excelente renombre de Edipo entre todos los hombres, y que pueda haber un vengador del asesinato misterioso del Labdácida.

Antistrofa II

Si Zeus y Apolo son sabios y conocen las acciones de los hombres, no estoy cierto de que este adivino, entre todos, sepa más que yo. Ciertamente, un hombre puede saber más

que otro hombre; pero, antes de que sus palabras sean confirmadas por los hechos, no seré yo de los que condenan á Edipo. En otro tiempo, cuando apareció la Virgen alada, manifestó su sabiduría y su benevolencia para la ciudad, y por eso es por lo que, nunca, de mi propio juicio, le tendré por culpable.

CREÓN

Hombres de esta ciudad, sabiendo que el rey Edipo me dirige las más odiosas acusaciones, vengo, penetrado de un dolor intolerable. Si, en la calamidad presente, piensa que, por mis palabras ó mis acciones, le he causado algún mal, acusado de un crimen semejante, no tengo deseo de una vida más larga. No sería poco, en efecto, semejante injuria; pero sería para mí una grandísima desgracia ser rechazado por la ciudad, por vosotros y por mis amigos.

EL CORO

Pienso que su cólera ha expresado ese ultraje, más bien que la reflexión de su espíritu.

CREÓN

¿Cómo se ha probado que el adivino ha mentido por mis consejos?

EL CORO

Lo ha dicho, en efecto, pero no sé sobre qué prueba.

CREÓN

¿Sus ojos estaban tranquilos, su espíritu estaba sosegado cuando me ha acusado de ese crimen?

EL CORO

No sé, no mirando lo que hacen los príncipes. Pero ve ahí á él mismo que sale de las moradas.

EDIPO

¡Hola! ¡tú! ¿qué haces aquí? ¡Tu audacia y tu impudencia son tan grandes, que te atreves á acercarte á mis moradas, tú que me matas abiertamente, tú, el ladrón probado de mi poderío! ¡Vamos, habla! ¡Te conjuro por los Dioses! ¿Has visto en mí cobardía ó demencia, para haber emprendido esto? ¿Has esperado que no descubriría tu designio

urdido con astucia, ó que, habiéndolo descubierto, no me vengaría? ¿No son insensatos tus esfuerzos de querer apoderarte, sin la ayuda del pueblo y sin amigos, del poderío real, que no puede obtenerse sino por las riquezas y por el favor del pueblo?

CREÓN

¿Cómo hacer? ¿Lo sabes? Es preciso que responda á tus palabras. Cuando sepas, juzgarás.

EDIPO

Eres un hábil hablador, pero yo soy un mal escuchador, porque sé que eres ingenioso y malévolo para mí.

CREÓN

Sobre esto, escucha primero lo que tengo que decirte.

EDIPO

¡Anda! No me digas que no eres un malvado.

CREÓN

Si piensas que una obstinación insensata es buena, te engañas.

EDIPO

Y tú, si piensas que has de ultrajar á un pariente sin ser castigado, te engañas también.

CREÓN

Lo que dices es justo, lo reconozco; pero dime qué ultraje te he hecho.

EDIPO

¿Me has inducido, ó no, á enviar un mensajero á ese venerable adivino?

CREÓN

Tal es todavía mi pensamiento.

EDIPO

¿Cuánto tiempo hace que Layo...

CREÓN

¿Qué ha hecho? No comprendo.

EDIPO

...fué arrebatado por un golpe mortal?

CREÓN

Hace de eso una larga serie de años.

EDIPO

¿Ejercía entonces su ciencia ese adivino?

CREÓN

Era entonces igualmente sabio y respetado.

EDIPO

¿Me nombró en aquel tiempo?

CREÓN

Jamás, al menos estando yo presente.

EDIPO

¿Y vosotros no hicisteis pesquisas respecto al muerto?

CREÓN

Las hicimos, sin duda. No averiguamos nada.

EDIPO

¿Y por qué ese sabio adivino no decía entonces las mismas cosas?

CREÓN

No sé. Tengo la costumbre de callarme acerca de lo que ignoro.

EDIPO

Hay al menos una cosa que sabes y que dirás, si eres prudente.

CREÓN

¿Cuál? Si la sé, no he de negarla.

EDIPO

Si el adivino no se hubiera concertado contigo, no me acusaría de haber matado á Layo.

CREÓN

Si ha dicho eso, tú lo sabes. Pero quiero interrogarte lo mismo que tú me interrogas.

EDIPO

Interroga. Jamás probarás que soy yo el matador de Layo.

CREÓN

Di: ¿no tienes á mi hermana por mujer?

EDIPO

No puedo negar lo que preguntas.

CREÓN

¿Y tú imperas con ella, teniendo una parte igual de poder?

EDIPO

Le concedo todo lo que quiere.

CREÓN

¿No soy yo, el tercero, igual á vosotros dos?

EDIPO

Por eso es por lo que te muestras mal amigo.

CREÓN

No dirás eso, si quieres, como yo, pensar cuerdamente. Medita en esto lo primero: ¿crees que se puede querer mejor reinar en medio de terrores que dormir tranquilo poseyendo el mismo poder? En cuanto á mí, ciertamente, quiero mejor hacer lo que hacen los reyes que ser rey, y todo hombre prudente piensa así. En efecto, ahora obtengo todo de ti sin temor, y, si fuese yo mismo rey, haría un gran número de cosas contra mi voluntad. ¿Cómo, pues, sería para mí más dulce reinar que ser poderoso y estar tranquilo? No soy insensato hasta el punto de desear otra cosa que los bienes que me aprovechan. Ahora todos me honran, cada cual me abraza. Los que desean algo de ti me adulan, porque la realización de sus votos está en mi mano. ¿Por qué, te pregunto, iba yo á perder estas ventajas por reinar? Un espíritu perverso abrigaría designios insensatos. Yo no ten-

go en modo alguno los deseos que me atribuyes y jamás trataría de satisfacerlos con ayuda de otro. He aquí la prueba de ello. Ve á preguntar á Pito si he referido fielmente el oráculo. Entonces, si me convences de haberme concertado con el adivino, mátame, no por un solo sufragio, sino por dos, el mío y el tuyo, Pero no me acuses sin prueba, porque no es justo decidir temerariamente que los buenos son malos y que los malos son buenos. Quien rechaza á un amigo fiel obra peor, te digo, que el que rechaza su propia vida, que es el bien que más se ama. Con el tiempo te convencerás de todo esto, porque sólo el tiempo muestra cuál es el hombre irreprochable, mientras que en un solo día reconocerás á un perverso.

EL CORO

Confesarás que ha hablado bien, ¡oh Rey! si tienes miedo de engañarte, porque los que juzgan con precipitación no están seguros de nada.

EDIPO

Aquí donde alguien está pronto á tenderme lazos, importa que yo esté pronto á decidirme. Si permanezco tranquilo, llevará á cabo sus designios, y los míos serán vanos.

CREÓN

¿Qué quieres, pues? ¿Arrojarme de la ciudad?

EDIPO

No. Quiero que mueras, no que seas desterrado.

CREÓN

Sea, pero después que hayas probado en qué te tengo envidia.

EDIPO

¿Resistirás, desobedeciéndome?

CREÓN

Veo que eres un insensato.

EDIPO

Soy prudente en lo que me concierne.

CREÓN

Debes ser prudente también en lo que á mí toca.

EDIPO

Eres un malvado.

CREÓN

¡Cómo! ¿y si pensases mal?

EDIPO

No debes menos obedecer.

CREÓN

Pero no á un mal dueño.

EDIPO

¡Oh ciudad! ¡oh ciudad!

CREÓN

Y yo también soy de esta ciudad. No es ella para ti solo.

EL CORO

Cesad, ¡oh Reyes! Veo, en efecto, á Yocasta que sale oportunamente de las moradas. Conviene que ella apacigüe esta querella.

YOCASTA

¡Oh desgraciados! ¿Por qué trabáis esta pelea insensata de palabras? ¿No os sonrojáis, estando tan castigada esta tierra, de promover disensiones privadas? Tú, entra en la morada; y tú, Creón, vete á la tuya. Temed hacer una gran querella de lo que no es nada.

CREÓN

Hermana, Edipo, tu marido, se dispone á tratarme con gran crueldad, dándome á elegir entre dos males, ó que me arroje de la ciudad ó que me mate.

EDIPO

Lo confieso, mujer, porque le he sorprendido urdiendo contra mí un plan lleno de pérfidos ardides.

CREÓN

¡Que no tenga yo alegría alguna, que muera consagrado á las execraciones, si he hecho eso de que me acusas!

YOCASTA

¡Por los Dioses! Edipo, cree lo que jura y atestigua en nombre de los Dioses, por respeto para mí y para los que aquí están.

EL CORO

Estrofa I

Consiente, y concede esto en tu prudencia, ¡oh Rey! yo te lo suplico.

EDIPO

¿En qué quieres que ceda?

EL CORO

Respeta al que antes no dejaba de tener razón, y que ahora está protegido por la santidad del juramento.

EDIPO

¿Pero sabes lo que pides?

EL CORO

Lo sé.

EDIPO

Dime, pues, todo tu pensamiento.

EL CORO

No castigues, por un indicio dudoso, como culpable de un crimen no bien aclarado, á un amigo que se ha ligado con un juramento.

EDIPO

Pero has de saber que lo que pides no es nada menos para mí que la muerte ó el destierro.

EL CORO

Estrofa II

¡No, ciertamente! ¡Pongo por testigo al dios Helios, el pri-

mero de todos los Dioses! ¡Detestado de los Dioses y los hombres, que muera yo por los peores suplicios, si he pensado eso! Pero la desgracia de mi patria desgarra tanto más mi corazón cuanto que nuevos males se añaden por vosotros á los que ya nos abruman.

EDIPO

¡Que se vaya, pues, incluso si es preciso que yo perezca ó que, menospreciado de todos, me vea arrojado violentamente de esta ciudad! Tus palabras, no las suyas, me han movido á piedad. Pero en cuanto á él, me será odioso, dondequiera que esté.

CREÓN

Eres inexorable, hasta cediendo. Esto será duro para ti cuando tu cólera se haya extinguido. Semejantes naturalezas se ven castigadas por sí mismas.

EDIPO

¡Déjame, pues, y vete!

CREÓN

Me voy, no conocido por ti; pero soy siempre para éstos lo que era antes.

EL CORO

Antistrofa I

Mujer, ¿por qué tardas en llevarte á Edipo á la morada?

YOCASTA

He de saber antes qué querella era esta.

EL CORO

Nació de palabras oscuras. Una falsa acusación irrita el espíritu.

YOCASTA

¿Se acusaban los dos?

EL CORO

Sin duda.

YOCASTA

¿Y cuáles eran sus palabras?

EL CORO

Bastante, bastante es esto para mí. En medio de las calamidades de esta ciudad, me detengo donde se ha detenido la querella.

EDIPO

¡Mira adónde llegas! Aunque seas un hombre prudente, desfalleces y quebrantas mi corazón.

EL CORO

Antistrofa II

¡Oh Rey! Lo he dicho y vuelvo á decirlo: sabe que estaría yo falto de razón y sería inhábil para pensar bien, si me separase de ti, que has dirigido por el buen camino á mi querida patria, impotente para luchar contra las olas del destino adverso. De nuevo ahora, si puedes, dirígela felizmente.

YOCASTA

¡Por los dioses! Dime, ¡oh Rey! la causa de tu violenta cólera.

EDIPO

Hablaré, más bien por ti que por ellos. Es que Creón ha urdido planes malvados contra mí.

YOCASTA

Habla, si puedes probar, explicando la querella, que has acusado á Creón justamente.

EDIPO

Dice que soy yo el matador de Layo.

YOCASTA

¿Lo sabe por sí mismo, ó lo ha oído decir á otro?

EDIPO

Ha suscitado un miserable adivino, porque, en lo que á él se refiere, no ha soltado la lengua.

YOCASTA

Deja todo eso y lo que se ha dicho. Escucha mis palabras y sabe que la ciencia de la adivinación no puede prever nada de las cosas humanas. Yo te lo probaré brevemente. En otro tiempo, fué revelado á Layo un oráculo, no por Febo mismo, sino por sus servidores, el cual decía que su destino era ser muerto por un hijo que habría nacido de él y de mí. Sin embargo, unos ladrones extranjeros le mataron en la encrucijada de tres caminos. Habiendo nacido el niño, apenas hubo vivido tres días, encargó á manos extrañas exponerle con los pies atados, en una montaña desierta. De esta manera Apolo no hizo que el hijo fuese el matador del padre, ni que Layo sufriese de su hijo lo que de él temía. He aquí cómo se realizaron las predicciones fatídicas. No tengas ningún cuidado. En efecto, lo que un dios quiere averiguar, él mismo lo descubrirá fácilmente.

EDIPO

¡Oh mujer, cuánto, escuchando esto, siento el alma agitada y el corazón herido!

YOCASTA

¿Qué nueva inquietud te turba?

EDIPO

Me parece que te he oído decir que Layo había sido muerto en la encrucijada de tres caminos.

YOCASTA

Ciertamente, se dijo, y ese rumor no ha sido desmentido.

EDIPO

¿Y en qué lugar ocurrió esto?

YOCASTA

En la comarca que se llama Fócida, allí donde los caminos que vienen de Pito y de Daulis forman uno solo.

EDIPO

¿Hace mucho tiempo de eso?

YOCASTA

Esto se supo en la ciudad un poco antes de que tú llegases á ser rey de esta tierra.

EDIPO

¡Oh Zeus! ¿qué quisiste que hiciera?

YOCASTA

Edipo, ¿de dónde proviene ese terror?

EDIPO

No me preguntes nada todavía. Pero, dime, ¿qué aspecto era el de Layo? ¿Cuál era entonces su edad?

YOCASTA

Era de elevada estatura, y su cabeza empezaba á blanquear, y su rostro se parecía al tuyo.

EDIPO

¡Desgraciado de mí! ¡Parece que, sin saberlo, me he lanzado á mí mismo horribles imprecaciones!

YOCASTA

¿Qué dices? ¡yo te conjuro! Ciertamente, tiemblo al mirarte, ¡oh Rey!

EDIPO

Temo demasiado la clarividencia de ese adivino. Me darás más luz si me dices todavía una sola cosa.

YOCASTA

Estoy espantada. Sin embargo, te diré, si la sé, la cosa que me preguntas.

EDIPO

¿Caminaba con corto número de acompañantes, ó llevaba numerosos satélites, con arreglo á la costumbre de una persona real?

YOCASTA

Eran cinco, y, entre ellos, un heraldo. Un solo carro llevaba á Layo.

EDIPO

¡Ay, ay! Esto ya está claro. Pero ¿quién refirió estas cosas, oh mujer?

YOCASTA

Uno de los servidores, el único que volvió sano y salvo.

EDIPO

¿Está ahora en la morada?

YOCASTA

No, porque en cuanto estuvo de vuelta y te vió en posesión del poder real, y á Layo muerto, me suplicó ardientemente, cogiéndome la mano, que le enviase al campo á apacentar los rebaños, á fin de permanecer muy alejado de esta ciudad. Y yo le dejé marchar, porque era digno de recompensa, aunque esclavo.

EDIPO

¿Es posible hacerle volver con toda prontitud á nuestro lado?

YOCASTA

Es muy fácil. Pero ¿por qué lo deseas?

EDIPO

Temo, ¡oh mujer! que se me hayan dicho ya demasiadas cosas. Por eso querría ver á ese hombre.

YOCASTA

Vendrá, ciertamente. Pero, en el intervalo, creo ser digna de saber, ¡oh Rey! lo que entristece tu corazón.

EDIPO

No te rehusaré esto, cuando no me queda mas que esta esperanza. ¿A quién, en efecto, mejor que á ti, confiarme en tal incertidumbre? Mi padre era Polibo el corintio y mi madre Merope de Dórida; y yo era tenido por el primero entre los hombres de Corinto, cuando me sucedió una aven-

tura, digna de admirar indudablemente, pero no tal, no obstante, que yo hubiese debido inquietarme tanto. Durante la comida, un hombre más que tomado del vino me llamó hijo supuesto. Devorando la injuria con dolor, me contuve á duras penas durante aquel día; pero, á la mañana siguiente, acudí á mi padre y á mi madre y les pregunté lo que había de aquéllo, y ellos se indignaron mucho contra el que había hablado de aquella suerte, y yo estaba muy contento de sus palabras. Sin embargo, aquel ultraje me seguía quemando, porque había penetrado en mi espíritu. Partí, pues, para Pito, á escondidas de mi padre y de mi madre. Febo me despidió sin ninguna respuesta á las cuestiones por cuya causa había ido; pero me predijo claramente otras cosas terribles y lamentables: que me uniría á mi madre, que sacaría á la luz una raza odiosa á los hombres y que mataría al padre que me había engendrado. Habiendo oído esto, dejé la tierra de Corinto, guiándome por los astros, á fin de huir y ocultarme donde no viese jamás realizarse aquellos oráculos lamentables y vergonzosos. Haciendo mi camino, llegué al lugar donde dices que el rey pereció. Pues te diré la verdad, mujer. Cuando andaba no lejos de la triple vía, un heraldo y un hombre tal como tú has dicho, conducido sobre un carro con caballos enganchados, vinieron á mi encuentro. El conductor del carro y el mismo anciano quisieron apartarme violentamente del camino. Entonces, lleno de cólera, herí al conductor que me repelía. Pero el anciano, viéndome pasar al lado del carro, aprovechó el momento y me dió en medio de la cabeza con su doble látigo. El no sufrió un mal idéntico, porque, alcanzado al punto por el bastón que tenía yo en la mano, cayó de espaldas desde lo alto de su carro; y yo maté también á todos los demás. Si aquel hombre desconocido tenía alguna cosa de común con Layo, ¿quién, más que yo, puede parecer horrendo á los Dioses? ¡Nadie, extranjero ó ciudadano, me recibirá, ni me hablará; y todos me arrojarán de su morada; y nadie más que yo mismo me abrumará con mis propias imprecaciones! ¡Y mis manos, á las cuales él pereció, mancillan el lecho del muerto! ¿No soy un malvado impuro, puesto que es preciso que me destierre y huya, sin volver á ver á los míos y sin poner de nuevo el pie en la tierra de la patria? Si no, he de casarme con mi madre y matar á mi padre. ¿No pensaría sabiamente el que dijera que este destino me ha sido dispuesto por un Genio inexorable? ¡Oh santidad del Dios! ¡Que yo no vea ese día! ¡Que desaparezca de en medio de los mortales antes de ser manchado con semejante horror!

El coro

Estas cosas, ¡oh Rey! nos aterrorizan; pero hasta que lo sepas todo por el que estaba presente, no desesperes.

Edipo

Ciertamente, el estar aguardando á ese boyero es la única esperanza que me queda.

Yocasta

¿Por qué te tranquilizarás cuando esté aquí?

Edipo

Yo te lo diré. Si dice lo mismo que tú, entonces me consideraré garantido contra todo mal.

Yocasta

¿Qué palabras tan importantes has oído de mí?

Edipo

Decías saber por él que Layo había sido muerto por unos ladrones. Si, ahora de nuevo, habla de su número, yo no le maté; porque uno solo no puede ser tomado por varios. Pero si dice que no había mas que un hombre, entonces quedará manifiesto que yo cometí el crimen.

Yocasta

Sabe que él contó así la cosa, y no le es posible decir lo contrario. Toda la ciudad le oyó, y no yo sola. Aunque se apartase de su primer lenguaje, no certificaría, sin embargo, juzgando con arreglo al oráculo, que tú cometiste aquella muerte, puesto que Lojias declaró que Layo debía ser muerto á manos de mi hijo. Ahora bien; el desdichado niño no le mató, puesto que él había muerto antes. Por eso es por lo que ninguna adivinación me hará retroceder.

Edipo

Tu pensamiento es prudente. Sin embargo, envía alguien que traiga á ese esclavo. No dejes de hacerlo.

Yocasta

Muy pronto enviaré. Pero entremos en la morada, porque nada haré que no te plazca.

EL CORO

Estrofa I

¡Pueda serme dispuesto el destino de guardar la santa honestidad de las palabras y de los actos, con arreglo á las leyes sublimes nacidas en el Eter uranio, de las cuales el Olimpo es el solo padre, que la raza mortal de los hombres no ha engendrado y que jamás el olvido adormecerá! Un gran Dios reside en ellas y la vejez no las marchitará.

Antistrofa I

La insolencia engendra al tirano; la insolencia, habiéndose saciado en su locura de numerosas acciones insensatas y malvadas, llegada á la cima más alta, es precipitada al fondo de su destino, de donde en vano intenta salir. Puesto que la salvación futura de la ciudad está en este combate, pido al dios que no permita que quede inacabado. Jamás dejaré de tomar al Dios por protector.

Estrofa II

¡Si algún hombre se manifiesta insolentemente por sus palabras ó sus acciones, si no venera la justicia, ni las moradas de los Genios, que un adverso destino se apodere de él por causa de sus inicuas delicias, si no se preocupa de las ganancias honradas, si no se abstiene de los actos impíos, si, en su demencia, pone las manos en lo que no debe tocarse! ¿Qué hombre, entonces, se podrá glorificar de repeler de su corazón los tiros de la cólera? Porque, si esas acciones impías se ven honradas, ¿de qué me sirve mezclarme á los coros sagrados?

Antistrofa II

No iré á venerar el Ombligo sagrado de la tierra, ni el templo abaisiano ni el de Olimpia, si esos oráculos no aparecen manifiestos á todos los hombres. Pero ¡oh tú que imperas, Zeus, si eres el verdadero dueño de todas las cosas, que nada se oculte á tu inmortal poder! ¡Ya los oráculos que conciernen á Layo son desdeñados; Apolo no resplandecerá de honores y las Cosas divinas desaparecen!

YOCASTA

Reyes de esta tierra, me ha venido al pensamiento ir á los templos de los Dioses, llevando en las manos estas ban-

deletas y este incienso, porque Edipo tiene el alma turbada por numerosas inquietudes, y no juzga, como un hombre prudente, los recientes oráculos según los oráculos pasados, sino que cree al que le anuncia terrores. Puesto que yo no le tranquilizo en nada, vengo á ti suplicante, con estas ofrendas, ¡oh Apolo Licio, que eres el más próximo á nuestras moradas! á fin de que pongas á esto un término feliz, porque estamos todos llenos de confusión viendo así aterrorizado al que tiene la caña del timón de la nave.

EL MENSAJERO

Sepa de vosotros, ¡oh extranjeros! dónde está la morada del rey Edipo. Decidme dónde está él mismo, si lo sabéis.

EL CORO

Estas moradas son las suyas, y en ellas se encuentra, ¡oh extranjero! Esta mujer es la madre de sus hijos.

EL MENSAJERO

¡Que la venerable esposa de Edipo se vea feliz y rodeada de felices!

YOCASTA

Seas feliz igualmente, ¡oh extranjero! Lo mereces á causa de tus buenas palabras. Pero di á qué has venido y qué noticias traes.

EL MENSAJERO

Cosas favorables para tu morada y para tu esposo, mujer.

YOCASTA

¿Cuáles son? ¿Quién te ha enviado á nosotros?

EL MENSAJERO

Vengo de Corinto. Espero que lo que te voy á decir te será agradable. ¿Por qué no? Sin embargo, quizá te entristezca.

YOCASTA

¿Qué noticia es esa? ¿Cómo tendrá ese doble resultado?

EL MENSAJERO

Se dice que los habitantes del Istmo van á hacer rey á Edipo.

YOCASTA

¿Es cierto? ¿Ya no reina el anciano Polibo?

EL MENSAJERO

No, en verdad, pues la muerte le ha encerrado en la tumba.

YOCASTA

¿Qué dices, anciano? ¿Ha muerto Polibo?

EL MENSAJERO

¡Muera yo si no digo verdad!

YOCASTA

Mujer, apresúrate á entrar y anunciar esto con gran prontitud á tu amo. ¡Oh oráculos de los Dioses! ¿dónde estáis? ¡Edipo, temiendo matar á este hombre, había huído en otro tiempo de su patria; y he aquí que él ha sufrido su destino, pero no por Edipo!

EDIPO

¡Oh muy querida cabeza de Yocasta! ¿por qué me has llamado de la morada?

YOCASTA

Oye á este hombre, y, cuando le hayas oído, mira en qué han venido á parar los verdaderos oráculos del Dios.

EDIPO

¿Quién es y qué me anuncia?

YOCASTA

Llega de Corinto para anunciarte que tu padre Polibo ya no vive, sino que ha muerto.

EDIPO

¿Qué dices, extranjero? Explica tú mismo lo que hay.

EL MENSAJERO

Si es preciso ante todo que hable claramente, ten por cierto que Polibo ha dejado la vida.

EDIPO

¿Por un asesinato ó por enfermedad?

EL MENSAJERO

Un solo momento basta para sumir en la muerte á los cuerpos envejecidos.

EDIPO

¿Ha muerto, pues, de enfermedad el desgraciado?

EL MENSAJERO

Ciertamente, y después de haber vivido largo tiempo.

EDIPO

¡Ah! ¡ah! Mujer, ¿por qué inquietarse todavía con los altares fatídicos de Pito, ó con las aves que chillan en el aire, y según los cuales yo había de matar á mi padre? ¡Ved, pues, que está muerto y encerrado bajo tierra, y yo, que estoy aquí, no le he herido con la espada! Como no sea que haya muerto de echarme de menos, porque, en ese caso, aún se podría decir que yo le he matado. ¡Polibo, pues, se ha sumido en el Hades, llevándose consigo todos esos vanos oráculos!

YOCASTA

¿No te he dicho eso hace mucho tiempo?

EDIPO

Lo has dicho, sin duda, pero yo estaba turbado por el temor.

YOCASTA

No dejes entrar en tu espíritu nada de todo eso.

EDIPO

¿Debo también no temer más al lecho nupcial de mi madre?

YOCASTA

¿Qué puede temer el hombre, cuando el destino conduce todas las cosas humanas y toda previsión es incierta? Lo mejor es vivir al azar, si se puede. No temas que te unas á

tu madre, porque, en sus sueños, muchos hombres han soñado que se unían á su madre; pero el que sabe que esos sueños no significan nada, lleva una vida tranquila.

EDIPO

Tus palabras serían prudentes si mi madre ya no viviese; pero, puesto que sobrevive, aunque hables con prudencia, nada puede hacer que yo no tema.

YOCASTA

La manera como ha muerto tu padre es un gran consuelo.

EDIPO

Grande, ya lo sé; pero mi madre vive, y por eso es por lo que temo.

EL MENSAJERO

¿Cuál es esa mujer que os inquieta?

EDIPO

Merope, ¡oh anciano! que estaba casada con Polibo.

EL MENSAJERO

¿Qué hay en ella que os espante?

EDIPO

Un oráculo divino y terrible, ¡oh extranjero!

EL MENSAJERO

¿Puede decirse? ¿Está prohibido que otro lo conozca?

EDIPO

Helo aquí. Lojias dijo, en tiempos, que yo yacería con mi madre y que vertería con mis manos la sangre paterna. Por eso es por lo que he vivido largo tiempo lejos de Corinto, y, en verdad, felizmente, por más que sea muy dulce, sin embargo, ver á sus padres.

EL MENSAJERO

¿Es por consecuencia de ese temor por lo que te has desterrado?

EDIPO

No quería llegar á ser el matador de mi padre, anciano.

EL MENSAJERO

¿Por qué, pues, ¡oh Rey! no te he de librar de ese temor, puesto que he venido á ti con un espíritu benévolo?

EDIPO

Ciertamente, yo te daré una recompensa merecida.

EL MENSAJERO

Yo he venido, sobre todo, á fin de que, de regreso en tu morada, obtuviese de ti esa recompensa.

EDIPO

¡Jamás habitaré con mis padres!

EL MENSAJERO

¡Oh hijo! Está claro que no sabes lo que haces...

EDIPO

¿Cómo, oh anciano? ¡Por los Dioses! Instrúyeme.

EL MENSAJERO

...si huyes de tu morada por causa de tus padres.

EDIPO

Temo que Febo haya sido verídico en lo que me concierne.

EL MENSAJERO

¿Recelas alguna mancilla por causa de tus padres?

EDIPO

Eso mismo, anciano, es lo que me asusta siempre.

EL MENSAJERO

¿No sabes que no tienes razón alguna para temer?

EDIPO

¿Por qué, pues, si he nacido de ellos?

EL MENSAJERO

Porque Polibo no estaba unido á ti por la sangre.

EDIPO

¿Qué dices? ¿No me ha engendrado Polibo?

EL MENSAJERO

Tanto como yo mismo, y no más.

EDIPO

¿Cómo el que me engendró sería como el que nada me toca?

EL MENSAJERO

Ni él ni yo te hemos engendrado.

EDIPO

¿Por qué, pues, me llamaba su hijo?

EL MENSAJERO

A fin de que lo sepas, era que te había recibido en otro tiempo de mis manos.

EDIPO

¿Y amó tan vivamente al que había recibido de una mano extraña?

EL MENSAJERO

Te amó porque desde hacía mucho tiempo carecía de hijos.

EDIPO

¿Y me diste á él, habiéndome comprado, ó encontrado por algún azar?

EL MENSAJERO

Encontrado en las gargantas selváticas del Citerón.

EDIPO

¿Por qué estabas tú en aquel lugar?

EL MENSAJERO

Guardaba allí los rebaños de la montaña.

EDIPO

¿Eras, pues, un pastor mercenario, y llevabas una vida vagabunda?

EL MENSAJERO

En aquel tiempo, ¡oh hijo! yo fuí tu salvador.

EDIPO

¿Qué mal era el mío, en aquella calamidad, cuando tú me socorriste?

EL MENSAJERO

Las articulaciones de tus pies pueden decirlo.

EDIPO

¡Oh Dioses! ¿por qué recordar esta antigua desdicha?

EL MENSAJERO

Yo desaté tus pies, que estaban ligados.

EDIPO

Ciertamente, tengo esas señales desde la infancia, y nada hay en ellas de que me glorifique.

EL MENSAJERO

Por eso es por lo que se te dió el nombre que tienes.

EDIPO

¡Oh! ¡Por los Dioses! Dime si esto fué por orden de mi padre ó de mi madre.

EL MENSAJERO

No sé. El que te entregó á mí lo sabría mejor.

EDIPO

¿Me recibiste, pues, de otro? ¿No me encontraste tú mismo?

EL MENSAJERO

No. Otro pastor te entregó á mí.

EDIPO

¿Quién es él? ¿Puedes tú nombrármelo?

EL MENSAJERO

Se decía servidor de Layo.

EDIPO

¿Del que, en otro tiempo, era rey de esta tierra?

EL MENSAJERO

Precisamente. Era pastor de aquel rey.

EDIPO

¿Vive todavía? ¿Puedo verle?

EL MENSAJERO

Vosotros que habitáis esta tierra lo sabréis mejor que yo.

EDIPO

¿Hay alguno entre vosotros, los que estáis aquí, que conozca á ese pastor de que habla, sea que le haya visto en los campos, ó en la ciudad? Responded, porque ha llegado el tiempo de esclarecer esto.

EL CORO

Me parece que no es otro que ese campesino que tú deseas ver; pero Yocasta te lo dirá mejor que nadie.

EDIPO

Mujer, ¿crees que el hombre á quien hemos mandado venir sea el mismo que aquel de que éste habla?

YOCASTA

¿De quién ha hablado? No te inquietes; no te acuerdes más de sus palabras vanas.

EDIPO

No puede ser que con ayuda de tales indicios no haga yo manifiesto mi origen.

YOCASTA

¡Por los Dioses! Si tienes algún cuidado por tu vida, no investigues eso. Bastante afligida estoy.

EDIPO

Ten valor. Aunque yo fuese esclavo desde hace tres generaciones, no quedarías rebajada en nada.

YOCASTA

Sin embargo, escúchame, ¡te lo suplico! no hagas eso.

EDIPO

No consentiré en cesar en mis averiguaciones.

YOCASTA

Es con un espíritu benévolo como yo te aconsejo para el mayor bien.

EDIPO

Esos consejos excelentes me desagradan desde hace mucho tiempo.

YOCASTA

¡Oh desgraciado! ¡Plegue á los Dioses que no sepas jamás quién eres!

EDIPO

¿Es que ninguno me va á traer prontamente á ese pastor? Dejadla envanecerse con su excelso origen.

YOCASTA

¡Ay! ¡ay! ¡Desgraciado! ¡Ese es el único nombre que puedo darte, y no oirás nada de mí en lo sucesivo!

EL CORO

Edipo, ¿por qué se va presa de un áspero dolor? Temo que de ese silencio salgan grandes males.

EDIPO

¡Que salga lo que quiera! En cuanto á mí, quiero conocer mi origen, por oscuro que sea. Orgullosa de espíritu, como mujer, tiene vergüenza quizá de mi nacimiento común. Yo,

hijo afortunado del destino, no seré por ello deshonrado. El buen destino es mi madre, y el desarrollo de los meses me ha hecho grande de pequeño que era. Teniendo un tal comienzo, ¿qué me importa lo demás? ¿Y por qué no he de averiguar cuál es mi origen?

EL CORO

Estrofa

¡Si soy adivino, y si preveo bien con arreglo á mi deseo, ¡oh Citerón! pongo al Olimpo por testigo, antes del fin de otra luna llena te veneraremos como el criador y el padre de Edipo y como su conciudadano, y te celebraremos con coros, porque habrás traído la prosperidad á nuestros reyes! ¡Febo! ¡que apartes los males! ¡que estos deseos sean realizados!

Antistrofa

¡Oh joven! ¿qué hija de los Bienaventurados te ha concebido, habiéndose unido á Pan que vaga por las montañas, ó á Lojias? Porque éste gusta de las cimas cubiertas de bosques. ¿Es el rey cileniense, ó el dios Baco, que habita en las altas montañas, quien te ha recibido de alguna de las ninfas heliconas con las cuales tiene costumbre de retozar?

EDIPO

Si me está permitido, anciano, presentir á un hombre con quien jamás he vivido, me parece ver á ese pastor que esperamos hace tanto tiempo. Su vejez recuerda la edad de este otro hombre, y reconozco por mis servidores á los que le traen; pero tú juzgarás con más seguridad que yo, tú que ya has visto á ese pastor.

EL CORO

Efectivamente, lo reconozco, estoy cierto; porque estaba con Layo, y le era más fiel que otro alguno como pastor.

EDIPO

¡A ti en primer lugar, extranjero corintio! ¿Es ese el hombre que tú has dicho?

EL MENSAJERO

Es el mismo que ves.

EDIPO

¡Hola! Tú, anciano, mírame á la cara y responde á lo que te pregunte. ¿Eras tú en otro tiempo servidor de Layo?

EL SERVIDOR

Era esclavo, no comprado, sino criado en la morada.

EDIPO

¿Cuál era tu trabajo y qué hacías de tu tiempo?

EL SERVIDOR

He pasado la mayor parte de mi vida apacentando los rebaños.

EDIPO

¿Qué lugares frecuentabas más?

EL SERVIDOR

El Citerón y el país vecino.

EDIPO

¿Recuerdas haber conocido á este hombre?

EL SERVIDOR

¿Qué hacía? ¿De qué hombre me hablas?

EDIPO

De éste. ¿No le has encontrado alguna vez?

EL SERVIDOR

No lo bastante para que pueda decir que le recuerdo.

EL MENSAJERO

Eso no es sorprendente, señor; pero yo traeré á su memoria lo que se ha borrado de ella; porque sé que debe recordar que ambos anduvimos por el Citerón, yo no teniendo mas que un rebaño, y él teniendo dos, durante tres semestres, desde la primavera hasta el Arturo. Yo conducía, en el invierno, un rebaño hacia mis establos, y él los suyos á los de Layo. ¿Es verdad lo que digo ó no?

EL SERVIDOR

Es verdad lo que dices, pero hace mucho tiempo de eso.

EL MENSAJERO

¡Vamos, habla! ¿Recuerdas que me entregaste un niño para criarle como si fuese mío?

EL SERVIDOR

¿Qué es eso? ¿Por qué me interrogas así?

EL MENSAJERO

He aquí, ¡oh amigo! el que era niño entonces.

EL SERVIDOR

¡Vas á causar una desgracia! ¿Callarás?

EDIPO

¡Ah! ¡No reprendas á este hombre, anciano! Sólo tus palabras son de reprender, no las suyas.

EL SERVIDOR

¿En qué he faltado, ¡oh muy excelente señor!?

EDIPO

No diciendo nada del niño de que habla.

EL SERVIDOR

No sabe lo que dice y se inquieta en vano.

EDIPO

Lo que no dices de buen grado, lo dirás por fuerza.

EL SERVIDOR

Yo te conjuro por los Dioses, no hieras á un anciano.

EDIPO

¡Que uno de vosotros le ate prontamente las manos por la espalda!

EL SERVIDOR

¡Qué desgraciado soy! ¿Por qué? ¿Qué quieres saber?

EDIPO

¿Le entregaste aquel niño de que habla?

EL SERVIDOR

Sí se lo entregué. ¡Pluguiera á los Dioses que me hubiese muerto aquel día!

EDIPO

Eso te ha de ocurrir, si no dices la verdad.

EL SERVIDOR

Mucho más pronto moriré si hablo.

EDIPO

Este hombre, á lo que parece, está ganando tiempo.

EL SERVIDOR

No, por cierto. Digo que se lo entregué hace muchos años.

EDIPO

¿Cómo estaba en tu poder? ¿Era tuyo ó de otro?

EL SERVIDOR

No era mío; lo había recibido de otra persona.

EDIPO

¿De qué ciudadano de esta ciudad? ¿de qué morada?

EL SERVIDOR

¡Por los Dioses, señor, no preguntes más!

EDIPO

Si me haces preguntarte esto por segunda vez, eres muerto.

EL SERVIDOR

¡Está bien! Era un niño de la morada de Layo.

EDIPO

¿Era esclavo, ó de la raza misma de Layo?

EL SERVIDOR

¡Oh Dioses! Esto es para mí la cosa más horrible de decir.

EDIPO

Y para mí de oir. Pero debo oirlo.

EL SERVIDOR

Se decía que era hijo de Layo. Pero tu mujer, que está en tu morada, te dirá mucho mejor cómo pasaron las cosas.

EDIPO

¿Fué ella misma quien te entregó el niño?

EL SERVIDOR

Sí, ¡oh Rey!

EDIPO

¿Con qué intención?

EL SERVIDOR

Para que yo le matase.

EDIPO

¡Ella! ¡quien le había parido! ¡Desgraciada!

EL SERVIDOR

Por miedo á lamentables oráculos.

EDIPO

¿A cuáles?

EL SERVIDOR

Le había predicho que mataría á sus padres.

EDIPO

¿Por qué, pues, le entregaste á este anciano?

EL SERVIDOR

¡Por piedad, oh señor! Creí que él llevaría el niño á un país extranjero; pero lo salvó, para mayores desdichas. Si eres tú el que él dice, sabe que eres un desgraciado.

EDIPO

¡Ay! ¡ay! Todo aparece claramente. ¡Oh luz, yo te veo por la última vez, yo que nací de aquellos de quienes no hacía falta nacer, que me he unido á quien no debía unirme, que he matado á quien no debía matar!

EL CORO

Estrofa I

¡Oh generaciones de los mortales, yo os estimo en nada, por mucho tiempo que viváis! ¿Qué hombre no tiene por la mayor felicidad el parecer dichoso y no viene á menos después? Enfrente de tu Genio y de tu destino, ¡oh desgraciado Edipo! digo que no hay nada de venturoso para los mortales.

Antistrofa I

Tú has empujado tu deseo más allá de todo y has poseído la más afortunada riqueza. ¡Oh Zeus! Habiendo domeñado á la Virgen de uñas encorvadas, la Profetisa, has sido el muro de la patria y has defendido á los ciudadanos contra la muerte, y has sido nombrado rey é investido de altísimos honores, y reinas en la grande Tebas.

Estrofa II

Y ahora, si hemos comprendido, ¿quién es más miserable que tú? ¿Quién ha sido precipitado, por los cambios de la vida, en un desastre más terrible? ¡Oh cabeza ilustre de Edipo, á quien un solo seno ha bastado como hijo y como marido, ¿cómo la que tu padre fecundó ha podido soportarte en silencio y por tanto tiempo?

Antistrofa II

El tiempo, que todo lo descubre, te ha revelado contra tu voluntad y condena esas nupcias abominables por las cuales eres á la vez padre é hijo. ¡Oh hijo de Layo, pluguiera á los Dioses que no te hubiera jamás visto, porque gimo violentamente y en alta voz por ti! Sin embargo, diré la verdad: por ti es por quien he respirado y por quien mis ojos se han adormecido.

EL MENSAJERO

¡Oh vosotros, los mayormente honrados de esta tierra, qué acciones vais á oir y ver, y qué gemidos lanzaréis, si,

como conviene á los de la misma raza, tenéis todavía interés por la morada de los Labdácidas! Pienso, en efecto, que ni el Istro ni el Fasis podrían lavar las manchas inexpiables que oculta esta morada y las que van á salir ellas mismas á la luz. Pero los daños más lamentables son los que uno se hace á sí mismo.

EL CORO

Muy amargos son los que ya conocemos. ¿Qué nos anuncias además?

EL MENSAJERO

Para decirlo todo en muy pocas palabras y que lo sepáis: ¡la divina cabeza de Yocasta ha muerto!

EL CORO

¡Oh desventurada! ¿Cuál ha sido la causa de su muerte?

EL MENSAJERO

Ella misma. Lo que hay más lamentable en esto se os esconde, porque no habéis visto el caso. Sin embargo, en cuanto yo me acuerdo, conoceréis su destino miserable. Una vez que, consumida de furor, se hubo abalanzado al vestíbulo, fué derechamente á la cámara nupcial mesándose los cabellos con las dos manos. Luego que entró, cerró violentamente las puertas por dentro é invocó á Layo, muerto hace tanto tiempo, y el recuerdo de su antigua unión, de la que había salido ese hijo que había de matar á su padre, y por el que, en nupcias abominables, su propia madre había de parir. Y lloró sobre aquel lecho donde, dos veces desgraciada, tuvo un marido de un marido, y de un hijo concibió hijos. De qué manera pereció después, no sé. En efecto, Edipo se precipitó con grandes gritos, y, por esto, no me fué posible ver el fin de Yocasta, mientras yo miraba á aquél, que corría de aquí para allá. E iba y venía pidiendo una espada, y buscando á su mujer, que no era su mujer, y que era su propia madre y la de sus hijos. Alguno de los Genios informó á su demencia, porque no fué ninguno de nosotros que estábamos allí. Entonces, con horribles gritos, como si el camino le fuese mostrado, se lanzó contra las dobles puertas, arrancando las hojas de los profundos goznes, y se precipitó en la cámara, donde vimos á la mujer pendiente de la cuerda que la estrangulaba. Y, al verla así, el mísero se estremeció de horror y desató la

cuerda. Y habiendo caído al suelo la desgraciada, tuvo lugar una cosa horrible. Después de arrancar los broches de oro de los vestidos de Yocasta, se sacó con ellos los abiertos ojos, diciendo que éstos no verían los males que había sufrido y las desdichas que había causado; que, sumidos en adelante en las tinieblas, no verían á los que él no debía ver, y no reconocerían á los que él deseaba contemplar. Y, haciendo estas imprecaciones, seguía hiriendo una y otra vez sus ojos, levantados los párpados; y sus pupilas ensangrentadas corrían por sus mejillas, y no sólo se escapaban de aquéllas algunas gotas de sangre, sino que brotaba como una lluvia negra, como un granizo de sangre. La antigua Felicidad era así llamada con su verdadero nombre; pero, á partir de este día, nada falta de todos los males que tienen un nombre, los gemidos, el desastre, la muerte, el oprobio.

El coro

Y ahora, ¿qué hace el desgraciado en la tregua de su mal?

El mensajero

Grita que se abran las puertas y que se muestre á todos los cadmeos al matador de su padre, y cuya madre... Palabras impías que no puedo repetir. Quiere ser arrojado de esta tierra; se niega á permanecer más tiempo en esta morada, manchada con las imprecaciones de que él se ha cubierto. Pero carece de un apoyo y de un conductor, porque la violencia de su dolor es muy grande, y no puede soportarla. Esto se te hará manifiesto bien pronto, porque se abren las hojas de las puertas y vas á asistir á un espectáculo tal, que excitaría la piedad hasta de un enemigo.

El coro

¡Oh miseria para los hombres espantosa! ¡Oh la más horrible de todas las que he visto jamás! ¿Qué demencia se ha apoderado de ti, oh desgraciado? ¿Qué Genio, con semejantes males, ha hecho peor el destino funesto que la Moira te había preparado? No puedo mirarte, por más que deseo interrogarte sobre muchas cosas, ni oirte, ni verte; ¡tanto me llenas de horror!

Edipo

¡Ay! ¡ay! ¡ah! ¡qué desgraciado soy! ¿Adónde iré en la tierra, desdichado? ¿Adónde se esparcirá mi voz? ¡Oh Genio! ¿en dónde me has arrojado?

El coro

En una horrible angustia que no se puede ver ni oir.

Edipo

Estrofa I

¡Oh nube execrable de mi noche, que me has invadido, lamentable, invencible, irremediable! ¡Ay de mí! ¡Ay! de nuevo. Las punzadas amargas de mi mal y el recuerdo de mis crímenes me desgarran á la vez.

El coro

No es extraño, ciertamente, que, presa de tantas miserias, sientas una doble pena y una doble carga.

Edipo

Antistrofa I

¡Oh amigo! ¡Tú eres todavía para mí un servidor fiel, puesto que te tomas interés por mí que estoy ciego! ¡Ay! ¡ay! No te me escondes, y aunque estoy rodeado de tinieblas, reconozco claramente tu voz.

El coro

¡Oh! ¡qué violencia has cometido! ¿Cómo te has atrevido á sacarte así los ojos? ¿Qué Genio te ha impulsado?

Edipo

Estrofa II

¡Apolo! Apolo es, amigos, quien me ha hecho estos males, todos estos males; pero nadie me ha herido, sino yo mismo. ¿Qué me importaba ver, puesto que nada me era dulce de ver?

El coro

Ciertamente, ello es así como lo dices.

Edipo

Estrofa III

¿Qué me queda, amigos, que pueda ver ó amar? ¿Con quién me agradaría hablar? ¡Llevadme con gran presteza

fuera de aquí! ¡Llevad, amigos, á este criminal, á este hombre entregado á las execraciones, el más horrendo de todos los mortales para los Dioses!

EL CORO

¡Oh desgraciado por el pensamiento de tu miseria tanto como por tu miseria misma! ¡ojalá no te hubiera nunca conocido!

EDIPO

Antistrofa II

¡Perezca aquel que rompió las ligaduras crueles de mis pies y me salvó de la muerte! No se lo agradezco, porque, si hubiese muerto entonces, no sería, ni para mis amigos ni para mí, la causa de un dolor semejante.

EL CORO

Y yo también lo quisiera.

EDIPO

Antistrofa III

¡No hubiera llegado á ser el matador de mi padre; no se diría de mí que he sido el marido de aquella de quien nací! ¡Y heme aquí impío, hijo de impíos! ¡y, miserable, he dormido con los que me hicieron nacer! En fin, si hay alguna desdicha más horrorosa que ésta, Edipo la ha sufrido.

EL CORO

No puedo alabar tu resolución. Mucho más valdría para ti no existir que vivir ciego.

EDIPO

No trates de probarme que no he obrado de la mejor manera, ni me aconsejes más. No sé, en efecto, bajado al Hades, con qué ojos hubiera mirado á mi padre y á mi desgraciada madre, contra los que he cometido execrables crímenes, de esos que la horca no podría expiar. ¿Y me hubiera sido muy apetecible la vista de mis hijos, ellos que han nacido de esa suerte? ¡No, por cierto, jamás! Y no más que la vista de la ciudad, de las murallas y de las imágenes sagradas de los Genios, de que yo mismo me he privado, mísero, cuando, lleno de gloria en Tebas, mandé á todos

arrojar á este impío de la raza de Layo y horrendo á los Dioses. Cuando yo manifesté en mí semejante mancha, ¿podré mirarles con ojos firmes? ¡No, por cierto! Y si pudiese cerrar las fuentes del oído, no tardaría, puesto que cerraría así todo mi desdichado cuerpo y sería á la vez ciego y sordo; porque es dulce no sentir nada de los propios males. ¡Oh Citerón! ¿por qué me recibiste? ¿Por qué no me mataste al punto, á fin de que no pudiese jamás revelar á los hombres de quién había nacido? ¡Oh Polibo y Corinto! ¡Oh vieja morada, que se dice la de mis padres, vosotros me habéis criado, roído de males bajo la apariencia de la belleza! Porque ahora soy tenido por culpable y nacido de culpables. ¡Oh triple ruta, valle umbroso, bosque de encinas y estrecha garganta en donde desembocaban las tres vías, que habéis bebido la sangre paterna vertida por mis propias manos, os acordáis aún de mí, del crimen que yo he cometido todavía, habiendo venido aquí! ¡Oh nupcias! ¡nupcias! ¡vosotras me habéis engendrado, después me habéis unido á quien me había concebido, y habéis mostrado á la luz un padre á la vez hermano é hijo, una novia á la vez esposa y madre, todas las manchas más ignominiosas que haya entre los hombres! Pero, puesto que no se deben decir las cosas vergonzosas de hacer, os conjuro por los Dioses á que me ocultéis prontamente en alguna parte fuera de la ciudad; ó matadme, ó arrojadme al mar, allí donde no me volváis á ver. ¡Venid, no desdeñéis tocar á un miserable! Consentid, no temáis nada. Nadie entre los mortales, si no soy yo, puede soportar mis desdichas.

EL CORO

He aquí á Creón que viene para consentir en lo que pides y aconsejarte. No queda nadie mas que él que pueda ser en tu lugar el guardián de este país.

EDIPO

¡Ay! ¿qué palabras le dirigiré? ¿Qué confianza puedo tener en aquel á quien recientemente he dirigido tantas injurias?

CREÓN

No vengo á hacer escarnio de ti, Edipo, ni á reprocharte nada de tus primeros crímenes. Pero si no respetamos la raza de los hombres, respetemos al menos la llama de Helios, nutriz de todas las cosas, no revelando abiertamente una

llaga tal que no pueden soportarla ni la tierra, ni la lluvia sagrada, ni la luz misma. Conducidle prontamente á la morada. Sólo para los parientes es bueno y equitativo oir y ver los males de sus parientes.

EDIPO

¡Por los Dioses! Puesto que has defraudado mi esperanza y has venido, hombre irreprochable, hacia el peor de los hombres, escúchame. Hablo, en efecto, en tu interés y no en el mío.

CREÓN

¿Qué esperas de mí?

EDIPO

Arrójame con gran prontitud fuera de esta tierra, á un paraje donde no pueda hablar con ninguno de los mortales.

CREÓN

Ciertamente, lo hubiera hecho, sábelo, si no quisiera ante todo preguntar al Dios lo que debe hacerse.

EDIPO

Su palabra es manifiesta para todos: es preciso matarme, á mí, parricida é impío.

CREÓN

Tales son sin duda sus palabras; sin embargo, en el estado actual de las cosas, es mejor preguntar lo que debe hacerse.

EDIPO

¿Le interrogaréis, pues, acerca del hombre desdichado que soy yo?

CREÓN

Ciertamente; y, ahora, no podrás ya no creer al Dios.

EDIPO

Pídote, pues, y te conjuro á que sepultes como quieras á la que yace allí en la morada. Serás alabado por haber cumplido ese deber para con los tuyos. Pero, en cuanto á mí, es necesario que la ciudad de mis padres no pueda guardarme

vivo. Permite que more en las montañas, en el Citerón, mi único país, donde, apenas nacido, mi padre y mi madre habían señalado mi tumba, á fin de que pereciese por los que querían hacerme morir. Lo que sé seguramente, es que no moriré ni de enfermedad, ni de otra manera alguna. No habría sido preservado ahora de la muerte, si no debiese perecer de alguna terrible desgracia. Pero ¡que mi destino sea el que debe ser! No te dé cuidado por mis hijos, Creón. Ya son hombres. Dondequiera que se encuentren, no carecerán de sustento; pero cuida de mis desgraciadas, de mis lamentables hijas, que nunca han estado alejadas de mi mesa y siempre han recibido en ella su parte. Pido que te preocupes de ellas, y te suplico, sobre todo, permitas que yo las toque con mis manos y que deploremos nuestras miserias. Vamos, ¡oh Rey! ¡tú, salido de una noble raza, consiente! ¡Si las toco con mis manos, creeré que las veo todavía y que las conservo! Pero ¿qué significa esto? ¡Por los Dioses! ¿no oigo á mis queridísimas hijas deshacerse en llanto? ¿Me ha enviado Creón, apiadándose de mí, á las más queridas de mi raza? ¿Estoy en lo cierto?

CREÓN

Sí, lo estás. Las traje yo mismo, en cuanto supe que anhelabas esta gran alegría.

EDIPO

¡Que todas las felicidades te acompañen! ¡Que vele por ti un Genio mejor que sobre mí! ¡Oh hijas mías! ¿dónde estáis? ¡Venid aquí, venid á tocar mis manos, estas manos fraternales que han hecho, de los ojos antes brillantes de vuestro padre, lo que son ahora; de vuestro padre, ¡oh hijas mías! que, sin verlo ni saberlo, fecundó el seno que le había concebido! Os lloro, porque no puedo veros, pensando cuán cruel será en adelante vuestra vida entre los hombres. ¿A qué asambleas de ciudadanos iréis? ¿á qué teorías, de donde volveréis á casa, llorando y no gozosas de lo que hayáis visto? Y cuando lleguéis á la edad de las nupcias, ¿quién se atreverá ¡oh hijas mías! á sufrir tantos oprobios como agobiarán de miserias á mis parientes y los vuestros? ¿Qué desdicha, en efecto, no he sufrido? ¡Vuestro padre ha matado á su padre, se ha unido á la madre que le había concebido, y os ha hecho nacer del seno de que nació! Vosotras sufriréis estos reproches. ¿Quién, pues, os tomará por esposas? Nadie, ¡oh hijas mías! y tendréis que morir vírgenes y estéri-

les. ¡Oh hijo de Meneceo! Puesto que quedas solo para ser su padre, porque nosotros que las hemos engendrado somos los dos muertos, no toleres que mendiguen, sin esposo, sin familia, ni que vagabundeen de aquí para allá sin hijos. No iguales sus desgracias á las mías; sino ten piedad de ellas, pues que las ves tan jóvenes, privadas de todo apoyo, fuera del tuyo. Prométela, ¡oh bien nacido! y dame tu mano en prenda de tu fe. En cuanto á vosotras, ¡oh hijas! si pudieseis comprenderme os daría numerosos consejos; pero, al menos, haré el voto de que, allí donde viváis, gocéis de un destino mejor que el del padre que os ha engendrado.

CREÓN

Ya es bastante llorar. Entra en la morada.

EDIPO

Hay que obedecer, por más duro que sea.

CREÓN

Todas las cosas hechas á tiempo son buenas.

EDIPO

¿Sabes con qué condición iré?

CREÓN

Dila, para que la sepa.

EDIPO

Que me arrojarás lejos de esta tierra.

CREÓN

Lo que pides depende del Dios.

EDIPO

Pero yo soy muy detestado por los Dioses.

CREÓN

Por eso es por lo que te será prontamente otorgado.

EDIPO

¿Dices la verdad?

CREÓN

No tengo por costumbre decir lo que no pienso.

EDIPO

Llévame, pues, de aquí.

CREÓN

Ven, pues, y deja á tus hijas.

EDIPO

Te conjuro que no me las quites.

CREÓN

No quieras tenerlo todo. Lo que has poseído ya no ha hecho tu vida feliz.

EL CORO

¡Oh habitantes de Tebas, mi patria, ved! ¡Este Edipo que adivinó el enigma célebre, este hombre poderosísimo que no sintió jamás envidia de las riquezas de los ciudadanos, por qué tempestad de miserias terribles ha sido derribado! Esto es para que, esperando el día supremo de cada uno, no digáis jamás que un hombre nacido mortal ha sido dichoso, antes que haya llegado al término de su vida sin haber sufrido.

FIN DE «EDIPO, REY»





III

EDIPO EN COLONO

Edipo.
Antígona.
Un extranjero.
Coro de ancianos áticos.
Ismena.
Teseo.
Creón.
Polinice.
Un mensajero.

EDIPO

Hija del anciano ciego, Antígona, ¿á qué lugares, á la ciudad de qué hombres hemos llegado? ¿Quién acogerá hoy, con mezquinos dones, al errante Edipo, que pide poco y recibe todavía menos? Lo cual me basta, sin embargo, porque mis miserias, el largo tiempo y mi grandeza de alma me hacen hallar que todo está bien. Pero ¡oh hija! si ves algún paraje, en un bosque profano ó en un bosque sagrado, detente y siéntame, á fin de que preguntemos en qué lugar estamos. Puesto que hemos venido y somos extranjeros, es preciso hacer lo que se nos mande.

ANTÍGONA

Desdichadísimo padre Edipo, en cuanto es posible á mis ojos juzgar, he allí, á lo lejos, algunas torres que protegen una ciudad. Este lugar es sagrado, ello es manifiesto, porque está cubierto de laureles, de olivos, y de numerosas viñas que multitud de ruiseñores llenan con los bellos sonidos de su voz. Siéntate en esta piedra rugosa, porque, para un anciano, has hecho un largo camino.

EDIPO

Siéntame y cuida del ciego.

ANTÍGONA

No hay necesidad de recordarme lo que he aprendido con el tiempo.

EDIPO

¿Puedes decirme con seguridad en dónde nos hemos detenido?

ANTÍGONA

Sé que allí está Atenas, pero este lugar no lo conozco.

EDIPO

En efecto, todos los viandantes nos lo han dicho.

ANTÍGONA

¿Quieres que siga adelante para preguntar qué lugar es éste?

EDIPO

Sí, hija, y, sobre todo, si está habitado.

ANTÍGONA

Lo está, ciertamente. Pero creo que no hay necesidad de que me aleje, porque veo que viene un hombre.

EDIPO

¿Viene acá? ¿Se apresura?

ANTÍGONA

Hele ahí. Puedes hablarle é interrogarle: aquí está.

EDIPO

¡Oh extranjero! Habiendo sabido por ésta, que ve por mí y por ella, que vienes oportunamente para informarnos de aquello de que no estamos seguros...

EL EXTRANJERO

Antes de preguntar más, levántate de ahí, porque estás en un lugar que no puede hollarse.

EDIPO

¿Qué lugar es éste? ¿A cuál de los Dioses está consagrado?

EL EXTRANJERO

Está prohibido tocarlo y habitarlo. Las terribles Diosas que lo poseen son las hijas de Gea y de Erebo.

EDIPO

¿Bajo qué nombre venerable las invocaré?

EL EXTRANJERO

Este pueblo acostumbra llamarlas las Euménidas que todo lo ven; pero también les agradan otros nombres.

EDIPO

¡Plegue á los Dioses que me sean propicias, á mí que las suplico! Pero no saldré de mi sitio en este lugar.

EL EXTRANJERO

¿Pues?

EDIPO

Tal es mi destino.

EL EXTRANJERO

Ciertamente, no me atreveré á arrojarte de este lugar antes de saber de los ciudadanos lo que es preciso hacer.

EDIPO

¡Por los Dioses! ¡Oh extranjero, yo te conjuro, no me rehuses, á mí, vagabundo, responderme á lo que te pregunte!

El extranjero

Pregunta lo que quieras, porque no serás desdeñado por mí.

Edipo

¡Dime, pues, yo te conjuro, qué lugar es éste en que nos hemos detenido!

El extranjero

Sabrás de mí todo lo que yo sé. Este lugar es enteramente sagrado, porque el venerable Poseidón lo posee, así como el dios Titán Prometeo portador del fuego. El suelo que pisas es llamado el umbral de bronce de esta tierra, el baluarte de los atenienses. Los campos vecinos se glorifican de pertenecer al caballero Colono, y todos aquí se llaman con este nombre. Tales son los lugares de que hablo, ¡oh extranjero! menos célebres en otra parte que bien conocidos aquí.

Edipo

¿Los habitan algunos hombres?

El extranjero

Sí, por cierto, y se llaman con el nombre del Dios.

Edipo

¿Tienen alguien que les mande, ó pertenece el poder á la multitud?

El extranjero

Estos lugares obedecen al rey que manda en la ciudad.

Edipo

¿Y quién es el que manda por el derecho y la fuerza?

El extranjero

Se llama Teseo, hijo de Egeo, que reinaba antes que él.

Edipo

¿Podrá uno de vosotros llamarle para que venga?

El extranjero

¿Qué ha de hacer ó qué ha de decir?

Edipo

Ha de obtener un gran provecho de un pequeño servicio.

El extranjero

¿Qué provecho puede obtener de un hombre ciego?

Edipo

Nuestras palabras no serán ciegas, sino claras.

El extranjero

¿Sabes ¡oh extranjero! cómo no caerás en falta? Si eres, como lo pareces, bien nacido, á pesar de tu desgracia, quédate aquí donde te he encontrado, hasta que te haya anunciado á los habitantes de este demo y no á los de la ciudad. Ellos decidirán si es necesario que te quedes ó que te vuelvas.

Edipo

¡Oh hija! ¿se ha marchado el extranjero?

Antígona

Se ha marchado. Puedes, padre, hablar con libertad, porque estoy sola aquí.

Edipo

¡Oh venerables y terribles! Puesto que, en esta tierra, vuestra morada es la primera á que me he acercado, no nos seáis enemigas, á Febo y á mí. Cuando me anunció miserias numerosas, me predijo, en efecto, el fin de mis males, después de un largo tiempo, cuando hubiera llegado como término á un país en que, entre las Diosas venerables, encontrase una morada hospitalaria. Y me dijo que allí acabaría mi miserable vida, para el bien de los que me acogieran y para la ruina de los que me arrojasen. Y me prometió que el instante de ello me sería revelado, ya por el temblor de la tierra, ya por el trueno, ya por el relámpago de Zeus. Y, ciertamente, comprendo que he sido conducido hacia este bos-

que sagrado por vuestro presagio favorable. Jamás, en efecto, marchando al azar, os habría encontrado las primeras, ni, comedido entre vosotras que sois comedidas, me hubiera sentado en este asiento venerable y rudo. Por eso, Diosas, con arreglo á la palabra profética de Apolo, concededme ese cambio y ese fin de mi vida, á menos que no os parezca demasiado vil, agobiado como estoy de miserias interminables, las más crueles que los mortales hayan sufrido. Vamos, ¡oh dulce hija de la antigua oscuridad, y tú que llevas el nombre de la muy grande Palas, Atenas la más ilustre de las ciudades! Tened piedad de esta sombra miserable de Edipo, porque mi antiguo cuerpo no era tal como éste.

ANTÍGONA

Guarda silencio. He aquí que vienen acá hombres de una edad avanzada y miran dónde estás sentado.

EDIPO

Me callaré; pero llévame fuera del camino y ocúltame en el bosque sagrado, hasta que oiga las palabras que digan; porque no hay seguridad sino para aquellos que saben lo que hay que hacer.

EL CORO

Estrofa 1

¡Mira! ¿quién era? ¿dónde se ha escondido evadiéndose de este lugar sagrado, él, el más impudente de todos los hombres? Busca, ve, mira por todos lados. Ciertamente, ese anciano es un vagabundo, un extranjero. De otro modo, no hubiera entrado en este bosque sagrado, inaccesible, de las vírgenes indomadas que tememos invocar por un hombre, cerca del que pasamos volviendo los ojos, cerrada la boca y pasando silenciosamente. Ahora se dice que alguien ha venido aquí sin respeto; pero, mirando por todas partes en el bosque sagrado, no puedo ver dónde está.

EDIPO

Heme aquí, porque os veo al oiros, como se dice.

EL CORO

¡Ah! ¡ah! Es horrible de ver y de oir.

EDIPO

¡No me toméis, os conjuro, por un despreciador de las leyes!

EL CORO

¡Zeus protector! ¿qué anciano es este?

EDIPO

Un hombre que no tiene el más feliz destino, ¡oh éforos de esta tierra! Y lo pruebo por el hecho mismo. A no ser así no hubiera venido gracias á otros ojos, y no me sostendría, siendo grande, gracias á un apoyo tan débil.

EL CORO

Antistrofa I

¡Ay, ay! ¡ciego! ¡bajo un adverso destino desde la infancia, y, ciertamente, hace muchísimo tiempo, como puede pensarse! Pero, en cuanto yo pueda oponerme á ello, no añadirás á esas desdichas una impiedad por la cual serías encomendado á las imprecaciones. Pasas, en efecto, pasas el límite. No te metas en ese bosque sagrado, cubierto de hierba y silencioso, en que la crátera mezcla el agua á la dulce miel. ¡Ten cuidado, desgraciado extranjero, ten cuidado! ¡Retrocede, vete de ahí! Retírate á gran distancia. ¿Oyes, oh desventurado vagabundo? Si tienes algo que responderme ó que decirnos á todos, sal de ese lugar sagrado. No me hables antes.

EDIPO

Hija mía, ¿qué decidiré?

ANTÍGONA

¡Oh padre! Conviene que hagamos lo que los ciudadanos hacen. Cedamos, puesto que es preciso, y obedezcamos.

EDIPO

Sostenme, pues.

ANTÍGONA

Ya te sostengo.

EDIPO

¡Oh extranjeros! Yo os conjuro, no me maltratéis, cuando salga de aquí, por obedeceros.

EL CORO

No, por cierto, ¡oh anciano! Nadie te arrastrará fuera de aquí contra tu voluntad.

EDIPO

¿Es preciso ir más lejos?

EL CORO

Ve más lejos.

EDIPO

¿Todavía?

EL CORO

Condúcele más lejos, doncella. Tú me comprendes.

ANTÍGONA

¡Sígueme por tu pie ciego, padre! Sígueme adonde yo te lleve.

EL CORO

Estrofa II

Extranjero en tierra extraña, sabe ¡oh desgraciado! detestar lo que esta ciudad detesta y honrar lo que honra.

EDIPO

Llévame, pues, hija, allí donde podamos hablar y oir sin impiedad, y no luchemos contra la necesidad.

EL CORO

Detente ahí, y no pongas el pie más allá de ese umbral de piedra.

EDIPO

¿Es así?

EL CORO

Antistrofa II

Bastante es, ya lo he dicho.

EDIPO

¿Puedo sentarme?

EL CORO

Siéntate de lado, y humildemente, en el extremo de esa piedra.

ANTÍGONA

Padre, esto es de mi incumbencia. Mide lentamente tu paso por el mío.

EDIPO

¡Ay! ¡Desgraciado de mí!

ANTÍGONA

Apoya tu viejo cuerpo en mi brazo amigo.

EDIPO

¡Oh! ¡Qué lamentable calamidad!

EL CORO

Antistrofa III

¡Oh desgraciado, puesto que nos has obedecido, di qué mortal te ha engendrado! ¿Quién eres, tú que vives tan miserable? ¿Cuál es tu patria?

EDIPO

¡Oh extranjeros, yo no tengo patria! Pero no...

EL CORO

¿Qué rehusas decir, anciano?

EDIPO

No me preguntes quién soy y no me interrogues más.

EL CORO

¿Pues?

EDIPO

¡Horrible origen!

EL CORO

Habla.

EDIPO

¡Oh Dioses! Hija mía, ¿qué diré?

ANTÍGONA

Habla, puesto que te ves obligado á ello.

EDIPO

Hablaré, puesto que no puedo ocultar nada.

EL CORO

Tardas demasiado. ¡Vamos, date prisa!

EDIPO

¿Conocéis á un hijo de Layo...

EL CORO

¡Ah! ¡ah!

EDIPO

...y á la raza de los Labdácidas?

EL CORO

¡Oh Zeus!

EDIPO

¿Y al desventurado Edipo?

EL CORO

¿Eres tú?

EDIPO

No concibáis ningún terror por mis palabras.

EL CORO

¡Ah! ¡ah!

EDIPO

¡Qué desgraciado soy!

EL CORO

¡Ah! ¡ah!

EDIPO

Hija mía, ¿qué ocurrirá?

EL CORO

¡Vamos, huid lejos de esta tierra!

EDIPO

¿Y cómo cumplirás lo que has prometido?

EL CORO

El destino no castiga por el mal que se vuelve. El fraude acarrea el fraude á quien engaña y atrae la desgracia, no la gratitud. Deja ese asiento. ¡Huye con toda prontitud fuera de mi tierra y no manches por más tiempo mi ciudad!

ANTÍGONA

¡Oh extranjeros irreprochables! Puesto que no habéis querido oir á mi anciano padre ciego revelar las acciones que no ha hecho voluntariamente, os conjuro á tener piedad de mí, desgraciada, que os suplica sólo por su padre, mirándoos con mis ojos, como si fuese nacida de vuestra sangre, para que seáis clementes con este desdichado. En vosotros, no menos que en un dios, descansan todas mis esperanzas. Concedednos, pues, este beneficio inesperado. ¡Yo os conjuro, por vosotros mismos, por todo lo que os es caro, por vuestros hijos, por vuestra mujer, por lo que poseéis, por vuestro dios doméstico! Porque, mirando por todos lados, no veréis jamás un hombre que pueda escapar cuando un dios le arrastra.

EL CORO

Sabe, hija de Edipo, que tenemos piedad de vuestros males igualmente, de los tuyos y de los suyos; pero, temiendo más todavía la cólera de los Dioses, no nos es posible decir otra cosa que lo que hemos dicho.

EDIPO

¿Por qué la gloria ó el ilustre renombre que no tiene fundamento? Dícese que Atenas es muy piadosa; que es la

única, entre todas las ciudades, que puede salvar á un extranjero de los males que le agobian y llevarle socorro; pero ¿qué me importa eso á mí á quien vosotros levantáis de este asiento y arrojáis, espantados de un nombre? No somos, en efecto, ni yo ni mis acciones lo que teméis, porque más bien las he sufrido que cometido, lo cual sabríais si me fuese posible hablar de mi padre y de mi madre, que son causa de que os inspire horror, y esto yo bien lo sé. ¿Cómo he de ser tenido por un hombre perverso, yo que, habiendo sufrido el mal, lo he hecho á mi vez? Pero si lo hubiese cometido á sabiendas, ni aun entonces sería yo culpable. Sin haber previsto nada, he llegado al punto en que me veis; pero aquellos por quienes he sufrido sabían bien que me perdían. Por esto, ¡yo os conjuro por los Dioses, extranjeros! Puesto que me habéis hecho levantar de este sitio, salvadme. Piadosos con los Dioses, no los desatendáis ahora. Creed que miran á los hombres piadosos y á los impíos, y que el culpable no puede escapárseles. Comprendiendo esto, no empañéis con malas acciones el esplendor de la dichosa Atenas, sino libertadme y salvadme á mí que os he suplicado, confiando en vuestra fe. No me ultrajéis ante el aspecto horrible de mi rostro. En efecto, yo vengo á vosotros, inocente y sagrado, y aportando ventajas á los ciudadanos. Cuando haya venido aquel, cualquiera que sea, en quien reside el poder y que es vuestro jefe, entonces lo sabréis todo de mí; pero hasta entonces no me seáis perjuros.

El coro

Ciertamente, me veo obligado, ¡oh anciano! á respetar las razones que das y que están expresadas en palabras no ligeras; pero me bastará que el rey de esta tierra las oiga.

Edipo

Pero, extranjeros, ¿dónde está el jefe de este país?

El coro

Habita en la ciudad paterna. El mensajero que me ha llamado aquí ha ido hacia él.

Edipo

¿Crees que tenga alguna atención y algún respeto á un hombre ciego, y que venga él mismo?

EL CORO

Ciertamente, en cuanto sepa tu nombre.

EDIPO

¿Y quién irá á anunciárselo?

EL CORO

El camino es largo, pero las numerosas palabras de los viajeros acostumbran á extenderse. En cuanto las haya oído, vendrá, créeme. En efecto, ¡oh anciano! el ruido de tu nombre ha penetrado por todo. Por eso es por lo que, aun habiéndose puesto en camino tardíamente, en teniendo noticia de tu nombre, vendrá con prontitud.

EDIPO

¡Que venga para la dicha de su ciudad y para la mía! ¿Quién no es, en efecto, amigo de sí mismo?

ANTÍGONA

¡Oh Zeus! ¿qué decir? ¿qué pensar, padre?

EDIPO

¿Qué es eso, hija mía, Antígona?

ANTÍGONA

Veo venir á nosotros una mujer, montada en un caballo del Etna; lleva en la cabeza un sombrero tesalio que resguarda su rostro de la luz. ¿Qué diré? ¿Es ella? ¿no es ella? ¿me engaño? ¿Sí ó no? No sé qué afirmar, ¡desgraciada! ¡Es ella! Al acercarse, me acaricia con los ojos. ¡Es manifiesto que es Ismena en persona!

EDIPO

¿Qué has dicho, ¡oh hija!?

ANTÍGONA

Veo á tu hija, que es mi hermana. Pero vas á reconocerla en la voz.

ISMENA

¡Oh! ¡Qué dulce es para mí hablar á mi padre y á mi hermana! ¡Cuánto trabajo me ha costado hallaros, y cuán abrumada me siento de dolor al volver á veros!

EDIPO

¿Eres tú, ¡oh hija!?

ISMENA

¡Oh lamentable padre!

EDIPO

¿Estás ahí, ¡oh hija!?

ISMENA

No sin trabajo.

EDIPO

¡Abrázame, hija mía!

ISMENA

A los dos os abrazo.

EDIPO

¡Oh nacida de la misma sangre que yo!

ISMENA

¡Oh misérrima manera de vivir!

EDIPO

¡Para mí y para ésta!

ISMENA

¡Desgraciada para nosotros tres!

EDIPO

¿Por qué has venido, hija?

ISMENA

Por causa del cuidado que tenía por ti, padre.

EDIPO

¿Echábasme de menos?

ISMENA

He venido para traerte yo misma noticias, no teniendo conmigo mas que este solo servidor fiel.

EDIPO

¿Dónde están tus hermanos, que hubieran debido tomarse este trabajo?

ISMENA

Están donde están. Crueles cosas pasan entre ellos.

EDIPO

¡Oh! ¡Qué bien hechos están, de espíritu y de costumbres, para las leyes egipcias! En efecto, los hombres egipcios tejen la tela, sentados en casa, y las mujeres van á buscar fuera el alimento necesario. Lo mismo sucede con vosotras y con vuestros hermanos, ¡oh hijas! Ellos, que deberían inquietarse por mí, se quedan en su morada, como doncellas, y vosotras, ocupando su lugar, tomáis parte en las miserias de este desgraciado. Esta, desde que ha salido de la infancia y ha crecido la fuerza de su cuerpo, anda errante siempre conmigo, la desgraciada, y guía mi ancianidad, recorriendo los salvajes bosques, con los pies desnudos y sin comer, sufriendo la lluvia y los ardores helianos. Ha perdido los bienes ciertos de que en sus moradas podía gozar, para que su padre pueda alimentarse. Y tú también, ¡oh hija! has venido ya, recatándote de los cadmeos, á anunciar á tu padre los oráculos que se habían pronunciado sobre mí. Tú fuiste mi fiel guardiana en el tiempo en que estuve arrojado de la tierra de la patria. Y ahora, ¿qué noticia, Ismena, me traes de nuevo? ¿Qué te ha impulsado á dejar la morada? Porque no has venido para nada, ya lo sé, sino para traerme algún nuevo temor.

ISMENA

Callaré, padre, todo lo que he sufrido buscando en qué lugares te encontrabas y vivías; porque no quiero sufrir dos veces tales trabajos contándotelos. Pero he venido á anunciarte los males de tus dos desgraciados hijos. Al principio, y con una voluntad unánime, querían ceder el trono á Creón, á fin de no mancillar la ciudad, por causa de la antigua deshonra de su raza, y que ha herido tu lamentable morada; pero, en la actualidad, una nefasta disensión, enviada por algún dios ó nacida de su corazón culpable, se ha levantado entre los desdichados por la posesión del cetro y del mando. El más joven ha lanzado del trono y de la patria á Polinice, su hermano mayor. Este, públicamente se dice, retirado en el profundo Argos, ha hecho una alianza nueva y se ha for-

mado un ejército de compañeros amigos. Así, Argos poseerá gloriosamente la tierra de los cadmeos, ó elevará la gloria de éstos hasta el Urano. Estas palabras no son vanas, ¡oh padre! sino que dicen hechos terribles. No sé cuándo los Dioses tendrán piedad de tus miserias.

EDIPO

¿Has pensado nunca que los Dioses se inquietarían por mí y pensarían en salvarme?

ISMENA

Sí, por cierto, padre, según los últimos oráculos pronunciados.

EDIPO

¿Cuáles son? ¿Qué revelan, hija?

ISMENA

Que un día, por su propia salud, esos hombres te buscarán, vivo ó muerto.

EDIPO

¿Qué se puede esperar de un hombre como yo?

ISMENA

Dicen que su fuerza está en ti solo.

EDIPO

¿Es cuando no soy nada cuando seré un hombre?

ISMENA

Ahora los Dioses te ensalzan, lo mismo que te habían perdido en otro tiempo.



EDIPO

Es inútil ensalzar al viejo cuando han abatido al joven.

ISMENA

Sabe que Creón vendrá dentro de poco tiempo para esto.

EDIPO

¿Para qué, hija mía? Dímelo.

ISMENA

Quieren guardarte cerca de la tierra cadmea, á fin de que estés en su poder, sin que puedas pasar las fronteras.

EDIPO

¿De qué utilidad seré yo fuera de las puertas?

ISMENA

Tu tumba privada de honores les sería fatal.

EDIPO

Sin la advertencia del Dios era fácil de comprender.

ISMENA

Por eso es por lo que quieren guardarte cerca de su tierra, para que no seas dueño de ti.

EDIPO

¿Me recubrirán con la tierra tebana?

ISMENA

La sangre vertida de uno de tus progenitores no lo permite, ¡oh padre!

EDIPO

Jamás me tendrán en su poder.

ISMENA

Si eso sucede, ocurrirá desgracia á los cadmeos.

EDIPO

¡Oh hija! ¿por qué acontecimiento?

ISMENA

Por tu cólera, cuando marchen sobre tu tumba.

EDIPO

Esto que dices, ¿por quién lo has sabido, hija?

ISMENA

Por los enviados que han vuelto de los altares délficos.

EDIPO

¿Es Febo quien ha hablado de mí así?

ISMENA

Los que han vuelto á Tebas lo dicen.

EDIPO

¿Ha oído esto uno ú otro de mis hijos?

ISMENA

Uno y otro lo saben perfectamente.

EDIPO

¿Así, sabiéndolo todo, los muy malvados han preferido á mí su deseo de la realeza?

ISMENA

Me lamento de haberlo sabido, y lo confieso, sin embargo.

EDIPO

¡Que los Dioses no extingan, pues, las antorchas de su querella y que me sea dado terminar á mi voluntad esa guerra por la cual se han armado el uno contra el otro! ¡El que tiene el cetro y el trono pronto será despojado de ellos, y el que está desterrado no volverá jamás! Me han visto, á mí, su padre, rechazado ignominiosamente de la patria, y no se han opuesto á ello, y no me han defendido. ¡Ellos mismos me han arrojado y desterrado! ¿Dirás quizá que esta gracia me fué concedida con justicia por los ciudadanos á quienes la pedía? Pues, ciertamente, no hay nada de eso; porque, en aquel primer día en que mi corazón ardía por completo en mí, en que me hubiera sido muy dulce morir y ser aplastado por las piedras, nadie se mostró para satisfacer mi deseo. ¡Cuando se apaciguó mi dolor, cuando yo vi que el exceso de mi cólera había sobrepujado á mis faltas, entonces, después de transcurrido largo tiempo, me rechazó la ciudad; y ellos, mis hijos, que podían venir en mi ayuda, se negaron á ello; y, sin una sola de sus palabras en mi favor, ando, desterrado y mendigando! De éstas, que son doncellas, he recibido, en cuanto su naturaleza lo ha permitido, el alimento, la seguridad y la ayuda filial; pero ellos, rechazando á su padre, han querido mejor el trono, el cetro

y el poder sobre la ciudad. Jamás tendrán un aliado en mí, y jamás disfrutarán de la realeza cadmea. Sé esto, tanto por los oráculos que acabo de oir como meditando en mi pensamiento sobre aquellos que Febo pronunció en otro tiempo sobre mí y cumplió. Que envíen, pues, á Creón á buscarme, ó á cualquier otro muy poderoso en la ciudad. En efecto, ¡oh extranjeros! si, lo mismo que estas venerables Diosas tutelares que honra ese pueblo, queréis venir en mi ayuda, aseguraréis en gran manera la salud de esa ciudad y el desastre de mis enemigos.

EL CORO

Ciertamente, Edipo, sois dignos de piedad tú y estas doncellas, y, puesto que prometes con tus palabras ser el salvador de este país, quiero aconsejarte y advertirte en lo que te concierne.

EDIPO

¡Oh carísimo! Estoy pronto á hacer todo lo que me digas.

EL CORO

Haz, pues, un sacrificio expiatorio á estas Divinidades, hacia las que has venido primero y cuya tierra has hollado.

EDIPO

¿De qué modo, ¡oh extranjeros!? Enseñadme.

EL CORO

Toma primero, con puras manos, las libaciones santas en esa fuente inagotable.

EDIPO

¿Y después? ¿Cuando haya bebido esa agua pura?

EL CORO

Hay allí cráteras, obra de un hábil obrero, y de las cuales coronarás los bordes y las dos asas.

EDIPO

¿De ramos ó de bandeletas de lana? ¿De qué modo?

EL CORO

Las rodearás de la lana recién cortada de una oveja joven.

EDIPO

Sea. ¿Y el resto? Dime hasta el fin lo que tengo que hacer.

EL CORO

Tienes que derramar las libaciones, vuelto hacia los primeros resplandores del alba.

EDIPO

¿Las he de derramar con las copas que me has dicho?

EL CORO

Derrama primeramente tres libaciones, después esparcirás entera la última crátera.

EDIPO

¿De qué llenaré esa última crátera? Enséñamelo.

EL CORO

De agua melada, y no añadas á ella vino.

EDIPO

¿Y cuando esta tierra negra de hojas haya recibido esas libaciones?

EL CORO

Depositarás con una y otra mano tres veces nueve ramos de olivo y suplicarás con estas oraciones.

EDIPO

Quiero oirlas, porque eso es muy importante.

EL CORO

Suplica á Aquellas que nosotros llamamos Euménidas que acojan y salven, con espíritu benévolo, á quien les suplica. ¡Ora tú mismo, ó si algún otro habla por ti, que sea en voz baja! Después, vete sin mirar. Si obras de este modo, me quedaré sin miedo cerca de ti; si no, temeré, ¡oh extranjero! aproximarme.

EDIPO

¡Oh hijas! ¿habéis oído á estos extranjeros, habitantes del país?

ANTÍGONA

Ciertamente, les hemos oído. ¿Qué nos mandas hacer?

EDIPO

En verdad, yo nada puedo. Me lo impide un doble mal, la falta de fuerzas y la ceguera. ¡Que una de vosotras se encargue de ello y lo haga! Creo que, para cumplir esas expiaciones, una sola alma, si es benévola, vale por otras mil. Así, pues, apresuraos, comenzad y no me dejéis solo, porque mi cuerpo abandonado no podría avanzar sin conductor.

ISMENA

Yo iré á cumplir esos sacrificios; pero querría saber dónde he de encontrar lo que es necesario.

EL CORO

En esa parte del bosque, extranjera. Si careces de alguna cosa, se te indicará.

ISMENA

Iré, pues. Tú, Antígona, guarda aquí á nuestro padre. Es preciso no evocar el recuerdo de los trabajos que se han tomado por los padres.

EL CORO

Estrofa 1

¡Duro es despertar un mal apaciguado hace mucho tiempo, ¡oh extranjero! Sin embargo, deseo saber...

EDIPO

¿Qué?

EL CORO

...cuál es el dolor lamentable é irremediable de que sufres.

EDIPO

Por tu hospitalidad, ¡oh bonísimo! no descubras acciones vergonzosas.

EL CORO

Deseo conocer con certeza, extranjero, lo que la fama ha extendido y no cesa de extender.

EDIPO

¡Ay!

EL CORO

No tardes, yo te conjuro.

EDIPO

¡Ay! ¡ay!

EL CORO

Antistrofa 1

Consiente. Yo ya he hecho lo que has querido.

EDIPO

¡He causado mancillas, ¡oh extranjeros! ¡Las he causado contra mi voluntad, pongo á los Dioses por testigos! Ninguna de ellas procede de mí.

EL CORO

¿Cómo?

EDIPO

La ciudad, sin yo saberlo, me arrojó en un lecho nupcial abominable.

EL CORO

¿Entraste, como he sabido, en el lecho funesto de tu madre?

EDIPO

¡Desgraciado de mí! Es una muerte oir esto, ¡oh extranjeros! Estas dos hijas nacidas de mí...

EL CORO

¿Qué dices?

EDIPO

...ambas nacidas del crimen...

EL CORO

¡Oh Zeus!

EDIPO

...han sido dadas á luz por la misma madre que yo.

EL CORO

Estrofa II

¿Son, pues, hijas tuyas?

EDIPO

Y hermanas de su padre.

EL CORO

¡Ay!

EDIPO

Ciertamente, ¡ay! ¡Encadenamiento de mil males!

EL CORO

Tú has sufrido...

EDIPO

Lo que jamás olvidaré.

EL CORO

Tú has hecho...

EDIPO

Yo no he hecho nada.

EL CORO

¿Cómo es eso, pues?

EDIPO

¡Qué misérrimo soy! Recibí de la ciudad un don no merecido por mí.

EL CORO

Antistrofa II

¡Desgraciado! ¿no cometiste el asesinato...

EDIPO

¿Qué es eso todavía? ¿Qué preguntas?

EL CORO

...de tu padre?

EDIPO

¡Ah! ¡Dioses! Me causas herida sobre herida.

EL CORO

¿Mataste?

EDIPO

Maté; pero tengo...

EL CORO

¿Qué tienes?

EDIPO

...algún derecho al perdón.

EL CORO

¿Cuál?

EDIPO

Lo diré. Herí, en efecto, y maté; pero, con arreglo á la ley, soy inocente, porque no preveía lo que hice.

EL CORO

He aquí que viene nuestro rey, Teseo, hijo de Egeo, que acude á tu llamamiento.

TESEO

Numerosas frases me habían ya hecho conocer las llagas sangrientas de tus ojos, y te reconocía más todavía, ¡oh hijo de Layo! por lo que he oído en el camino. En efecto, tus vestidos y tu faz lamentable me revelan quién eres. Quiero, lleno de piedad por ti, desgraciado Edipo, oir lo que nos suplicáis que os concedamos, la ciudad y yo, á ti y á tu desdichada compañía. Di lo que quieres. Será, ciertamente, bien difícil el servicio que te rehuse. Me acuerdo de que, lo mismo que tú, he sido criado como extranjero, y he sufrido grandes é innumerables peligros para mi cabeza lejos de mi patria; de suerte que no rehusaré jamás venir en ayuda de un extranjero, tal como tú eres ahora. Sé que soy hombre, y que la luz de mañana no es más cierta para mí que para ti.

EDIPO

Teseo, tu bondad de breves palabras me permite hablar poco yo mismo. Has dicho quién era, de qué padre había nacido y de qué tierra venía. Así, no queda nada que revelar, si no es lo que quiero, y eso será todo.

TESEO

Dilo para que yo lo sepa.

EDIPO

Vengo á hacerte don de mi miserable cuerpo. Viéndole no tiene precio alguno; pero será mucho más útil que es bello.

TESEO

¿Qué ventaja aportas, pues?

EDIPO

Lo sabrás á su tiempo, pero no ahora quizá.

TESEO

¿Y cuándo gozaremos de esa ventaja?

EDIPO

Cuando haya muerto y me hayas construído una tumba.

TESEO

Pides para el fin de tu vida, pero olvidas el tiempo que de él te separa, ó no te cuidas de él.

EDIPO

Este tiempo mismo es el que me aseguro por ello.

TESEO

Ciertamente, no pides una gracia ligera.

EDIPO

¡Ve, sin embargo! Habrá por esto un gran combate.

TESEO

¿Se originará de tus hijos ó de mí?

EDIPO

Ellos me mandan volver.

TESEO

Pues si te llaman con benevolencia, no está bien que te destierres.

EDIPO

Pero no me han permitido habitar allá abajo, cuando yo lo quería.

TESEO

¡Oh insensato! La cólera no conduce á nada en la desgracia.

EDIPO

Cuando me hayas oído, entonces aconséjame. Ahora, cállate.

TESEO

Habla, porque, en efecto, no conviene hablar sin saber.

EDIPO

He sufrido, Teseo, males terribles, y uno sobre otro.

TESEO

¿Hablas de la antigua deshonra de tu raza?

EDIPO

No, puesto que todos los helenos hablan de ella.

TESEO

¿Qué mal has sufrido, pues, que sea más fuerte que el hombre?

EDIPO

He aquí lo que me ha ocurrido. He sido arrojado de mi patria por mis hijos mismos, y el regreso me ha sido rehusado para siempre, ¡á mí, parricida!

TESEO

¿Por qué, pues, te llaman, si no debes habitar cerca de ellos?

EDIPO

Una voz divina les constreñirá.

TESEO

¿Qué calamidad temen, según esos oráculos?

EDIPO

Está en el destino que sean dominados por los habitantes de esta tierra.

TESEO

Pero ¿de dónde se originarán esas querellas entre ellos y nosotros?

EDIPO

¡Oh carísimo hijo de Egeo! No es dado mas que á los Dioses no envejecer y no morir jamás, y todo lo demás es dominado por el tiempo. El vigor de la tierra se agota como el del cuerpo, la fe perece, y la perfidia crece y la reemplaza. No siempre sopla un mismo viento propicio entre amigos y de ciudad á ciudad. Las cosas que les placían les son ahora amargas y les placerán de nuevo. La paz y la tranquilidad son estables hoy entre los tebanos y tú; pero el tiempo, desarrollando días y noches innumerables, hará que, con un ligero pretexto, rompan con la lanza la concordia y la alianza presentes. Entonces, mi cuerpo frío y adormecido bajo la tierra beberá su sangre toda caliente, si Zeus es todavía Zeus, y si el hijo de Zeus, Febo, es verídico. Pero no me place decir cosas que es preciso callar. Permíteme que me atenga á lo que ya he revelado. Entretanto cumple tu promesa. No dirás nunca que has recibido á Edipo como un habitante inútil de este país, á menos que los Dioses no me hagan mentir.

EL CORO

Rey, hace ya largo espacio que este hombre promete asegurar tales ventajas á nuestra tierra.

TESEO

¿Quién podrá renunciar á la benevolencia de un hombre tal que, ante todo, tenía derecho de sentarse entre nosotros en el altar hospitalario, que ha venido como suplicante de las Divinidades y que ofrece un tal tributo á esta

tierra y á mí? Por eso es por lo que no rechazaré el don que nos hace y le estableceré en este país. Si place al extranjero permanecer aquí, te confiaré el cuidado de protegerle; si le place venir conmigo, puede hacerlo. Te doy á escoger, Edipo. Consentiré con arreglo á tu deseo.

EDIPO

¡Oh Zeus! ¡Recompensa dignamente á tales hombres!

TESEO

¿Qué quieres? ¿venir á mi morada?

EDIPO

Si eso me estuviera permitido; pero es aquí...

TESEO

¿Qué quieres hacer aquí? Sin embargo, no me opongo á ello.

EDIPO

...es aquí donde he de domeñar á los que me han expulsado.

TESEO

Ese sería el dichoso fruto de tu estancia cerca de nosotros.

EDIPO

Ciertamente, si cumples con firmeza lo que me has prometido.

TESEO

Confía en mí: jamás te haré traición.

EDIPO

No he de ligarte por el juramento, como á un hombre malvado.

TESEO

No estarías más seguro que con mi promesa.

EDIPO

¿Cómo, pues, harás?

TESEO

¿Qué temor te agita con tanta fuerza?

EDIPO

Vendrán hombres...

TESEO

Estos tendrán cuidado de ello.

EDIPO

¿Pero si me abandonas?

TESEO

No me digas lo que es preciso que haga.

EDIPO

Me veo constreñido á temer.

TESEO

Pero mi corazón no teme nada.

EDIPO

Ignoras las amenazas...

TESEO

Ciertamente, sé que ningún hombre te arrancará de aquí contra mi voluntad. Muchas vanas amenazas se han hecho en medio de la cólera; pero cuando la razón vuelve, se desvanecen las amenazas. Aunque su audacia haya sido tan grande que te hayan amenazado con arrebatarte, bastante sé que el mar que les separa de aquí es demasiado ancho é impracticable. Te ordeno, pues, tener buen ánimo, aunque yo no estuviera resuelto, puesto que Febo te ha conducido. Ausente yo, sé que mi solo nombre será para ti un baluarte contra la desgracia.

EL CORO

Estrofa 1

Has llegado, extranjero, á la morada más feliz de la tierra, al país de los hermosos caballos, al suelo del blanco Colono, donde numerosos ruiseñores, en los frescos valles,

esparcen sus quejas armoniosas bajo la negra hiedra y bajo el follaje de la selva sagrada que abunda en frutos, que es inaccesible á los rayos helianos como á los soplos del invierno, y donde el orgíaco Dionisos se pasea rodeado de las Diosas bienhechoras.

Antistrofa I

El narciso de bellos racimos, corona antigua de las grandes Diosas, florece siempre allí bajo la rosada urania, y el azafrán brillante de oro. Las fuentes del Cefiso vagan sin cesar por la llanura, y fecundan, inagotables, con el curso de sus aguas límpidas, el seno fértil de la nutricia tierra. Y no abandonan este lugar los coros de las Musas, ni Afrodita la de las riendas de oro.

Estrofa II

Y hay aquí un árbol—y no he oído decir que haya crecido otro semejante, ni en tierra de Asia, ni en la gran isla dórica de Pélope—, no plantado por la mano del hombre, germen nacido de sí mismo, sembrando el terror entre las lanzas enemigas, que verdece grandemente sobre esta tierra, el olivo de hojas glaucas, nutricio de los niños, y que jamás ni joven, ni viejo, jefe devastador, arrancará con su mano; porque Zeus, Morio y Atena la de claros ojos le miran siempre.

Antistrofa II

Pero no olvidaré otra fortuna de esta metrópoli, ilustre don de un gran Genio y la gloria más alta de la patria: la riqueza de los caballos y de las naves. ¡Oh hijo de Cronos! ¡oh rey Poseidón! Ciertamente, tú le has dado esta gloria inventando los frenos, que fueron los primeros en domar los caballos en las calles, y la nave, que, armada de remos, corre prodigiosamente por la fuerza de las manos y salta sobre el mar, compañera de las Nereidas hecatompedas.

ANTÍGONA

¡Oh tierra celebrada por tantas alabanzas, te es preciso ahora justificar esas palabras magníficas!

EDIPO

¡Oh hija! ¿qué hay de nuevo?

ANTÍGONA

He aquí que Creón viene á nosotros, padre, y no sin compañeros.

EDIPO

¡Oh carísimos ancianos, á vosotros toca ahora hacer cierta mi salvación!

EL CORO

Tranquilízate, estoy aquí. Aunque soy viejo, el vigor de esta tierra no ha envejecido conmigo.

CREÓN

Hombres de buen linaje, habitantes de esta tierra, veo en vuestros ojos que concebís algún temor de mi llegada repentina; mas no temáis y ahorradme malas palabras. No vengo, en efecto, para proceder con violencia, siendo viejo y sabiendo que la ciudad á que vengo es la más poderosa de la Hélada. Aunque de edad muy avanzada, he partido para persuadir á este hombre á que me siga á la tierra de los cadmeos; y soy enviado, no por uno solo, sino por todos los ciudadanos, porque me pertenecía, á causa de mi parentesco, compadecer sus miserias más que ningún otro. Así, pues, ¡oh desgraciado Edipo! óyeme y vuelve á tu morada. El pueblo entero de los cadmeos te llama, como es justo, y con mayor extremo que todos, yo, que gimo tanto más sobre tus males, ¡oh anciano!—á menos que sea yo el peor de los hombres—cuanto que te veo miserable, extranjero en todas partes y siempre errante, sin sustento y bajo la guarda de una sola compañera. No hubiera jamás pensado, ¡qué desdichado soy! que viniese á esta vergüenza á que actualmente ha llegado, teniendo siempre el cuidado de tu persona y mendigando tu sustento, tan joven, desconociendo las nupcias, expuesta á ser arrebatada por quien quiera. ¡Oh qué desgraciado soy! ¿no es una deshonra vergonzosa para ti y para mí y para toda nuestra raza? Ciertamente, no se puede ocultar las cosas manifiestas; pero, Edipo, te conjuro por los Dioses de nuestros padres, oculta al menos ésta. Vuelve de buen grado á la ciudad y á tu casa paterna, y saluda benévolamente á esta tierra, porque lo merece. Pero más honrada todavía debe ser tu patria, que te sustentó en otro tiempo.

EDIPO

¡Oh tú que á todo te atreves, y que, lleno de astucia, á todo sabes dar una apariencia de justicia! ¿por qué me tientas con esas palabras y quieres cogerme dos veces en las emboscadas en que más lamentaré ser cogido? Ya, en efecto, cuando estaba agobiado por mis desdichas domésticas y hubiera sido dulce para mí ser lanzado al destierro, me negaste esta gracia que pedía; y cuando, habiéndome calmado, después de haberme saciado de cólera, me hubiera sido dulce vivir en mi morada, me arrojaste y rechazaste, sin cuidarte en modo alguno del parentesco de que hablas. ¡Y ahora, de nuevo, cuando ves á esta ciudad y á toda esta nación recibirme benévolamente, te esfuerzas en arrancarme de aquí con dureza por medio de palabras aduladoras! ¿Qué voluptuosidad es, pues, esta de amar á los que no quieren ser amados? Así, nada es concedido de lo que deseáis, y se rehusa vivamente venir en vuestra ayuda; y cuando vuestro corazón posee plenamente aquello de que carecía, entonces, por una gracia inútil, se os hacen presentes. ¿No es ésta una vana alegría? Tales dones me ofreces tú, excelentes en las palabras, pero funestos en el fondo. Yo lo probaré á éstos, á fin de descubrir tu falsedad. Vienes, no para volverme á mi morada, sino para relegarme en las puertas, y, de esa manera, preservar la ciudad de los peligros de que está amenazada por este pueblo. Pero no lo lograrás, y el vengador de mis injurias ocupará siempre la tierra de Tebas, y nada de ella quedará á mis hijos, y ya basta con que deban morir allí. ¿No te parece que conozco mejor que tú las cosas tebanas? Mucho mejor, ciertamente; y tengo de ello testigos manifiestos, Apolo y Zeus mismo, que es su padre. Y has vedido con palabras muy astutas y muy penetrantes, pero te servirán más de mal que de bien. Verdaderamente, sé que esto no te persuadirá. ¡Ve, y déjanos vivir aquí! Nuestra vida no será mala, tal como es, si nos place vivir así.

CREÓN

¿Crees que hay más peligro para mí que para ti en tu resolución?

EDIPO

Me será muy grato que no llegues á persuadir ni á mí ni á éstos.

CREÓN

¡Oh desgraciado! ¿no serás nunca prudente, á pesar del tiempo, y vivirás siendo vergüenza de la ancianidad?

EDIPO

Eres hábil de lengua; pero no conozco ningún hombre justo que pueda hablar bien sobre todas las cosas.

CREÓN

Una cosa es hablar mucho, y otra cosa es hablar á propósito.

EDIPO

¿De modo que tú no pronuncias sino palabras breves, pero irreprochables?

CREÓN

No, por cierto, para quien tiene el mismo espíritu que el tuyo.

EDIPO

¡Vete de aquí! Te lo digo en nombre de éstos: no me vigiles en este lugar que conviene que habite.

CREÓN

Yo aseguro á éstos, no á ti, que sabrás, si alguna vez te cojo, lo que valen las palabras que respondes á los amigos.

EDIPO

¿Y quién me cogerá contra la voluntad de éstos?

CREÓN

Aun sin eso gemirás.

EDIPO

¿Qué me anuncian tales amenazas?

CREÓN

He arrebatado á una de tus dos hijas; bien pronto me llevaré á la otra.

EDIPO

¿Tú tienes mi hija?

CREÓN

Y tendré ésta antes de poco.

EDIPO

¡Oh extranjeros! ¿qué haréis? ¿Me traicionaréis? ¿No arrojaréis á este impío de esta tierra?

EL CORO

Sal prontamente de aquí, extranjero. Lo que haces y lo que ya has hecho es injusto.

CREÓN

Vosotros, conducidla á pesar suyo, si no quiere marchar.

ANTÍGONA

¡Oh desgraciada! ¿adónde huiré? ¿Quién vendrá en mi ayuda de los hombres ó de los Dioses?

EL CORO

¿Qué haces, extranjero?

CREÓN

No tocaré á este hombre, pero ésta me pertenece.

EDIPO

¡Oh reyes de esta tierra!

EL CORO

¡Oh extranjero, procedes con iniquidad!

CREÓN

Con justicia.

EL CORO

¡Cómo! ¿con justicia?

CREÓN

Me llevo á los míos.

EDIPO

Estrofa

¡Oh ciudad!

EL CORO

¿Qué haces, extranjero? ¿No la dejarás? Bien pronto sentirás la acción de nuestras manos.

CREÓN

¡Cesa!

EL CORO

No, por cierto, si quieres hacer eso.

CREÓN

Haces violencia á mi ciudad si me ultrajas.

EDIPO

¿No te lo había dicho ya?

EL CORO

Deja ir libre con prontitud á esa muchacha.

CREÓN

No ordenes lo que está fuera de tu poder.

EL CORO

Yo te ordeno dejarla.

CREÓN

Y yo te mando partir.

EL CORO

¡Acudid acá! ¡venid, venid, habitantes, nuestra ciudad es presa de la violencia! ¡Acudid acá!

ANTÍGONA

¡Infeliz! Soy arrastrada. ¡Oh extranjeros, extranjeros!

EDIPO

Hija mía, ¿dónde estás?

ANTÍGONA

Soy arrastrada á la fuerza.

EDIPO

¡Oh hija, tiéndeme las manos!

ANTÍGONA

No puedo.

CREÓN

¿No os la llevaréis?

EDIPO

¡Oh qué desgraciado soy! ¡Desgraciado!

CREÓN

No creo que camines en adelante con ayuda de esos dos sostenes. Pero, puesto que quieres prevalecer sobre tu patria y sobre tus amigos, á quienes yo obedezco, aunque rey, sé, pues, vencedor. Más tarde, en efecto, lo sé, te convencerás de que obras ahora contra ti mismo, como lo has hecho ya, á pesar de tus amigos, cediendo á una cólera que es funesta siempre para ti.

EL CORO

Quédate aquí, extranjero.

CREÓN

¡Que nadie me toque!

EL CORO

No permitiré, por cierto, que partas, habiéndote apoderado de éstas.

CREÓN

Bien pronto reclamarás á mi ciudad una prenda más grande, porque no pondré la mano sólo sobre ellas.

EL CORO

¿Qué meditas?

CREÓN

Me apoderaré de este hombre y me le llevaré.

EL CORO

Hablas insolentemente.

CREÓN

Bien pronto se hará, á menos que el rey de esta tierra lo prohiba.

EDIPO

¡Oh lengua imprudente! ¿Vas á tocarme, pues?

CREÓN

Ordeno que te calles.

EDIPO

¡Que estas Divinidades me dejen cargarte de nuevo de maldiciones, ¡oh perversísimo, que me arrancas violentamente el solo ojo que me quedaba, á mí ya sin ojos! Por eso, pueda Helios, aquel de los Dioses que ve todas las cosas, infligirte, así como á tu raza, en vuestra vejez, una vida tal como la mía.

CREÓN

¿Veis, habitantes de esta tierra?

EDIPO

Nos ven, á mí y á ti, y comprenden que me vengo con palabras de la violencia de tus acciones.

CREÓN

No reprimiré, por cierto, mi cólera, y te me llevaré á la fuerza, aunque solo y cargado de años.

EDIPO

Antistrofa

¡Oh qué desgraciado soy!

EL CORO

Extranjero, has venido con una gran audacia, si piensas llevar á cabo esto.

CREÓN

Lo pienso.

El coro

No creeré, pues, que esta ciudad exista.

Creón

En una causa justa, el débil aventaja al fuerte.

Edipo

¿Oís lo que dice?

El coro

No lo llevará á cabo.

Creón

Zeus lo sabe, no tú.

El coro

¿No es esto un ultraje?

Creón

Un ultraje que es preciso soportar.

El coro

¡Oh pueblo todo entero, oh príncipes de esta tierra, venid, venid! Estos pasan ya de toda medida.

Teseo

¿Qué clamor es este? ¿Qué es eso? ¿Por qué temor me hacéis venir del altar en que sacrificaba al Dios marino de Colono? Decid, á fin de que yo sepa por qué he tenido que acudir aquí con más rapidez que me era agradable.

Edipo

¡Oh carísimo, he reconocido tu voz! He sufrido grandes injurias de este hombre.

Teseo

¿Cuáles? ¿Qué injuria te ha hecho? Habla.

Edipo

Este Creón que ves me ha quitado lo que me quedaba de hijos.

TESEO

¿Qué dices?

EDIPO

He aquí lo que he sufrido.

TESEO

¡Que uno de vosotros corra con gran prontitud hacia esos altares; que reuna al pueblo entero, caballeros y peones, á fin de que todos, dejando el sacrificio, se precipiten al lugar en que los dos caminos no forman mas que uno, de manera que las jóvenes doncellas no puedan pasar más allá y que yo no me vea burlado por este extranjero, siendo vencido por él! ¡Ve, y prontamente, como lo he ordenado! En cuanto á éste, si yo cediera á la cólera que merece, no lo despacharía sano y salvo de mis manos; pero será juzgado por las mismas leyes que ha alegado, no por otras. Porque no te irás de esta tierra antes de haberme vuelto aquí esas jóvenes, habiendo cometido un crimen indigno de mí, de aquellos de quienes naciste y de tu patria. ¡Has venido, en efecto, á una ciudad que honra la justicia, que no hace nada contra el derecho; y, precipitándote contra la autoridad menospreciada de las leyes, te llevas por fuerza lo que quieres y te apoderas de ello violentamente! ¿Has creído que mi ciudad estaba vacía de hombres ó era esclava de álguien, y que yo no era nada? Sin embargo, los tebanos no te han instruído en el mal. No acostumbran ellos á formar hombres injustos, y no te aprobarían si supiesen que nos despojas, á los Dioses y á mí, arrastrando por fuerza á suplicantes desgraciados. Ciertamente, si yo entrase en tu tierra, aun por la más justa de las causas, no arrebataría ni me llevaría nada contra el deseo del jefe, cualquiera que fuera, sino que sabría cómo debe obrar un extranjero para con los ciudadanos. Tú deshonras tu propia tierra, que no lo merece; y los numerosos días que han hecho de ti un anciano, te han quitado la inteligencia. Ya lo he dicho, y vuelvo á decirlo: ¡que traigan con gran prontitud á esas jóvenes, si no quieres habitar aquí por fuerza y contra tu voluntad! Y te digo esto con la lengua y con el pensamiento.

EL CORO

¡Mira adónde has llegado, extranjero! Por tu raza pareces un hombre justo, pero te muestras tal como eres haciendo el mal.

CREÓN

No he emprendido esto juzgando á esta ciudad privada de hombres ó sin prudencia, ¡oh hijo de Egeo! sino persuadido de que los atenienses no se inflamarían por mis próximos parientes hasta el punto de querer sustentarles á pesar mío. No pensaba que un hombre parricida y manchado por un crimen, que un hijo que se unió á su madre en nupcias abominables, debiera ser recibido por ellos. Conocía el Areópago, ilustre por su sabiduría, que no permite que vagabundos de esa especie habiten en esta ciudad. Me he apoderado de esa presa con arreglo á esta convicción. Y, aun con eso, no lo habría hecho si él no hubiera lanzado amargas imprecaciones contra mi raza. Por eso, irritado con ese ultraje, he querido devolverle una pena igual. No hay, en efecto, otra vejez para la cólera que la muerte, puesto que ningún dolor alcanza á los muertos. Por lo demás, haz lo que te plazca, porque mi aislamiento me vuelve débil, aunque diga cosas equitativas. Sin embargo, tal como estoy, intentaré resistir.

EDIPO

¡Oh impudentemente audaz! ¿A quién piensas ultrajar con esas palabras? ¿A mí, que soy viejo, ó á ti, que con tu boca me reprochas las muertes, las nupcias y las miserias que he sufrido, desgraciado de mí, contra mi voluntad? Estas cosas estaban predestinadas por los Dioses, irritados hace mucho tiempo quizá contra nuestra raza por alguna razón. Porque, en lo que á mí toca, no puedes reprocharme ninguna deshonra respecto á lo que he hecho contra mí y los míos. En efecto, dime, si un oráculo respondió á mi padre que sería muerto por su hijo, ¿con qué derecho me censuras por aquella muerte, cuando todavía no estaba ni engendrado por mi padre, ni concebido por mi madre, ni echado al mundo? Si, como está probado, vine á las manos con mi padre y le maté, no sabiendo ni lo que hacía, ni contra quién, ¿cómo puedes reprocharme esta acción como un crimen? ¡Y no tienes vergüenza, miserable, de obligarme á hablar de mis nupcias con mi madre, que era tu hermana! Yo diré, pues, qué nupcias fueron aquéllas; no callaré esto, puesto que tú has pronunciado esa palabra impía. ¡Ciertamente, ella me parió, ella me parió—¡oh desgraciado!—no conociéndome, á mí que no la conocía! Y después, mi propia madre concibió de mí hijos, sin oprobio.

Pero estoy seguro al menos de que nos ultrajas con exceso, á ella y á mí, á mí que la desposé contra mi voluntad y que hablo de ello lo mismo. Jamás seré tenido por impío á causa de esas nupcias, ni á causa de la muerte paterna, que me reprochas perpetua y amargamente. En efecto, respóndeme una sola palabra: si alguien, sobreviniendo de pronto, quisiera matarte, tú, el hombre justo, ¿tratarías de saber si era tu padre el que te quería matar, ó te vengarías en seguida? Ciertamente, creo que, si amas la vida, te vengarías de ese malvado y no te preguntarías si eso era justo. Yc me he visto precipitado en tales males por la voluntad de los Dioses, y creo que mi padre no lo negaría, si reviviera. Pero tú, que no eres equitativo y crees que todas las cosas, buenas y malas, deben decirse, me reprochas esas delante de estos hombres. Te parece glorioso alabar el nombre de Teseo y Atenas, que es regida por leyes excelentes. Sin embargo, en medio de tantas alabanzas, olvidas que esta ciudad sobresale sobre todas las que saben honrar piadosamente á los Dioses. ¡Y te esfuerzas en arrancar de ella por la astucia á un anciano suplicante y llevártele cautivo, después de haberle arrebatado sus dos hijas! Ahora, pues, yo invoco á las Diosas de este país y les suplico por mis oraciones para que sean mis sostenes y mis aliadas y sepas tú por qué hombres está guardada esta ciudad.

El coro

Este extranjero es un justo, ¡oh Rey! pero sus miserias son lamentables y dignas de ser socorridas.

Teseo

Basta de palabras, porque los raptores se apresuran, y nosotros, que sufrimos el ultraje, seguimos aquí.

Creón

¿Qué mandas á un hombre sin fuerzas, para que obedezca?

Teseo

Que me precedas en ese camino y seas mi acompañante, para que, si retienes á nuestras jóvenes en algún paraje, me las muestres. Si los raptores han huído, nada tenemos que hacer; otros les persiguen, y no es de temer que pasen las fronteras y den gracias á los Dioses. Marcha, pues, de-

lante; y sabe que, si tú tienes, nosotros te tenemos, y que la fortuna ha prendido á quien quería prender. Los bienes adquiridos por la iniquidad y la astucia no son estables. No tendrás á nadie en tu favor en esto, porque comprendo, por esa audacia que hay en ti ahora, que no te has entregado sin hombres y sin armas á esta mala acción, sino que no la has emprendido mas que estando seguro de algún apoyo. Importa que me preocupe de ello, á fin de que esta ciudad no sucumba bajo un solo hombre. ¿No comprendes? ¿Y piensas que son vanas las palabras que oyes y las que has oído cuando meditabas eso?

CREÓN

No responderé aquí nada á lo que dices; pero, en nuestras moradas, ya sabremos lo que haya que hacer.

TESEO

Avanza, y amenaza cuanto quieras. Pero tú, Edipo, quédate aquí tranquilo, y ten la seguridad de que no cesaré de obrar, á menos que muera, antes de haberte hecho dueño de tus hijas.

EDIPO

¡Que seas feliz, Teseo, por tu corazón generoso y por los cuidados justicieros y benévolos que tienes para nosotros!

EL CORO

Estrofa I

Quisiera estar allí donde se encuentran los hombres llenos del resonante Ares de bronce, sea cerca de los altares píticos, sea sobre esas riberas resplandecientes de antorchas, en donde las Dueñas venerables revelan los misterios sagrados á aquellos de los mortales cuya boca ha cerrado la llave de oro de los Eumólpidas. Allí, Teseo hábil en el combate y las dos hermanas virginales van á combatir felizmente, á lo que pienso, en este país.

Antistrofa 1

Y quizá al occidente de la nevada Roca, fuera de los prados de Ea, avancen combatiendo, arrastrados por sus caballos y por sus carros que huyan rápidamente. Creón será domeñado. El Ares de los habitantes del país es terrible y

terrible el vigor de los Teseidas. ¡En efecto, un esplendor brota de todos los frenos; todos se precipitan, soltando las riendas, los caballeros que honran á la guerrera Atena y al querido hijo marino de Rea, el que quebranta la tierra!

Estrofa II

¿Han comenzado, ó se retardan? Mi espíritu presiente que los amargos males de esas doncellas van á cesar, ellas que los han sufrido tan crueles de sus parientes. Zeus llevará á cabo hoy grandes cosas. Profetizo combates dichosos. ¡Pluguiera á los Dioses que, rápida paloma, de pronto vuelo, pudiese seguir con mis penetrantes ojos el combate desde lo más alto de la nube aérea!

Antistrofa II

¡Oh dominador supremo de los Dioses, Zeus, que todo lo ves, concede á los jefes de esta tierra terminar esto felizmente con fuerza victoriosa! ¡Y tú también, Hija venerable, Palas Atenea! Y suplico también al cazador Apolo, y á su hermana que persigue las manchadas ciervas de rápidos pies, para que ambos vengan en ayuda de esta ciudad y de los ciudadanos.

¡Oh extranjero errante! No dirás que he profetizado falsamente, porque veo á las jóvenes que vuelven aquí.

EDIPO

¿Dónde? ¿dónde? ¿Qué dices? ¿qué has dicho?

ANTÍGONA

¡Oh padre, padre! ¿qué dios te concederá ver á este hombre excelente que nos ha vuelto á traer aquí á ti?

EDIPO

¡Oh hija mía! ¿Estáis aquí?

ANTÍGONA

Las manos de Teseo y de sus fieles compañeros nos han salvado.

EDIPO

¡Oh hijas, acercaos á vuestro padre y dadme vuestros cuerpos para que los estreche contra mí, vosotras cuya vuelta no esperaba!

ANTÍGONA

Tendrás lo que pides, porque también nosotras lo deseamos.

EDIPO

¿Dónde estáis? ¿dónde estáis?

ANTÍGONA

Henos aquí á las dos.

EDIPO

¡Oh queridísimas hijas!

ANTÍGONA

Todo es querido para un padre.

EDIPO

¡Oh sostenes del hombre!

ANTÍGONA

¡Infelices sostenes de un infeliz!

EDIPO

Tengo lo que me es más querido, y no seré el más mísero de los hombres si muero teniéndoos cerca de mí. Sostenedme, ¡oh hijas! por uno y otro lado; apretaos contra vuestro padre y poned fin á la dolorosa soledad en que le había dejado vuestro rapto. Y referidme en muy pocas palabras lo que ha pasado, porque un breve relato debe bastar á jóvenes de vuestra edad.

ANTÍGONA

He aquí al que nos ha salvado. Es conveniente oirle, padre. De ese modo, para ti y para mí, mi relato será breve.

EDIPO

¡Oh extranjero! No extrañes que hable con esta efusión á mis hijas que me han sido devueltas inesperadamente. Sé que no debo esta alegría á otro alguno mas que á ti, porque ninguno de los mortales las ha salvado, si no eres tú. Que los Dioses te den todo lo que yo te deseo, y á esta ciudad,

puesto que no ha sido mas que cerca de vosotros, únicos entre todos los hombres, donde he hallado la piedad, la equidad y palabras que no quieren engañar. Respondo de esto por experiencia, porque todo lo que tengo lo tengo por ti y no por ningún otro de los mortales. Tiéndeme la mano, ¡oh Rey! tiende tu mano, que yo la toque, y que yo abrace tu persona, si esto es permitido. Mas ¿qué digo? ¿Cómo yo, que soy impuro, he de tocar á un hombre puro en quien no hay huellas de deshonra alguna? No, no te tocaré, aunque lo permitas. Sólo los hombres á quienes el mal ha castigado pueden tomar parte en tales miserias. Yo te saludo, pues, ahí donde estás. ¡Que puedas demostrarme siempre el mismo interés equitativo que en este día!

TESEO

No extraño que, alegre con tus hijas, hayas hablado largamente y gustes más de sus palabras que de las mías. Nada de eso me hiere, porque no es más por medio de palabras que por medio de actos como quiero glorificar mi vida. Y lo pruebo por el hecho mismo. En efecto, anciano, no te he engañado en lo que jurado te había, puesto que te vuelvo á traer á tus hijas vivas y sanas y salvas. En cuanto á ese combate, aunque haya tenido un dichoso fin, no me está bien referirlo envaneciéndome de él, y lo sabrás todo por éstas. Pero, viniendo, un rumor ha llegado hasta mí: préstale tu atención. Si ello es breve de decir, es sin embargo digno de sorpresa. Es preciso que el hombre no descuide nada.

EDIPO

¿Qué es ello, hijo de Egeo? Dímelo, porque no sé nada de lo que tú has sabido.

TESEO

Se dice que un hombre, no tu conciudadano, sino tu pariente, se ha sentado como suplicante, no sé por qué causa, en el altar de Poseidón en que yo hacía un sacrificio cuando vine á ti.

EDIPO

¿Qué pide así por esa suplicación?

TESEO

No sé, si no es una sola cosa: que desea de ti una respuesta breve y fácil de dar.

EDIPO

¿Cuál? No será por poca cosa por lo que se ha sentado.

TESEO

Pide, se dice, que le sea permitido hablarte y volverse con seguridad como ha venido.

EDIPO

¿Quién puede ser ese hombre sentado como suplicante?

TESEO

Veas; ¿no tienes en Argos algún pariente que quisiera obtener esto de ti?

EDIPO

¡Oh carísimo! No digas más de ello.

TESEO

¿Qué tienes?

EDIPO

No me pidas que responda.

TESEO

Explica la cuestión, habla.

EDIPO

Sé por éstas, y seguramente, quién es ese suplicante.

TESEO

En fin, ¿quién es? ¿Qué tengo que reprocharle?

EDIPO

¡Es mi hijo, oh Rey, mi odio! Entre todos los hombres, él es el que yo oiría con el mayor dolor.

TESEO

¿Por qué? ¿No puedes escucharle sin hacer lo que no quieras hacer? ¿Por qué te había de ser doloroso oirle?

EDIPO

Esa voz es la más odiosa, ¡oh Rey! que pueda llegar á un padre. No me impongas la necesidad de ceder á ti.

TESEO

Pero, si esa suplicación te obliga, ve á dejar á salvo el respeto debido al Dios.

ANTÍGONA

Padre, obedéceme, por más joven que sea. Deja á ese hombre satisfacer su deseo y el del Dios, y concédenos que mi hermano venga. En efecto, ten la seguridad de ello, las palabras que te desagraden no cambiarán tu resolución á pesar tuyo. ¿En qué te será perjudicial escucharle? Los designios concebidos con una malvada astucia son traicionados por las palabras. Tú lo has engendrado; por eso, aunque procediese contra ti como el más perverso y el más impío, no te sería permitido, ¡oh padre! devolverle esos males. Déjale venir. Otros tienen malos hijos también y una viva cólera; pero, aconsejados por las dulces palabras de sus amigos, apaciguan su corazón. Recuerda, no tus males presentes, sino los que te han venido de tu padre y de tu madre y has experimentado. Si los consideras, reconocerás, lo sé, cuán lamentables son las consecuencias de una gran cólera. No tienes una débil prueba de esto, estando privado de tus ojos, que no ven. Cede á nosotros. No está bien que los que piden cosas justas supliquen largo tiempo, ni que el que ha recibido una acogida benévola rehuse responder.

EDIPO

Hija, es un favor cruel el que me arrancáis con esas palabras. ¡Que sea, pues, como os place! Solamente, extranjero, si él viene aquí, que nadie me tome por fuerza.

TESEO

¡Oh anciano! No quiero oir dos veces esto. No me place envanecerme, pero mientras un dios me conserve vivo, sabe que estás en salvo.

EL CORO

Estrofa

El que desea vivir desmedidamente prueba, en mi sen-

tir, que tiene el espíritu en demencia; porque una larga vida contiene muchos males, y el que desea demasiado no ve la alegría donde ella está. ¡Y he aquí que viene, al fin, la común curadora, la Moira de Ades, sin nupcias, sin lira, sin danzas, Tanato, la última de las cosas!

Antistrofa

No haber nacido vale más que todo. Lo mejor, después de esto, desde que se ha visto la luz, es volver con gran prontitud á la noche de donde se ha salido; porque, desde que la juventud llega con las futilidades insensatas que trae, ¿por qué males lamentables no se está alcanzado? Las muertes, las sediciones, las querellas, los combates y la envidia; y, al fin, sobreviene la vejez odiosa, sin fuerzas, triste y sin amigos, y que contiene todas las miserias.

Epodo

No he llegado á ella solo, sino este desgraciado también· Lo mismo que en invierno una ribera boreal es azotada por todos lados por las olas, lo mismo las crueles calamidades que no le dejan se precipitan como las olas contra este hombre, las unas viniendo del occidente, las otras del levante, otras de los lugares alumbrados por Helios al mediodía, y otras del norte lleno de soplos nocturnos.

ANTÍGONA

He aquí que viene á nosotros, á lo que me parece, ¡oh padre! ese extranjero sin acompañantes y vertiendo lágrimas.

EDIPO

¿Quién es?

ANTÍGONA

Aquel en quien pensamos hace largo tiempo, el propio Polinice, que he aquí.

POLINICE

¡Ay! ¿qué haré? ¿Lloraré ante todo, ¡oh jóvenes! mis propios males ó estos que veo, estos de mi anciano padre? Le encuentro con vosotras lanzado en tierra extraña, bajo un vestido sucio y repugnante, que mancha su costado y no forma mas que uno con su viejo cuerpo; y sobre su cabeza sin ojos, su cabellera esparcida se extiende al viento. Y tales

también, sin duda, son los alimentos de su vientre mísero. ¡Oh desdichadísimo de mí, reconozco esto demasiado tarde, y aseguro que soy el peor de los hombres al no haber venido para procurarte el sustento! Sábelo de mí. Pero la clemencia está sentada sobre el trono de Zeus. ¡Que ella esté sentada lo mismo cerca de ti, padre! Si hay un remedio á nuestras faltas, no es posible aumentarlas. ¿Por qué te callas? Habla, ¡oh padre! no te desvíes de mí. ¿No vas á responderme nada? ¿Vas á despedirme, habiéndome despreciado, no habiéndome hablado, ni revelado la causa de tu cólera? ¡Oh hijas de este hombre, hermanas mías, vosotras, al menos, esforzaos en abrir la boca triste é implacable de nuestro padre; y que no me despida sin haberme hablado y habiéndome despreciado, aunque yo sea el suplicante de un dios!

ANTÍGONA

Di, ¡oh desgraciado! para qué has venido. Toda palabra, en efecto, place, ofende, interesa, ú ocasiona una respuesta de los que guardaban silencio obstinadamente.

POLINICE

Hablaré, pues, porque me has aconsejado bien. Ante todo, suplicaré que venga en mi ayuda á ese mismo Dios en cuyo altar estaba, cuando el rey de esta tierra me ha impulsado á venir aquí, prometiéndome hablar, oir y volverme salvo. He aquí, ¡oh extranjeros! lo que deseo ardientemente de vosotros, de mis hermanas y de mi padre. Quiero, pues, decirte, ¡oh padre! por qué causa he venido. He sido expulsado y desterrado de la tierra de la patria porque he querido sentarme, con arreglo á mi derecho, siendo el mayor, en tu trono real. Por eso Eteocles, más joven que yo, me ha expulsado de la ciudad. Y no lo ha conseguido por la fuerza de la razón, ni por su mano ó sus acciones victoriosas, sino persuadiendo de ello á los ciudadanos. Tu Erinia es la que principalmente ha causado estas cosas, y los adivinos me lo han confirmado. Habiendo llegado al dórico Argos, he tomado á Adrasto por suegro, y me he hecho aliados á todos los que mandan en la tierra de Apia y que se distinguen en la lanza; de suerte que habiendo reunido con ellos, contra Tebas, un ejército de siete cuerpos, puedo ó morir dignamente ó expulsar á los autores de mis males. Pero dejemos esto. Finalmente, ¿para qué he venido aquí? Para rogarte y suplicarte, ¡oh padre! en mi

propio nombre y en nombre de mis compañeros que envuelven el recinto tebano con siete ejércitos que tienen otros tantos jefes. El primero es el bravo Anfiarao, excelente en la lanza y en la ciencia augural; el segundo es el etolio Tideo, hijo de Eneo; el tercero es Eteoclo, nacido de padre argivo; el cuarto es Hipomedón, á quien su padre Talao ha enviado; el quinto es Capaneo, que se gloria de destruir hasta sus cimientos, por el fuego, la ciudad de los tebanos; el sexto es Partenopeo, el arcadio, que debe su nombre á que su madre permaneció largo tiempo virgen antes de darle á luz, y es el hijo fiel de Atalante. En fin, yo, cualquiera que sea, tu hijo ó no, nacido por un destino terrible, llamado tu hijo sin embargo, llevo contra Tebas un ejército de bravos argivos. Te suplicamos, pues, humildemente, por estas hijas y por tu propia vida, padre, que renuncies á tu fatal cólera contra mí que voy á intentar vengarme de mi hermano, que me ha expulsado de la patria y que me ha despojado; porque, si se debe alguna fe á los oráculos, el Dios ha predicho la victoria á los que tú apoyes. ¡Ahora, te lo suplico, por los orígenes, por los Dioses de tu raza, cede! Si yo soy pobre y extranjero, extranjero eres tú también, y tú y yo mendigamos nuestra vida á los demás, teniendo el mismo Genio. ¡Pero él, dueño de la realeza, ¡oh desgraciado de mí! triunfa y se ríe igualmente de nosotros dos! Si tú tomas parte en mi resolución, yo le confundiré fácilmente, y en poco tiempo; y, expulsándole por la fuerza, te estableceré en tu morada y me restableceré á mí mismo. Puedo jactarme de hacer esto, si tú lo quieres; pero sin ti no puedo siquiera vivir.

El coro

En consideración al que ha enviado á este hombre, Edipo, respóndele como bien te parezca. Ya le despedirás después.

Edipo

Hombres, si el Rey de esta tierra no me lo hubiera traído, juzgándole digno de una respuesta, ciertamente, jamás hubiese oído mi voz. Se irá, pues, habiendo oído palabras tales, que jamás regocijarán su vida. ¡Oh gran malvado! Cuando tenías el cetro y el trono que tu hermano posee ahora en Tebas, expulsaste á tu padre, le desterraste de la patria y le redujiste á cubrirse con estos vestidos que hoy contemplas con lágrimas, después que has sufrido las mismas mise-

rias que yo. Lo que deploras no es de deplorar, y yo soportaré mis males, guardando, mientras viva, el recuerdo de un parricida como tú; porque tú eres la causa de mi vida miserable, y tú me expulsaste, y por ti es por quien yo mendigo como un vagabundo mi sustento de cada día. Si no hubiese engendrado á éstas, mis hijas protectoras, ciertamente, en cuanto de ti dependía, no hubiera sobrevivido. Aun ahora, ellas me guardan, ellas me sustentan; ellas son hombres, no mujeres, para socorrerme en mis miserias. En cuanto á vosotros, no habéis nacido de mí, sino de otro. Por eso el Genio no te mirará bien pronto como ahora, si esos ejércitos avanzan contra la ciudad de los tebanos. En efecto, no destruirás esa ciudad, sino que, antes, caerás manchado de sangre, al mismo tiempo que tu hermano. Ya he lanzado contra vosotros esas imprecaciones terribles, y las repito ahora, para que ellas vengan en mi ayuda y sepáis que es preciso respetar á vuestros padres y no mostrarse tales hijos con un padre ciego. No han procedido lo mismo éstas. Por eso, mis Erinias se apoderarán de tu morada y de tu trono, si es verdad que la antigua diosa Dica, guardadora de las viejas leyes, se sienta todavía cerca del trono de Zeus. ¡Ve, maldito, expulsado y renegado por tu padre, el más malvado de los hombres, lleva contigo estas imprecaciones que hago contra ti, para que no te apoderes de tu tierra, que no vuelvas jamás al profundo Argos, sino que caigas bajo la mano fraterna y degüelles á aquel por quien has sido expulsado! Habiendo hecho estas imprecaciones, invoco al brumoso Tártaro, en que está mi padre, para que te arranque de aquí. Invoco también á estas Divinidades, y á Ares, que os ha inspirado ese odio horrible. Habiéndome oído, ¡ve! ¡corre de aquí á anunciar á todos los cadmeos y á tus fieles aliados cuáles han sido los presentes de Edipo á sus hijos!

El coro

Polinice, me lamento contigo por tu inútil viaje; pero vuélvete ahora tan pronto como puedas.

Polinice

¡Oh viaje desgraciado y final lamentable! ¡Ay, mis aliados! ¡Para esto, pues, hemos salido de Argos! ¡Oh desgraciado de mí! ¡No me es posible revelar nada de esto á mis aliados ni volverme atrás; sino que me es preciso correr en silencio á mi pérdida! ¡Oh vosotras, hermanas mías, hijas

de este hombre, puesto que habéis oído las terribles imprecaciones de mi padre, si un día deben cumplirse, si volvéis un día á la morada, os suplico por los Dioses no me dejéis sin honras y dadme una tumba! Así como sois alabadas ahora por los cuidados que prodigáis á este hombre, tendréis una gloria igual por el servicio que me prestéis.

ANTÍGONA

Polinice, te suplico que me escuches.

POLINICE

¿Qué es ello? di, ¡oh queridísima Antígona!

ANTÍGONA

Apresúrate á volver tu ejército á Argos; no corras á tu propia ruina y á la de la ciudad.

POLINICE

Eso no puede hacerse. ¿Cómo podría reunir de nuevo un ejército, si emprendo una vez la huída?

ANTÍGONA

¿Es, pues, necesario ¡oh joven! que cedas de nuevo á la cólera? ¿De qué te servirá destruir tu patria?

POLINICE

Es vergonzoso huir, y vergonzoso para mí, el mayor, verme burlado por mi hermano.

ANTÍGONA

¿No ves que las predicciones de éste corren á su fin que anuncia vuestra muerte mutua?

POLINICE

Lo desea, en efecto; pero es preciso que no cedamos.

ANTÍGONA

¡Oh desdichada! Pero ¿quién se atreverá á seguirte cuande se conozcan los oráculos que ha pronunciado?

POLINICE

No revelaré las cosas funestas. Un buen jefe no dice mas que las cosas que le son favorables, no las otras.

ANTÍGONA

Así, pues, ¡oh joven! ¿has resuelto eso?

POLINICE

No me retengas; es preciso que prosiga mi camino, aunque desgraciado y funesto á causa de mi padre y de sus Erinias. Que Zeus os vuelva dichosas á las dos si hacéis por mí lo que he dicho cuando haya muerto, porque no podréis nada por mí vivo. Dejadme, pues. Yo os saludo. No me volveréis á ver vivo.

ANTÍGONA

¡Oh desdichada de mí!

POLINICE

No me llores.

ANTÍGONA

¿Quién no lloraría por ti, hermano, que te precipitas en la muerte inevitable?

POLINICE

Moriré, si esto es fatal.

ANTÍGONA

No lo hagas, sino sigue mi consejo.

POLINICE

No me aconsejes lo que no está bien hacer.

ANTÍGONA

Seré muy desdichada si me veo privada de ti.

POLINICE

Pertenece al Genio decidir si las cosas futuras serán tales ó cuáles. Pido á los Dioses que no sufráis jamás ninguna desdicha; porque todos los hombres dicen que no merecéis sufrir.

El coro

Estrofa I

Calamidades nuevas y terribles nos han venido por causa de este extranjero ciego, á menos que su Moira no se cumpla; porque no he oído decir que la voluntad de las Divinidades haya sido manifestada en vano. El tiempo ve todas las cosas; realiza unas la víspera y otras el día siguiente. Pero el Eter ruge, ¡oh Zeus!

Edipo

¡Oh hijas, hijas! ¡oh! ¡que alguno de los que están aquí llame al excelente Teseo!

Antígona

Padre, ¿con qué designio lo pides?

Edipo

El rayo alado de Zeus va á conducirme al Hades. ¡Apresuraos, traedle pronto!

El coro

Antistrofa I

Ciertamente, he aquí que un gran estrépito se arroja precipitado. El horror me eriza los cabellos en la cabeza. Mi corazón se espanta, porque el relámpago uranio flamea de nuevo. ¿Qué anuncia? ¡Yo tiemblo! Jamás, en efecto, brilla en vano y sin una nueva desgracia. ¡Oh gran Eter! ¡oh Zeus!

Edipo

¡Oh hijas! He aquí el término fatal de mi vida, y no puedo escapar á él.

Antígona

¿Qué sabes? ¿Cómo lo prevés?

Edipo

Lo sé bien. ¡Pero que alguno parta pronto y me traiga al Rey de esta tierra!

El coro

Estrofa II

¡Ay! ¡ay! He aquí que ese estrépito resonante truena de nuevo por todos lados. ¡Sé propicio, ¡oh Genio! seme propicio, si acarreas alguna calamidad á esta tierra mi madre! ¡Pudiera yo haberme encontrado con un hombre piadoso y no haber visto á un impío! ¡Oh rey Zeus, yo te invoco!

Edipo

¿Está cerca de aquí el hombre? Hijas, ¿me hallará respirando todavía y poseyendo mi razón?

Antígona

¿Qué quieres confiarle?

Edipo

A cambio del servicio recibido, quiero probarle la gratitud que le había prometido.

El coro

Antistrofa II

¡Oh hijo, ven, ven! ¡Aunque estuvieses sacrificando, en el extremo de la llanura, un toro en el altar del Dios marino Poseidón, ven! El extranjero, á cambio del servicio recibido, quiere probarte, así como á la ciudad y á sus amigos, la gratitud prometida. ¡Date prisa, ven pronto, oh Rey!

Teseo

¿Qué clamor es ese que de nuevo lanzáis todos á la vez? Es manifiestamente vuestra voz y la del extranjero. ¿Gritáis por causa del rayo de Zeus ó del granizo que se precipita de las nubes? Todo puede creerse, cuando una tal tempestad es excitada por un dios.

Edipo

¡Rey! Vienes, accediendo á mi deseo, y algún dios propicio es quien te trae.

Teseo

¿Qué debo saber todavía, oh hijo de Layo?

EDIPO

Mi vida se inclina á su fin. No quiero morir sin cumplir á la ciudad las promesas que he hecho.

TESEO

¿Por qué sabes que vas á morir?

EDIPO

Los Dioses mismos me lo anuncian como heraldos, y no descuidan ninguna de las señales que revelaron.

TESEO

¿Cómo dices, anciano? ¿Qué señales son esas?

EDIPO

Esos truenos no interrumpidos, esos dardos flameantes que parten de una mano invencible.

TESEO

Me has convencido, porque sé que profetizas con frecuencia y cosas verdaderas. Ahora, di lo que es preciso hacer.

EDIPO

Te revelaré, hijo de Egeo, cosas que jamás envejecerán y que serán siempre favorables para esta ciudad. Yo mismo, sin ser conducido por mano alguna, te llevaré en seguida allá donde debo morir. No indiques nunca á ninguno de los mortales ni el lugar en que quede oculto mi cuerpo, ni en qué comarca, para que, á modo de innumerables escudos y portadores de lanzas aliados, sea siempre para ti un baluarte contra tus vecinos. Pero la cosa sagrada que no está permitido decir, la sabrás allí donde hayas venido solo conmigo. No la revelaré á ninguno de éstos, ni siquiera á mis hijas, aunque las amo. ¡Sábela, solo; y, cuando hayas llegado al fin de tu vida, confía este secreto sólo á tu heredero, y que éste lo confíe á quien impere después de él! Así harás á tu ciudad inexpugnable para los tebanos. Numerosas ciudades, aun bien regidas, han sido arrastradas á la iniquidad. Los Dioses, pronto ó tarde, descubren al que, lleno de demencia, menosprecia las cosas divinas. ¡Oh hijo de Egeo, no seas nunca tal! Pero te enseño lo que sabes. El Dios me

apremia á marchar al lugar designado. No tardemos más largo tiempo. Seguidme, ¡oh hijas! Guía extraordinaria, yo os llevo á mi vez como vosotras habéis conducido á vuestro padre. Marchad y no me toquéis. Dejadme encontrar solo la tumba sagrada donde es fatal que sea encerrado en esta tierra. ¡Aquí! ¡allá! ¡por aquí! Hermes conductor me lleva, y la Diosa subterránea. ¡Oh luz opaca, que estabas en mí en otro tiempo, tocas por última vez mi cuerpo! Voy á encerrar en el Hades lo que me queda de vida. ¡Oh el más querido de los huéspedes, oh tierra, oh servidores del jefe, sed dichosos! ¡Y en medio de vuestras felicidades sin fin, acordaos de mí que estaré muerto!

El coro

Estrofa

Si me es permitido suplicar á la Diosa invisible, así como á ti, Edoneo, Edoneo, rey de los Nocturnos, os pido que el extranjero no llegue por una muerte difícil y triste á los campos subterráneos de los muertos, á la morada Estigia donde todos son encerrados. Habiendo sido abrumado por tantos males no merecidos, será justo que el Genio venga en su ayuda.

Antistrofa

¡Os suplico, Diosas subterráneas, y tú, Monstruo no vencido, que estás echado, según la fama, ante las puertas bien bruñidas, y que ladras siempre desde el fondo de tu antro, indomable guardián del Hades! ¡Y te suplico, oh tú, hija de Gea y de Tártaro, que dejes pasar al extranjero que avanza hacia las moradas subterráneas de los muertos! ¡Yo te invoco, oh tú que duermes eternamente!

Un mensajero

Hombres ciudadanos, os diré en muy breves palabras que Edipo ha muerto, pero los hechos que se han realizado no son de naturaleza de ser dichos con brevedad.

El coro

¿Ha muerto, pues, el desgraciado?

El mensajero

Sabe que ha cesado su larga vida miserable.

El coro

¿Cómo? ¿Con ayuda de los Dioses y sin pena?

El mensajero

Esto es digno de admiración. De qué modo partió, ya lo sabes, puesto que estabas aquí, no conducido por ninguno de sus amigos, sino conduciéndonos á todos él mismo. En cuanto hubo llegado á la entrada de esa sima que desciende al fondo de la tierra por escalones de bronce, se detuvo allí donde el camino se parte en varios otros, cerca del profundo cráter donde están las eternas prendas de alianza entre Teseo y Piritoo; y se sentó en este lugar, entre la roca Tórica, un peral salvaje y hueco, y una tumba de piedra. Y, después, se despojó de sus harapos, y, habiendo llamado á sus hijas, les ordenó traer agua viva para las purificaciones y las libaciones. Habiendo ido á la colina que atiende Demeter fecunda en frutos, obedecieron prontamente á su padre; y le lavaron y vistieron con arreglo al ritual. Cuando hubo sido satisfecho en todo, y nada hubo sido olvidado de lo que quería, Zeus subterráneo tronó; y, en cuanto ellas lo hubieron oído, temblorosas, se arrojaron á las rodillas de su padre, derramando lágrimas, no cesando de golpearse el pecho y de lamentarse en alta voz. Pero él, en cuanto hubo oído el horroroso son, las rodeó con sus brazos y dijo: «¡Oh hijas, desde este día no tenéis padre, y todo ha terminado para mí, y no tendréis más largo tiempo la carga de sustentarme, y esto era un duro trabajo; pero una sola cosa endulza todo lo que nos ha hecho sufrir, que nadie os ha amado con un amor más grande que yo, de quien os veréis en adelante privadas hasta el fin de vuestra vida.» Y los tres se mantenían abrazados y lloraban con sollozos. Cuando hubieron cesado de lamentarse y de gritar, cuando se hubo hecho el silencio, una voz repentinamente extendida le llamó, la cual nos sobrecogió á todos de terror, y los cabellos se nos erizaron en la cabeza. Y era un dios quien le llamaba, y le llamaba mil veces: «¡Hola! ¡hola! Edipo, ¿qué tardamos? ¡Ya te retardas!» En cuanto hubo oído al Dios que le llamaba, pidió que el Rey de esta tierra, Teseo, fuese á él, y, cuando hubo venido, dijo: «¡Oh persona querida, da tu mano á mis hijas en prenda de una fe que durará siempre; y vosotras, ¡oh hijas! dadle la vuestra en cambio! Empéñame tu fe de que no las traicionarás nunca voluntariamente y de hacer siempre por ellas todo lo que

medites en tu benevolencia.» Y Teseo, sin lamentarse, tal como un hombre de buen linaje, prometió con juramento lo que le era pedido por el extranjero. En cuanto hubo jurado, Edipo, con sus brazos inciertos, rodeó á su hija y dijo: «¡Oh hija! Es preciso soportar esto con alma valerosa y abandonar este lugar, para no ver y no oir las cosas prohibidas. Partid prontamente, y que sólo Teseo se quede, porque esto concierne á él solo, y es necesario que lo conozca.» Habiéndole todos oído hablar así, partimos con las doncellas, lamentándonos y llorando. Después de habernos alejado un poco, miramos y vimos que el hombre había desaparecido y que el Rey tenía la mano delante de su faz y sus ojos, como ante el aspecto de una cosa terrible cuya vista no podía sostener. Y, después de poco tiempo, le vimos, prosternándose, venerar la tierra y el Olimpo de los Dioses. ¿De qué manera ha perecido el hombre? Ningún mortal lo dirá, si no es la persona de Teseo. En efecto, no le ha acabado el rayo flameante de Zeus, ni alguna tempestad del mar; sino que un enviado de los Dioses le ha llevado, ó los abismos amigos y tenebrosos de la tierra en que están los muertos se han abierto para él. Y ha partido sin gemidos y sin dolores, y ninguno de los mortales ha muerto de una manera más extraña. Si alguien juzga que digo cosas insensatas, no intentaré persuadirle.

El coro

¿Dónde están las jóvenes y los amigos que las han llevado?

El mensajero

No lejos de aquí. El rumor de sus lamentos indica que se acercan.

Antígona

Estrofa I

¡Ay! ¡Cuán permitido nos es, desgraciadas, gemir sobre la sangre impía que tenemos de nuestro padre! Por él es por quien, habiendo ya sufrido tantos males en otro tiempo, sufrimos al fin éstos, más grandes que todos, que vemos y experimentamos.

El coro

¿Qué hay?

ANTÍGONA

No se podría imaginar esto, amigos.

EL CORO

¿Ha muerto?

ANTÍGONA

De la mejor muerte que se pueda desear. En efecto, ni Ares se ha precipitado sobre él, ni el mar; sino que las comarcas subterráneas que los ojos no pueden ver le han tragado por un destino misterioso. ¡Desgraciada! Una noche funesta oscurece nuestros ojos. ¿A qué tierra lejana, á qué mar agitado iremos, errantes, á vivir una vida lamentable?

ISMENA

No sé. ¡Que el sangriento Ades me lleve con mi padre! La vida que me queda no es vida.

EL CORO

¡Oh las más excelentes de las hijas! Puesto que un dios os concede algo de dicha, no os entreguéis á un dolor demasiado grande. No debéis acusar á vuestro destino.

ANTÍGONA

Antistrofa 1

¡Llega uno, pues, á echar de menos sus males! Lo que no es dulce para nadie era dulce para mí cuando le sostenía con mis manos. ¡Oh padre, oh querido padre! ¡Oh tú que estás envuelto por las eternas tinieblas de la tierra, no dejarás nunca de ser amado por mí y por ésta!

EL CORO

Ha tenido...

ANTÍGONA

Lo que ha querido.

EL CORO

¿Pues?

ANTÍGONA

Ha muerto en tierra extranjera, lo que deseaba; tiene bajo tierra un lecho cubierto por una sombra eterna, y no ha muerto no llorado, porque mis ojos, ¡oh padre! no cesarán jamás de verter lágrimas, y jamás tu pesar amargo me abandonará, porque has muerto abandonado por mí.

ISMENA

¡Oh desgraciada! ¿Qué destino nos espera, ¡oh querida! así privadas de nuestro padre?

EL CORO

Puesto que el último día de su vida ha sido feliz, cesad de gemir, ¡oh queridas! Nadie se ha librado de miserias.

ANTÍGONA

Estrofa II

Volvamos, querida.

ISMENA

¿Qué haremos?

ANTÍGONA

Me asalta el deseo...

ISMENA

¿De qué?

ANTÍGONA

...de ver el altar subterráneo...

ISMENA

¿De quién?

ANTÍGONA

...de mi padre. ¡Oh desgraciada!

ISMENA

¿No ves que está prohibido acercarse á él?

ANTÍGONA

¿Qué me respondes ahí?

ISMENA

Y luego...

ANTÍGONA

¿Qué es todavía?

ISMENA

...no tiene tumba y no ha sido llevado por nadie.

ANTÍGONA

¡Llévame, y mátame sobre él!

ISMENA

¡Oh desdichadísima de mí! Abandonada y careciendo de todo, ¿adónde llevar mi miserable vida?

EL CORO

Antistrofa II

Queridas, no temáis nada.

ANTÍGONA

¿Dónde me refugiaré?

EL CORO

Ya os ha dejado libres...

ANTÍGONA

¿Quién?

EL CORO

...la desgracia que os ha amenazado.

ANTÍGONA

Pienso...

EL CORO

¿Qué piensas?

ANTÍGONA

¿Cómo volver á nuestra morada? No sé.

EL CORO

No busques.

ANTÍGONA

¡Estoy agobiada de males!

EL CORO

Ya te agobiaban antes.

ANTÍGONA

Eran inextricables, lo son más todavía ahora.

EL CORO

Ciertamente, habéis caído en un ancho mar de males.

ANTÍGONA

¡Ay! ¡ay! ¿adónde iremos, oh Zeus? ¿Con qué esperanza nos convidará un dios ahora?

TESEO

Cesad de gemir, jóvenes. Es preciso no deplorar el favor subterráneo. Eso no está permitido.

ANTÍGONA

¡Oh hijo de Egeo! Caemos á tus plantas.

TESEO

¿Cuál es vuestro deseo, ¡oh jóvenes! para que yo lo satisfaga?

ANTÍGONA

Deseamos contemplar nosotras mismas la tumba de nuestro padre.

TESEO

Eso no está permitido.

ANTÍGONA

¿Qué dices, ¡oh Rey! jefe de los atenienses?

TESEO

¡Oh jóvenes! El me ha prohibido permitir á mortal alguno acercarse á ese lugar sagrado en que él está, ni invocar allí las Sombras. Me ha dicho que, si me conformaba con esas órdenes, conservaría siempre esta tierra dichosa y tranquila. Nuestro Genio sabe esto, y también el juramento de Zeus, él que todo lo oye.

ANTÍGONA

Si las cosas le placen así, es justo que nosotras obedezcamos. Envíanos, pues, á la antigua Tebas, para que nos opongamos á la muerte de nuestros hermanos, si podemos.

TESEO

Lo haré, así como todas las demás cosas que os sean útiles y que puedan agradar al que acaba de morir, porque no está bien que me desanime en esto.

EL CORO

Apaciguaos, pues, y no os lamentéis desmedidamente, porque todas esas cosas serán realizadas.

FIN DE «EDIPO EN COLONO»





IV

ANTÍGONA

Antígona.	Hemón.
Ismena.	Tiresias.
El coro.	Eurídice.
Creón.	Un enviado.
Un guardián.	

ANTÍGONA

¡Oh querida hermana Ismena! ¿sabes cuáles son los males procedentes de Edipo que Zeus no nos inflija, á nosotras que vivimos todavía? En efecto, no hay nada de cruel, de amargo, de vergonzoso y de infamante que no haya visto entre tus males y los míos. Y ahora, ¿qué edicto es ese reciente que el dueño de la ciudad ha impuesto á todos los ciudadanos? ¿Lo conoces? ¿Lo has oído? ¿O se te ocultan los males que se meditan contra nuestros amigos y que se suelen sufrir de parte de un enemigo?

ISMENA

Ninguna noticia de nuestros amigos, Antígona, ha llegado á mí, alegre ó triste, desde que nos hemos visto privadas de nuestros dos hermanos, muertos en un solo día, el uno por el otro. Habiéndose marchado esta noche el ejército de los argivos, no sé nada más que pueda hacerme más feliz ó más desgraciada.

ANTÍGONA

Bien lo sé; pero te he pedido que salgas de la morada, para que me oyeses tú sola.

ISMENA

¿De qué se trata? Manifiestamente, das vueltas á alguna cosa en tu espíritu.

ANTÍGONA

¿No ha decretado Creón los honores de la sepultura para uno de nuestros hermanos, negándolos indignamente al otro? Se dice que ha encerrado á Eteocles en la tierra, para que fuese honrado por los muertos; pero ha prohibido á los ciudadanos colocar en la tumba el mísero cadáver de Polinice muerto y llorarle. Y se le debe entregar, no sepultado, no llorado, como presa á las aves carnívoras, á quienes este pasto es agradable. Se dice que el buen Creón ha decretado esto por ti y por mí, ciertamente, por mí, y que va á venir acá para anunciarlo claramente á los que lo ignoren. Y no piensa que ello sea una cosa vana. El que obre contra ese decreto deberá ser lapidado por el pueblo, en la ciudad. He aquí lo que te amenaza, y antes de poco demostrarás si eres bien nacida ó si eres la cobarde hija de irreprochables padres.

ISMENA

¡Oh desventurada! Si ello es así, ¿á qué me he de resolver?

ANTÍGONA

¡Mira si quieres obrar de concierto conmigo y ayudarme!

ISMENA

¿Qué meditas? ¿Cuál es tu pensamiento?

ANTÍGONA

¿Quieres arrebatar el cadáver juntamente conmigo?

ISMENA

¿Piensas darle sepultura, cuando eso está prohibido á los ciudadanos?

ANTÍGONA

Ciertamente, daré sepultura á mi hermano que es el tuyo, si tú no quieres hacerlo. Jamás se me acusará de traición.

ISMENA

¡Oh desdichada! ¿No obstante que Creón lo ha prohibido?

ANTÍGONA

No tiene él ningún derecho para rechazarme lejos de los míos.

ISMENA

¡Ay! Piensa, ¡oh hermana! que nuestro padre ha muerto aborrecido y despreciado, y que, habiendo conocido sus impías acciones, se arrancó los dos ojos con su propia mano; que la que llevaba el doble nombre de su madre y de su esposa se libertó de la vida con ayuda de un lazo terrible; y que nuestros dos hermanos, en fin, en un mismo día, matándose ellos mismos, ¡los infortunados! se han dado la muerte el uno al otro. Ahora que ambas nos vemos solas, piensa que deberemos morir más lamentablemente todavía, si, contra la ley, despreciamos la fuerza y el poder de los amos. Hay que pensar que somos mujeres, impotentes para luchar contra hombres, y que, sometidas á los que son los más fuertes, debemos obedecerles, hasta en cosas más duras. En cuanto á mí, habiendo pedido á las Sombras subterráneas que me perdonen, porque me veo constreñida por la violencia, cederé á los que poseen el poder, porque es insensato intentar nada más allá de las fuerzas de cada uno.

ANTÍGONA

Nada pediré. Aunque quisieras obrar de acuerdo conmigo, no me serviría de buen grado de ti. Haz lo que quieras, pero yo le daré sepultura, y me será grato morir por ello. Habiendo cometido un delito piadoso, amada me ten-

deré junto al que me es amado; porque más tiempo tendré para agradar á los que están bajo tierra que á los que están aquí. Allí es donde estaré tendida para siempre. Pero tú desprecia á tu arbitrio lo que hay de más sagrado para los Dioses.

ISMENA

No lo desprecio, pero no me siento con fuerza para hacer nada contra la voluntad de los ciudadanos.

ANTÍGONA

Toma ese pretexto. Yo iré á elevar una tumba á mi hermano muy querido.

ISMENA

¡Ay! ¡Cuánto temo por ti, desgraciada!

ANTÍGONA

No temas nada por mí; no te inquietes mas que de lo que á ti se refiere.

ISMENA

No confíes al menos tu designio á nadie. Obra secretamente. Yo me callaré también.

ANTÍGONA

¡Ay! Habla en alta voz. Más odiosa me serás si te callas que si revelas esto á todos.

ISMENA

Tienes un corazón ardiente para lo que exige sangre fría.

ANTÍGONA

Complazco así, lo sé, á aquellos á quienes conviene que complazca.

ISMENA

Si puedes, sin embargo; pero intentas algo que es superior á tus fuerzas.

ANTÍGONA

Me detendré, pues, cuando no pueda hacer más.

ISMENA

Cuando las cosas están por encima de nuestras fuerzas, conviene no intentarlas.

ANTÍGONA

Si hablas así, te tomaré aborrecimiento y serás justamente odiosa á aquel que ha muerto. Antes bien, déjame afrontar lo que intento, porque, ciertamente, cualquier destino cruel que sufra, moriré con gloria.

ISMENA

Si ello te parece así, ¡ve! Sabe que eres insensata, pero amas sinceramente á tus amigos.

EL CORO

Estrofa I

¡Espléndida claridad! La más bella de las luces que hayan lucido sobre Tebas la de las siete puertas, al fin has aparecido por encima de las fuentes Dirceas. ¡Ojo de oro del día! Tú has rechazado y obligado á huir, soltando las riendas, al hombre del blanco escudo, que salió de Argos completamente armado, y que, alzándose contra nuestra tierra por la causa dudosa de Polinice, y profiriendo agudos gritos, se dejó caer aquí como un águila de ala de nieve, con innumerables armas y cascos cabelludos.

Antistrofa I

Más alto que nuestras moradas, estaba allí, devorador, por todas partes, con sus lanzas ávidas de matanza, en torno á las siete puertas; y se ha ido antes de haberse saciado de nuestra sangre, y antes de que Hefesto resinoso se haya apoderado de nuestras torres almenadas; tanto ha estallado detrás de él el resentimiento de Ares, invencible para el Dragón enemigo. Porque Zeus aborrece la impudencia de una lengua orgullosa, y, habiéndoles visto precipitarse impetuosamente, muy altivos con su oro estridente, ha derribado, lanzando el rayo, al que se preparaba á proferir el grito de la victoria en la cima de nuestras murallas.

Estrofa II

Derribado, cayó, retumbando contra la tierra y llevando

el fuego, él que, anteriormente, ebrio de un furor insensato, tenía el soplo de los vientos más terribles. Y Ares, grande é impetuoso, desvió estos males y les infligió otros, poniendo á todos en desorden. Y los siete jefes, alzados en las siete puertas contra otros siete, dejaron sus armas de bronce á Zeus que pone en fuga, excepto esos dos desgraciados que, nacidos del mismo padre y de la misma madre, se han herido el uno al otro con sus lanzas y han recibido una muerte común.

Antistrofa II

Pero Nica, la de ilustre nombre, ha venido á sonreir á Tebas la de carros innumerables. ¡Olvidemos, pues, esos combates, y llevemos coros nocturnos á todos los templos de los Dioses, y que Baco los conduzca, él que conmueve la tebana tierra! He aquí al rey del país, Creón Menecida. Viene á causa de los hechos recientes que han sido la voluntad de los Dioses, madurando algún proyecto, puesto que ha convocado esta asamblea de ancianos reunidos por un llamamiento común.

CREÓN

¡Hombres! Los Dioses han salvado por fin esta ciudad que habían combatido con tantas olas. Os he ordenado, por medio de emisarios, reuniros aquí, escogiéndoos entre todos, porque habéis, lo sé, honrado siempre el poder de Layo, y guardado la misma fe constante á Edipo cuando mandaba en la ciudad, y, muerto él, á sus hijos. Puesto que los dos han perecido en un mismo día, muertos el uno por el otro en una matanza mutua é impía, yo poseo ahora el poder y el trono, siendo el más próximo pariente de los muertos. El espíritu, el alma y los designios de un hombre no pueden ser conocidos antes de que haya manejado la cosa pública y aplicado las leyes. Cualquiera que rige la ciudad y no se conforma á los mejores principios, sino que reprime su lengua por temor, es el peor de los hombres; siempre lo he pensado y todavía lo pienso; y en modo alguno estimo al que prefiere un amigo á su patria. ¡Pongo por testigo á Zeus que ve todas las cosas! Yo no me callo cuando veo que una calamidad amenaza la salud de los ciudadanos, y jamás he profesado amistad á un enemigo de la patria; porque sé que la salud de la patria es lo que salva á los ciudadanos, y que no carecemos de amigos en tanto que ella está segura. Con tales pensamientos es como acrecen-

taré esta ciudad. Y he ordenado, por un edicto, que se encerrase en una tumba á Eteocles, que, combatiendo por esta ciudad, ha muerto bravamente, y que se le rindiesen los honores fúnebres debidos á las sombras de los hombres valientes. Pero, en cuanto á su hermano Polinice, que, vuelto del destierro, ha querido destruir por las llamas su patria y los Dioses de su patria, que ha querido beber la sangre de sus allegados y reducir á los ciudadanos á servidumbre, quiero que nadie le dé una tumba, ni le llore, sino que se le deje insepulto, y que sea ignominiosamente destrozado por las aves carnívoras y por los perros. Tal es mi voluntad. Los impíos no recibirán jamás de mí los honores debidos á los justos; pero cualquiera que sea amigo de esta ciudad, vivo ó muerto, será igualmente honrado por mí.

EL CORO

Te place obrar así, Creón, hijo de Meneceo, respecto al enemigo de esta ciudad y á su amigo. Todos, tantos cuantos somos, vivos ó muertos, estamos sometidos á tu ley, cualquiera que sea.

CREÓN

Velad, pues, para que el edicto sea respetado.

EL CORO

Confía ese cuidado á otros más jóvenes.

CREÓN

Ya hay guardianes del cadáver.

EL CORO

¿Qué nos ordenas, pues, además?

CREÓN

No permitir que se desobedezca.

EL CORO

Nadie es bastante insensato para desear morir.

CREÓN

Ciertamente, tal es la recompensa prometida; pero la esperanza de un lucro ha perdido á los hombres con frecuencia.

El guardián

Rey, no diré sin duda que he venido, jadeante, con paso rápido y apresurado. Me he retardado, presa de muchas inquietudes, y volviendo frecuentemente atrás en mi camino. En efecto, me he dicho no pocas veces: «¡Desdichado! ¿por qué correr á tu propio castigo? ¿Pero te detendrás, desventurado? Si Creón sabe esto por algún otro, ¿cómo escaparás de tu pérdida?» Dando vuelta á estas cosas en mi mente, he marchado con lentitud, de modo que el camino se ha hecho largo, aunque sea corto. Por fin, he resuelto venir á ti, y, aunque no refiera nada de cierto, hablaré, sin embargo. En efecto, vengo con la esperanza de no sufrir mas que lo que el destino ha decidido.

Creón

¿Qué es ello? ¿Por qué tienes inquieto el espíritu?

El guardián

Quiero ante todo revelarte lo que me concierne. Yo no he hecho eso ni he visto quién lo ha hecho. No merezco, pues, sufrir por ello.

Creón

Ciertamente, hablas con precaución y te preservas de todos los modos. Veo que tienes que anunciarme alguna cosa grave.

El guardián

El peligro inspira mucho temor.

Creón

¿No hablarás á fin de salir del paso, dicho el caso?

El guardián

Te diré todo. Alguien ha sepultado al muerto y se ha ido después de haber echado polvo seco sobre el cadáver y cumplido los ritos fúnebres con arreglo á la costumbre.

Creón

¿Qué dices? ¿Quién se ha atrevido á hacer eso?

El guardián

No lo sé, porque nada había sido cortado con la pala ni cavado con la azada. La tierra estaba dura, áspera, intacta, no surcada por las ruedas de un carro; y el que ha hecho la cosa no ha dejado huella. En cuanto el primer vigilante de la mañana nos hubo dado á conocer el hecho, éste nos pareció un triste prodigio. El muerto no aparecía visible, sin que estuviese encerrado bajo tierra, sin embargo, sino enteramente cubierto por un polvo ligero á fin de escapar á toda profanación. Y no había señal ninguna de bestia fiera ó de perro que hubiese venido y arrastrado el cadáver. Entonces, comenzamos á injuriarnos, cada guardián acusando al otro. Y la cosa hubiera acabado á golpes, porque nadie había allí para evitarlo, y todos parecían culpables; pero nada estaba probado contra nadie, y cada cual se justificaba del delito. Estábamos dispuestos á coger con las manos un hierro enrojecido, á atravesar las llamas, á jurar por los Dioses que no habíamos hecho nada, que no sabíamos ni quién había meditado el crimen, ni quién lo había cometido. En fin, como buscando no encontrábamos nada, uno de nosotros dijo una palabra que hizo que bajásemos todos la cabeza de terror; porque no podíamos ni contradecirla, ni saber si aquello se volvería felizmente para nosotros. Y esta palabra era que era preciso anunciarte la cosa y no ocultarte nada. Esta resolución prevaleció, y la suerte me ha condenado, á mí, infortunado, á traer esta gran noticia! Estoy aquí contra mi voluntad y contra la de todos vosotros. Nadie gusta de ser mensajero de desgracia.

El coro

Ciertamente, ¡oh Rey! estoy pensando hace rato: ¿no ha sido esto hecho por los Dioses?

Creón

Cállate, antes de que tus palabras hayan excitado mi cólera y para evitar ser tomado por viejo é insensato. Dices una cosa intolerable al decir que los Dioses se preocupan de ese muerto. ¿Le han concedido, pues, como á un bienhechor, el honor de la sepultura, á él que vino á quemar sus templos sostenidos por columnas y los dones sagrados, devastar su tierra y destruir sus leyes? ¿Ves á los Dioses honrar á los perversos? Eso no ocurre. Pero desde hace tiempo al-

gunos ciudadanos, soportando esto con pena, murmuraban contra mí, moviendo silenciosamente la cabeza; y no doblegaban el cuello bajo el yugo, como conviene, ni obedecían mis mandatos. Sé que han excitado con una recompensa á estos guardianes á hacer eso; porque el dinero es la más funesta de las invenciones de los hombres. Devasta las ciudades, arroja á los hombres de sus casas y pervierte á los espíritus prudentes, para impulsarles á las acciones vergonzosas; enseña las astucias á los hombres y les acostumbra á todas las impiedades. Pero los que han hecho eso por una recompensa no se han atraído mas que castigos ciertos. Si el respeto á Zeus es aún poderoso sobre mí, sabedlo seguramente: digo y juro que, si no traéis ante mí al autor de ese enterramiento, no solamente seréis castigados de muerte, sino colgados vivos, en tanto que no hayáis revelado quién ha cometido ese crimen; aprenderéis para en adelante dónde es preciso buscar el lucro deseado, y que no se le debe obtener por todos los medios; porque muchos son más bien perdidos que salvados por los lucros vergonzosos.

EL GUARDIÁN

¿Permites que hable de nuevo, ó he de volverme?

CREÓN

¿No sabes que me hieres con tus palabras?

EL GUARDIÁN

¿Ha sido herido tu oído ó tu alma?

CREÓN

¿Para qué tratas de saber dónde está mi mal?

EL GUARDIÁN

El que ha cometido el crimen hiere tu alma, y yo hiero tu oído.

CREÓN

¡Ah! Tú has nacido para mi desgracia.

EL GUARDIÁN

En verdad, yo no he cometido el crimen.

CREÓN

Tú has dado la vida por el afán del dinero.

EL GUARDIÁN

¡Ah! Es una desgracia, cuando se sospecha, sospechar falsamente.

CREÓN

Argumenta tanto como quieras contra la sospecha, pero si no reveláis quiénes han hecho eso, aprenderéis, habiéndolo experimentado, que los males son engendrados por las ganancias inicuas.

EL GUARDIÁN

En verdad, deseo ardientemente que se encuentre al culpable; pero, sea ó no descubierto, y al destino toca decidir de ello, no me verás volver aquí. Efectivamente, salvado ahora contra lo que esperaba y creía, debo dar mil gracias á los Dioses.

EL CORO

Estrofa I

Muchas cosas son admirables, pero nada es más admirable que el hombre. Es llevado por el Noto tempestuoso á través del sombrío mar, en medio de las olas que braman en torno suyo; domina, de año en año, bajo las cortantes rejas del arado, á la más poderosa de las Diosas, Gea, inmortal é infatigable, y la voltea con ayuda del caballo.

Antistrofa I

El hombre, lleno de destreza, envuelve, en sus redes de cuerdas construídas, la raza de las ligeras aves y las bestias salvajes y la generación marina del mar; y esclaviza con sus ardides la bestia feroz de las montañas; y pone bajo el yugo al caballo de largas crines y al infatigable toro montaraz, y les obliga á doblegar el cuello.

Estrofa II

El se ha dado la palabra y el pensamiento rápido y las leyes de las ciudades, y ha puesto sus moradas al abrigo de

las heladas y de las enfadosas lluvias. Ingenioso en todo, no carece jamás de previsión en lo que concierne al porvenir. No hay mas que el Hades á que no pueda escapar, pero ha encontrado remedios para las peligrosas enfermedades.

Antistrofa II

Más inteligente en invenciones diversas que se podía esperar, hace tan pronto el bien como el mal, violando las leyes de la patria y el derecho sagrado de los Dioses. El que sobresale en la ciudad merece ser arrojado de ella, cuando, por audacia, obra vergonzosamente. ¡Que yo no tenga ni el mismo techo ni los mismos pensamientos que el que así procede! Por un prodigio increíble, ésta no puede ser Antígona, bien que sea ella la que veo. ¡Oh desgraciada hija del desgraciado Edipo! ¿qué sucede? ¿Te traen éstos por haber menospreciado la ley real y haber osado una acción insensata?

El guardián

Esta ha cometido el crimen. La hemos cogido dando sepultura al cadáver. Pero ¿dónde está Creón?

El coro

Hele aquí que sale de la morada, y oportunamente.

Creón

¿Qué es eso? ¿Qué ha sucedido que hace oportuna mi venida?

El guardián

Rey, los mortales no deben negar nada con juramento, porque un segundo pensamiento desmiente al primero. No hubiera creído ciertamente que debiese jamás volver aquí, turbado como estaba por tus amenazas; pero la alegría que llega inesperada é imprevista no puede ser sobrepujada por ninguna otra dicha. Vuelvo, pues, habiendo abjurado mi juramento y trayendo aquí á esta joven que ha sido sorprendida preparando la sepultura. En esto la suerte no ha sido interrogada, sino que soy yo solo quien tiene el mérito de la acción, y no otro. Y ahora, rey, puesto que la he prendido, interrógala y convéncela, como te plazca. Pero yo estoy absuelto y justamente librado del castigo.

CREÓN

¿Cómo y dónde has prendido á ésta que traes?

EL GUARDIÁN

Estaba sepultando al hombre. Ya lo sabes todo.

CREÓN

¿Comprendes lo que dices, y dices verdad?

EL GUARDIÁN

La he visto sepultando el cadáver que habías prohibido sepultar. ¿He hablado con bastante franqueza y claridad?

CREÓN

¿Y cómo ha sido vista y sorprendida cometiendo el delito?

EL GUARDIÁN

Ello ha ocurrido así. En cuanto hubimos vuelto, llenos de terror á causa de tus terribles amenazas, después de haber quitado todo el polvo que cubría el cuerpo y haberle dejado al desnudo todo putrefacto, nos sentamos en la cima de las colinas, contra el viento, para huir del hedor y á fin de que no nos alcanzase, y nos excitábamos el uno al otro con injurias, en cuanto uno de nosotros descuidaba vigilar. Así seguimos hasta la hora en que el círculo de Helios se detuvo en medio del Eter y su ardor quemó. Entonces un brusco torbellino, levantando una tempestad sobre la tierra y oscureciendo el aire, llenó la llanura y despojó todos los árboles de su follaje, y el gran Eter fué envuelto por una espesa polvareda. Y, cerrados los ojos, aguantábamos aquella tempestad enviada por los Dioses. Al fin, después de largo tiempo, cuando el huracán se hubo apaciguado, vimos á esta joven que con aguda voz se lamentaba, tal como el ave desolada que encuentra el nido vacío de sus hijos. Del mismo modo ésta, en cuanto vió el cadáver desnudo, prorrumpió en lamentos é imprecaciones terribles contra los que habían hecho aquello. De pronto, llevó polvo seco, y, con ayuda de un vaso de bronce forjado al martillo, honró al muerto con una triple libación. Habiéndola visto, nos hemos lanzado y la hemos cogido bruscamente, sin que ella se asustase por

ello. Y la hemos interrogado sobre la acción ya cometida y sobre la más reciente, y no ha negado nada. Y esto me ha complacido y me ha entristecido al mismo tiempo; porque, si es muy dulce escapar de la desgracia, es triste llevar á ella á los amigos. Pero todo es de menor precio que mi propia salud.

CREÓN

Y tú que inclinas la cabeza hacia la tierra, yo te hablo: ¿confiesas ó niegas haber hecho eso?

ANTÍGONA

Lo confieso, no niego haberlo hecho.

CREÓN

En cuanto á ti, ve adonde quieras; absuelto estás de ese delito. Pero tú, respóndeme en pocas palabras y brevemente: ¿conocías el edicto que prohibía eso?

ANTÍGONA

Lo conocía. ¿Cómo había de ignorarlo? Es conocido de todos.

CREÓN

¿Y siendo así, te has atrevido á violar esas leyes?

ANTÍGONA

Es que no las ha hecho Zeus, ni la Justicia que está sentada al lado de los Dioses subterrános. Y no he creído que tus edictos pudiesen prevalecer sobre las leyes no escritas é inmutables de los Dioses, puesto que tú no eres mas que un mortal. No es de hoy, ni de ayer, que ellas son inmutables; sino que son eternamente poderosas, y nadie sabe cuánto tiempo hace que nacieron. No he debido, por temor á las órdenes de un solo hombre, merecer ser castigada por los Dioses. Sabía que debo morir un día, ¿cómo no saberlo? aun sin tu voluntad, y si muero antes del tiempo, eso será para mí un bien, según pienso. Cualquiera que vive como yo en medio de innumerables miserias, ¿no obtiene provecho con morir? Ciertamente, el destino que me espera en nada me aflige. Si hubiese dejado insepulto el cadáver del hijo de mi madre, eso me hubiera afligido; pero lo que he

hecho no me aflige. Y si te parece que he procedido locamente, quizá soy acusada de locura por un insensato.

EL CORO

El espíritu inflexible de esta joven procede de un padre semejante á ella. No sabe ceder á la desgracia.

CREÓN

Sabe, sin embargo, que estos espíritus inflexibles son dominados con más frecuencia que otros. El hierro más sólidamente forjado al fuego y más duro es el que ves romperse con más facilidad. Yo sé que los caballos fogosos son reprimidos con el menor freno, porque no conviene tener un espíritu orgulloso á quien está en poder de otro. Esta sabía que obraba injuriosamente atreviéndose á violar leyes ordenadas; y ahora, habiendo llevado á cabo el delito, comete otro ultraje riéndose y gloriándose de lo que ha hecho. ¡Que no sea yo un hombre, que sea uno ella misma, si triunfa impunemente, habiendo osado una cosa tal! Pues, aunque haya nacido de mi hermana, aunque sea mi más próxima pariente, ni ella ni su hermana escaparán á la suerte más afrentosa, porque sospecho de esta última, no menos que de ella, que ha realizado ese enterramiento. Llamadla. La he visto en la morada, fuera de sí y como insensata. El corazón de los que urden el mal en las tinieblas suele denunciarles antes que todo. Ciertamente, odio al que, sorprendido en el delito, se precave con buenas palabras.

ANTÍGONA

¿Quieres hacer más que matarme, habiéndome prendido?

CREÓN

Nada más. Teniendo tu vida, tengo todo lo que quiero.

ANTÍGONA

¿Qué tardas, pues? De todas tus palabras ninguna me agrada, ni me podría agradar nunca, y, del mismo modo, ninguna de las mías te agrada más. ¿Puedo apetecer una gloria más ilustre que la que he adquirido colocando á mi hermano bajo tierra? Todos éstos dirían que he hecho bien,

si el terror no les cerrase la boca; pero, entre todas las felicidades sin cuento de la tiranía, posee el derecho de decir y hacer lo que le place.

CREÓN

Eres la única, entre todos los cadmeos, que así piensa.

ANTÍGONA

Piensan de igual manera, pero comprimen su boca por complacerte.

CREÓN

¿No tienes, pues, vergüenza de no hacer como ellos?

ANTÍGONA

¡No, por cierto! Porque no hay vergüenza alguna en honrar á los parientes.

CREÓN

¿No era tu hermano también el que sucumbió empuñando las armas por una causa opuesta?

ANTÍGONA

De la misma madre y del mismo padre.

CREÓN

¿Por qué, pues, honrando á aquél, te muestras impía para con éste?

ANTÍGONA

El que está muerto no daría ese testimonio.

CREÓN

Lo haría sin duda, puesto que honras al impío tanto como á él.

ANTÍGONA

Polinice murió siendo su hermano y no su esclavo.

CREÓN

Murió devastando esta tierra, mientras que el otro combatía valientemente por ella.

ANTÍGONA

Ades aplica á todos las mismas leyes.

CREÓN

Pero el bueno y el malo no reciben el mismo trato.

ANTÍGONA

¿Quién puede saber si ello es así en el Hades?

CREÓN

Jamás un enemigo, aun muerto, se mira como un amigo.

ANTÍGONA

Yo he nacido, no para un odio mutuo, sino para un mutuo amor.

CREÓN

Si tu naturaleza es de amar, ve entre los muertos y ámalos. Mientras yo viva, no mandará una mujer.

EL CORO

He ahí, ante las puertas, á Ismena, que vierte lágrimas por causa de su hermana. La nube que cae de sus cejas altera su rostro, que se enrojece, y surca de lágrimas sus bellas mejillas.

CREÓN

¡Hola! ¡Tú, que has entrado secretamente en mi morada, como una víbora, para beber toda mi sangre, porque yo no sabía que alimentaba dos calamidades, dos pestes de mi trono, ven! Habla al fin: ¿confesarás que has ayudado á ese sepelio, ó jurarás que lo ignorabas?

ISMENA

Yo he cometido ese delito, si ésta, por su parte, lo confiesa. He participado en el hecho y en el delito.

ANTÍGONA

La justicia no consiente esto, porque tú no has querido obrar y yo no he hecho nada en común contigo.

ISMENA

Pero yo no tengo vergüenza, en tu desgracia, de compartir tu suerte.

ANTÍGONA

Ades y las sombras saben quién ha hecho eso. Yo no amo á quien no me ama sino con palabras.

ISMENA

Yo te suplico, hermana, que no desdeñes que muera contigo por haber cumplido legítimos deberes con el muerto.

ANTÍGONA

No morirás conmigo y no tendrás el honor que no has merecido. Basta que muera yo.

ISMENA

¿Cómo puede la vida serme dulce sin ti?

ANTÍGONA

Pregúntalo á Creón, puesto que te has preocupado de él.

ISMENA

¿Por qué me afliges de ese modo sin provecho para ti?

ANTÍGONA

Ciertamente, me lamento de ridiculizarte así.

ISMENA

¿De qué modo puedo ayudarte ahora?

ANTÍGONA

Salva tu propia vida. No te envidio por escapar á la muerte.

ISMENA

¡Oh! ¡Desdichada de mí! No compartiré tu suerte.

ANTÍGONA

Tú has deseado vivir, y yo he deseado morir.

ISMENA

Mis consejos, al menos, no te han faltado.

ANTÍGONA

Hablas prudentemente para éstos, y yo parezco prudente á los muertos.

ISMENA

Pero esta falta pertenece á las dos.

ANTÍGONA

¡Cobra ánimo, vive! En cuanto á mí, mi alma ha partido ya y no sirve mas que á los muertos.

CREÓN

Creo que una de estas jóvenes ha perdido el sentido y la otra es insensata de nacimiento.

ISMENA

El sentido de los desgraciados ¡oh Rey! no sigue siendo lo que ha sido y cambia de naturaleza.

CREÓN

Ciertamente, el tuyo ha cambiado, puesto que quieres haber obrado mal á medias con los impíos.

ISMENA

¿Cómo podré vivir sola y sin ella?

CREÓN

No hables de ella, porque ya no existe.

ISMENA

¿Matarás, pues, á la prometida de tu propio hijo?

CREÓN

Se pueden fecundar otros senos.

ISMENA

Nada convenía más á uno y á otro.

CREÓN

Odio malas esposas para mis hijos.

ANTÍGONA

¡Oh queridísimo Hemón, cuán tu padre te ultraja!

CREÓN

Tú y tus nupcias son importunas para mí.

EL CORO

¿Privarás á tu hijo de ella?

CREÓN

Ades pondrá fin á estas nupcias.

EL CORO

Está resuelto, á lo que parece, que ha de recibir la muerte.

CREÓN

Te parece lo que á mí. ¡Que cese toda demora y llevadlas á la morada, esclavos! Conviene guardar estas mujeres con vigilancia y no dejarlas andar libremente, porque los audaces se escapan, cuando ven que el Hades está próximo.

EL CORO

Estrofa I

¡Dichosos los que han vivido al abrigo de los males! Cuando una morada, en efecto, ha sido herida por los Dioses, no falta, hasta su última generación, alguna desdicha á sus individuos. Del mismo modo, cuando la ola del mar, impulsada por los vientos tracios, recorre la oscuridad submarina, hace subir del fondo el cieno negro é hirviente, y las riberas que azota se llenan de clamores.

Antistrofa 1

Veo, desde tiempos antiguos, en la casa de los Labdácidas, las calamidades agregarse á las calamidades de los que han muerto. Una generación no salva de ellas á otra generación, sino que siempre algún dios la abruma y no le

deja ningún reposo. Una luz brillaba todavía, en la casa de Edipo, sobre el fin de su raza; pero he aquí que es segada, insensata y furiosa, por la hoz sangrienta de los Dioses subterráneos.

Estrofa II

¡Oh Zeus! ¿qué hombre orgulloso puede reprimir tu poder, que no es dominado ni por el sueño amo de todas las cosas, ni por los años infatigables de los Dioses? ¡Sin jamás envejecer, reinas eternamente en el esplendor del flamígero Olimpo! Una ley, en efecto, prevalecerá siempre, como siempre ha prevalecido entre los hombres.

Antistrofa II

La Esperanza engañosa es útil á los mortales, pero frustra los deseos de muchos. Ella les excita al mal, sin que lo sepan, antes de que hayan puesto el pie sobre el fuego ardiente. No sé quién ha dicho esta sentencia célebre: «Aquel á quien un dios empuja á su pérdida, toma con frecuencia el mal por el bien, y no se ve garantizado de la ruina sino por muy poco tiempo.» Pero he aquí á Hemón, el último de tus hijos. ¿Vienè, lamentándose por el destino de Antígona, afligido á causa del lecho nupcial que se le rehusa?

CREÓN

Bien pronto lo sabremos y con más seguridad que adivinos. ¡Oh hijo! ¡Habiendo sabido la sentencia irrevocable que se ha pronunciado contra tu prometida, ¿vienes como enemigo de tu padre? ¿O, cualquiera cosa que hagamos, te somos caros?

HEMÓN

Padre, yo te pertenezco; tú me diriges con tus sabios consejos, y yo los sigo. El deseo de unión alguna será más poderoso sobre mí que tu sabiduría.

CREÓN

Ciertamente, ¡oh hijo! conviene que abrigues en el corazón la idea de poner la voluntad de tu padre ante todas las cosas. Si los hombres desean tener hijos en su morada, es para que venguen á su padre de sus enemigos y honren á sus amigos tanto como él mismo. Pero el que tiene hijos inútiles, ¿qué decir de él, sino que ha engendrado su propia injuria

y lo que le entrega como objeto de escarnio á sus enemigos? Ahora, ¡oh hijo! vencido por la voluptuosidad, no sacrifiques tu sabiduría á una mujer. Sabe bien que es helado el abrazo de la mujer perversa que tiene uno en su casa por compañera de su lecho. ¿Qué mayor miseria, en efecto, que un mal amigo? Desdeña, pues, á esta joven, como á una enemiga, y déjala desposarse en la morada de Ades. Después de haberla sorprendido, única entre todos los ciudadanos, desobedeciendo á mis órdenes, no pasaré por embustero ante la ciudad; la mataré. ¡Que implore á Zeus, protector de la familia! Si dejo hacer á los que son de mi sangre, ¿qué será en cuanto á los extraños? El que es equitativo en las cosas domésticas, equitativo se mostrará también en la ciudad; pero el que viola insolentemente las leyes y piensa mandar á sus jefes, no será alabado por mí. Es preciso obedecer á aquel á quien la ciudad ha tomado por dueño, en las cosas pequeñas ó grandes, justas ó inicuas. No dudaré jamás de un hombre semejante: mandará bien y se dejará mandar. En cualquier lugar en que esté colocado, en la tormenta del combate, allí permanecerá con lealtad y sostendrá valientemente á sus compañeros. No hay peor mal que la anarquía: arruina las ciudades, deja las moradas desiertas, impulsa, en el combate, las tropas á la huída; mientras que la obediencia constituye la salud de todos los que son disciplinados. Así, las reglas estables deben ser defendidas, y es preciso no ceder en modo alguno á una mujer. Más vale, si ello es necesario, retroceder ante un hombre, para que no se diga que estamos por debajo de las mujeres.

EL CORO

A menos que nos engañemos á causa de nuestra vejez, nos parece que hablas cuerdamente.

HEMÓN

Padre, los Dioses han dado á los hombres la razón, que es, para todos, tantos cuantos existimos, la riqueza más preciosa. En cuanto á mí, no puedo ni pensar, ni decir que no has hablado bien. Sin embargo, otras palabras serían discretas también. En efecto, yo sé naturalmente, antes de que tú lo sepas, lo que cada cual dice, hace ó censura, porque tu aspecto hiere al pueblo de terror, y calla lo que no oirías de buena gana. Pero á mí me es dado oir lo que se dice en secreto y saber cuánto lamenta la ciudad la suerte de esta

joven, digna de las mayores alabanzas por lo que ha hecho, y que, de todas las mujeres, es la que ha merecido menos morir miserablemente. La que no ha querido que su hermano muerto en el combate, y no sepultado, sirviese de pasto á los perros comedores de carne cruda y á las aves carnívoras, ¿no es digna de un premio de oro? Tal es el rumor que corre en la sombra. Padre, nada me interesa más que tu feliz destino. ¿Qué mayor gloria hay para unos hijos que la prosperidad de su padre, ó para un padre que la de sus hijos? No tengas, pues, el pensamiento de que no hay más palabras que las tuyas que sean discretas. En efecto, cualquiera que se imagine que sólo él es sabio, y que nadie le iguala por el alma y por la lengua, está lo más frecuentemente vacío cuando se le examina. No es vergonzoso para un hombre, por sabio que sea, aprender mucho y no resistir desmedidamente. Mira cómo los árboles, á lo largo de los cursos de agua hinchados por las lluvias invernales, se doblegan para conservar sus ramas, mientras que todos los que resisten mueren desarraigados. Del mismo modo, el navegante que hace con resolución frente al viento y no cede, ve su nave volcada y flota sobre los bancos de remeros. Apacíguate, pues, y cambia de resolución. Si puedo juzgar de ello, aunque sea joven, digo que lo mejor para un hombre es poseer una abundante sabiduría; si no—porque lo frecuente no es que ocurra así—, es bueno creer á sabios consejeros.

EL CORO

Rey, si ha hablado bien, es justo que te dejes instruir, y tú por tu padre, porque vuestras palabras son buenas para ambos.

CREÓN

¿Hemos de aprender la sabiduría, á nuestra edad, de un hombre tan joven?

HEMÓN

No escuches nada que no sea justo. Si soy joven, conviene que consideres mis acciones, no mi edad.

CREÓN

¿Es preciso, pues, honrar á los que no obedecen á las leyes?

HEMÓN

Ciertamente, yo no seré jamás causa de que honres á los malvados.

CREÓN

¿No ha sido ésta atacada por ese mal?

HEMÓN

Todo el pueblo de Tebas lo niega.

CREÓN

¿De ese modo, la ciudad me prescribirá lo que debo querer?

HEMÓN

¿No ves que tus palabras son las de un hombre todavía demasiado joven?

CREÓN

¿Está sometida esta tierra al poder de otro, y no al mío?

HEMÓN

No hay ciudad que sea de un solo hombre.

CREÓN

¿No está la ciudad obligada á pertenecer á quien la manda?

HEMÓN

Ciertamente, reinarías muy bien solo en una tierra desierta.

CREÓN

Combate, á lo que parece, por esta mujer.

HEMÓN

Si tú eres mujer, porque yo me tomo interés por ti.

CREÓN

¡Oh el peor de todos los hombres! ¿es ello abogando contra tu padre?

HEMÓN

Te veo, en efecto, flaquear contra la justicia.

CREÓN

¿Flaqueo, pues, respetando mi propio poder?

HEMÓN

No lo respetas hollando los derechos de los Dioses.

CREÓN

¡Oh corazón impío y dominado por una mujer!

HEMÓN

Jamás podrás acusarme de ser dominado por vergonzosos pensamientos.

CREÓN

Sin embargo, todas tus palabras son por ella.

HEMÓN

Por ti, por mí y por los Dioses subterráneos.

CREÓN

Jamás la desposarás viva.

HEMÓN

Morirá, pues, y su muerte matará á alguno.

CREÓN

¿Eres audaz hasta el punto de amenazarme?

HEMÓN

¿Censurar cosas insensatas es amenazar?

CREÓN

Trabajo te ha de costar instruirme, siendo insensato tú mismo.

HEMÓN

Si no fueses mi padre, diría que deliras.

CREÓN

Esclavo de una mujer, ahórrame tu charla.

HEMÓN

¿Quieres hablar siempre y no escuchar nada?

CREÓN

¿Sí? Pongo por testigo al Olimpo de esto, sábelo bien, no te regocijarás de haberme insultado. ¡Traed aquí á la que aborrezco, para que muera al punto ante su prometido, á su lado, bajo sus ojos!

HEMÓN

¡No, por cierto, delante de mí! No, no lo creas. No morirá jamás delante de mí, y jamás asimismo volverás á verme con tus ojos, para que puedas delirar en medio de tus amigos que consienten en esto.

EL CORO

Este hombre se va lleno de cólera, ¡oh Rey! En semejante espíritu, un dolor ardiende y cruel es cosa temible.

CREÓN

Que se vaya, y que haga ó medite hacer más de lo que puede un hombre: no librará á estas jóvenes de su suerte.

EL CORO

¿Destinas, pues, á ambas á la muerte?

CREÓN

No á la que no ha tocado el cadáver. Me has advertido bien.

EL CORO

¿Por qué suplicio has decidido que perezca la otra?

CREÓN

La llevaré á un lugar no hollado por los hombres, la encerraré viva en un antro de piedra, con tan poco alimento como es preciso para la expiación, para que la ciudad no sea mancillada por su muerte. Allí, por sus plegarias, obtendrá quizá de Ades, el único de los Dioses á quien

honra, no morir, y entonces aprenderá al fin cuán vana es la tarea de honrar al Hades.

EL CORO

Estrofa I

¡Ero, invencible Ero, que te dejas caer sobre los poderosos, que reposas sobre las mejillas delicadas de la joven doncella, que te trasladas al otro lado de los mares y á los establos agrestes, ninguno de los Inmortales puede huir de ti, ni ninguno de los hombres que viven pocos días; pero el que te posee se llena de furor!

Antistrofa I

Tú arrastras á la iniquidad los pensamientos de los justos y empujas á la disensión á los hombres de la misma sangre. El encanto apetecible que resplandece en los ojos de una joven alcanza la victoria y prevalece sobre las grandes leyes. La diosa Afrodita es invencible y se ríe de todo. Y yo mismo, ante esto, infrinjo lo que es lícito y no puedo contener las fuentes de mis lágrimas, cuando veo á Antígona avanzar hacia el lecho adonde todos van á dormir.

ANTÍGONA

Estrofa II

Vedme, ¡oh ciudadanos de la tierra de mi patria! haciendo mi último camino y mirando el último resplandor del día para no mirarlo ya jamás. Ades, que todo lo sepulta, me lleva viva hacia el Aqueronte, sin que haya conocido las nupcias, sin que el himno nupcial me haya cantado, porque tomaré al Aqueronte por esposo.

EL CORO

Así, ilustre y alabada, vas á los retiros de los muertos, no consumida y marchitada por las enfermedades, no entregada como botín de guerra; sino que, única entre los mortales, libre y viva, desciendes á la morada de Ades.

ANTÍGONA

Antistrofa II

Por cierto, he oído decir que la frigia extranjera, hija de Tántalo, murió muy desgraciada en la cumbre del Sipilo,

donde el crecimiento de la piedra la envolvió, habiéndola estrechado rígidamente como una hiedra. Jamás las lluvias ni las nieves la abandonan mientras que ella se deshace, y siempre está bañando su cuello con las lágrimas de sus ojos. Un dios va á dormirme como á ella.

EL CORO

Pero esa era Diosa y venía de una raza divina, y nosotros somos mortales y venimos de una raza mortal; pero es glorioso, para quien va á morir, sufrir una suerte semejante á la de los Dioses.

ANTÍGONA

Estrofa III

¡Ay! Se ríen de mí. ¡Por los Dioses de la patria! ¿por qué abrumarme de ultrajes, no habiendo muerto todavía y bajo vuestros ojos? ¡Oh ciudad, oh riquísimos ciudadanos de la ciudad, oh fuentes Dirceas, oh bosques sagrados de Tebas excelentes en carnes, yo os pongo por testigos á todos á la vez! Así, no llorada por mis amigos, herida por una ley inicua, voy hacia esta prisión sepulcral que será mi tumba. ¡Ay de mí! ¡Desdichada! ¡No habitaré ni entre los vivos ni entre los muertos!

EL CORO

En tu extrema audacia, has tropezado con el alto asiento de Dica, ¡oh hija mía! Tú expías algún crimen paterno.

ANTÍGONA

Antistrofa III

Has tocado á mis dolores más amargos, á la suerte bien conocida de mi padre, á los desastres de toda la raza de los ilustres Labdácidas. ¡Oh calamidad de las maternas nupcias! ¡Oh abrazo de mi madre infortunada y de mi padre, ella que me concibió, y él, desventurado, que me engendró! Voy á ellos, cargada de imprecaciones y no desposada. ¡Oh hermano, gozaste de un himeneo funesto, y, muerto, me has matado!

EL CORO

Es piadoso honrar á los muertos; pero jamás es lícito no obedecer á quien dispone del poder. Tu espíritu inflexible es el que te ha perdido.

ANTÍGONA

No llorada, sin amigos y virgen, hago mi último camino. No miraré más el ojo sagrado de Helios, ¡oh desdichada! Ningún amigo se lamentará, ni llorará por mi destino.

CREÓN

¿No sabéis que, si los cantos y las quejas pudieran aprovechar á los que van á morir, nadie tendría fin? ¿No la llevaréis con prontitud? Encerradla, como he ordenado, y dejadla sola, abandonada, en el sepulcro cubierto, para que muera allí, si quiere, ó viva sepultada. Así estaremos puros de toda mancha procedente de ella, y ella no podrá habitar más sobre la tierra.

ANTÍGONA

¡Oh sepulcro! ¡oh lecho nupcial! ¡oh excavado refugio que no abandonaré más, donde me uno á los míos, que Perséfone ha recibido, innumerables, entre los muertos! La última de ellos, y, ciertamente, por un fin mucho más miserable, me voy antes de haber vivido mi parte legítima de la vida. ¡Pero, al partir, abrigo la grandísima esperanza de ser bien acogida por mi padre, y por ti, madre, y por ti, hermano! Porque, muertos, os he lavado con mis manos, y adornado, y os he llevado las libaciones funerarias. Y ahora, Polinice, porque he dado sepultura á tu cadáver, recibo esta recompensa. Pero te he honrado, con aprobación de los prudentes. Jamás, si hubiese dado hijos á luz, jamás, si mi esposo se hubiera podrido muerto, hubiese hecho eso contra la ley de la ciudad. ¿Y por qué hablo así? Es que, habiendo muerto mi esposo, hubiese concebido de otro hombre; habiendo perdido un hijo, hubiese tenido otro; ¡pero de mi padre y de mi madre encerrados en la morada de Ades, jamás puede nacer para mí otro hermano alguno! Y, sin embargo, por eso, porque te he honrado por encima de todo, ¡oh hermano! es por lo que he hecho mal, según Creón, y por lo que le parezco muy culpable. Y me hace prender y llevar violentamente, virgen, sin himeneo, no habiendo tenido mi parte ni del matrimonio ni del alumbramiento. Sin amigos y miserable, voy á descender, viva, á la sepultura de los muertos. ¿Qué justicia de los Dioses he violado? ¿Pero de qué me sirve, desdichada, mirar todavía hacia los Dioses? ¿A cuál invocar en mi ayuda, si me llaman impía por haber obrado con piedad? Si los Dioses

aprueban esto, reconoceré la equidad de mi castigo; pero si estos hombres son inicuos, deseo que no sufran más males que los que injustamente me infligen.

El coro

Las agitaciones de su alma son siempre las mismas.

Creón

Por eso los que la llevan con tanta lentitud se arrepentirán de ello.

Antígona

¡Ay! Mi muerte está muy cerca de esta palabra.

El coro

No te recomendaré que te sosiegues, como si esta palabra hubiera de ser vana.

Antígona

¡Oh ciudad paterna de la tierra tebana! ¡Oh Dioses de mis antepasados! Soy conducida sin más demora. Ved, ¡oh jefes de Tebas! con qué males me agobian los hombres porque he honrado la piedad.

El coro

Estrofa 1

Dánae fué también condenada, en una prisión de bronce, á dejar de ver la luz urania, y sufrió el yugo, encerrada en aquel sepulcro, su cámara nupcial. Y, sin embargo, ¡oh hija mía! era de buen linaje y llevaba en su seno las semillas de oro de Zeus. Pero la fuerza de la Moira es ineluctable, y ni las riquezas, ni Ares, ni las torres, ni las negras naves combatidas por las olas escapan á ella.

Antistrofa 1

También fué cargado de cadenas el furioso hijo de Drías, aquel á quien Dionisos, á causa de su espíritu insolente, encerró en una prisión de piedra. Así se desvanece y se apacigua la fuerza terrible de la cólera. Y conoció al Dios á quien, en su demencia, había ofendido con palabras injuriosas; porque había querido refrenar á las mujeres furio-

sas, apagar las antorchas de Evio y ultrajar á las Musas que gustan de las flautas.

Estrofa II

Cerca de los mares Cianeos están las riberas del Bósforo y la inhospitalaria Salmideso de los tracios, donde Ares, que habitaba en las comarcas vecinas, vió la herida execrable de los dos Fineyadas, que había hecho su feroz madrastra, la cual les había arrancado los ojos, no con el hierro, sino con sus manos ensangrentadas y con ayuda de una lanzadera puntiaguda.

Antistrofa II

Y lloraban el destino de su madre y las nupcias de que habían nacido; porque ella descendía de la antigua raza de los Erectidas, y había sido criada en los antros apartados, en medio de las tempestades paternas, como hija que era de Bóreas y descendiente de los Dioses; y trepaba con pie seguro, á la manera de un caballo que corre, lo escarpado de las colinas. Sin embargo, las Moiras eternas la alcanzaron también, ¡oh hija mía!

TIRESIAS

Príncipes de Tebas, hemos venido juntos, viendo por los ojos de uno solo, porque es preciso que los ciegos sean conducidos para marchar.

CREÓN

¿Qué hay de nuevo, oh anciano Tiresias?

TIRESIAS

Ciertamente, te lo diré; pero obedece al adivino.

CREÓN

Todavía no he rechazado tus consejos.

TIRESIAS

Por eso has gobernado felizmente esta ciudad.

CREÓN

Puedo atestiguar que has venido en mi ayuda.

TIRESIAS

Sabe que estás de nuevo expuesto á otras desgracias.

CREÓN

¿Qué es ello? Tus palabras me llenan de temor.

TIRESIAS

Lo sabrás, cuando conozcas los indicios revelados por mi ciencia. Mientras estaba sentado en el antiguo lugar augural donde concurren todas las adivinaciones, he oído un ruido estridente de aves que gritaban de una manera siniestra y salvaje. Y se desgarraban unas á otras con sus uñas mortíferas. El batir de sus alas me lo reveló. Por eso, espantado, consulté á las víctimas sobre los altares encendidos. Pero Hefesto no se unía á ellas, y la grasa derretida de las piernas, absorbida por la ceniza, humeaba y chisporroteaba, y el hígado estallaba y se disipaba, y los huesos de las piernas yacían desnudos y húmedos de su vaina de grasa. Tal es la adivinación desdichada de ese sacrificio vano, y que he sabido por este muchacho, porque él es mi guía, como yo soy el de los demás. La ciudad sufre estos males por causa de tu resolución. En efecto, todos los altares y todos los hogares están llenos de los trozos arrancados por los perros y las aves carnívoras del cadáver del mísero hijo de Edipo. De manera que los Dioses no quieren acceder á las plegarias sagradas y á la llama de las piernas quemadas, y las aves, hartas de la sangre grasa de un cadáver humano, no dejan oir ningún grito augural. Piensa, pues, en esto, hijo. A todos ocurre flaquear; pero el que ha flaqueado no es ni falto de sentido ni desgraciado, si, habiendo caído en el error, se cura de él en lugar de persistir. La tenacidad es una prueba de inepcia. Perdona á un muerto, no hieras un cadáver. ¿Qué valentía hay en matar á un muerto? Yo te aconsejo por benevolencia hacia ti. Es muy dulce escuchar á un buen consejero, cuando enseña lo que es útil.

CREÓN

¡Oh ancianos! Todos, como arqueros al blanco, enviáis vuestras flechas contra mí. No he sido perdonado por los adivinos; he sido traicionado y vendido hace mucho tiempo por mis parientes. Obtened ganancias, adquirid el ámbar amarillo de los sardos y el oro indio, á vuestro antojo; pero

no pondréis á ese en la tumba. Aun cuando las águilas de Zeus llevaran hasta su trono los pedazos de ese pasto, no permitiría sepultarle, porque no temo esta mancha, sabiendo que las fuerzas de ningún mortal bastan para que pueda manchar á los Dioses. ¡Oh anciano Tiresias! Los hombres más hábiles caen con una caída vergonzosa, cuando, por el deseo de la ganancia, pronuncian con énfasis palabras vergonzosas.

TIRESIAS

¡Ay! ¿quién sabe, qué hombre piensa...?

CREÓN

¿Qué es eso? ¿Qué quieres decir con esas palabras banales?

TIRESIAS

¡Cuán por encima de todas las riquezas está la prudencia!

CREÓN

Tanto, pienso yo, como la demencia es la mayor de las desdichas.

TIRESIAS

Esa desdicha es, sin embargo, la tuya.

CREÓN

No quiero devolver á un adivino sus injurias.

TIRESIAS

Eso es lo que haces al decir que mis adivinaciones son falsas.

CREÓN

Toda la raza de los adivinos, en efecto, es amiga del dinero.

TIRESIAS

Y la raza de los tiranos gusta de las ganancias vergonzosas.

CREÓN

¿Sabes tú bien que hablas á tu dueño?

TIRESIAS

Ciertamente, lo sé, porque es con mi ayuda como has salvado á esta ciudad.

CREÓN

Eres un hábil adivino, pero gustas de las astucias inicuas.

TIRESIAS

Me obligas á revelar los secretos ocultos en mi mente.

CREÓN

Habla, pero no digas nada por el afán del lucro.

TIRESIAS

No creo haber hablado así en lo que te concernía.

CREÓN

Sabe que no me has de hacer cambiar de modo de pensar.

TIRESIAS

Sabe bien, á tu vez, que no se verificarán muchas revoluciones de las rápidas ruedas de Helios antes de que hayas pagado á los muertos con la muerte de alguno de tu propia sangre, por haber enviado bajo tierra un alma todavía viva, por haberla ignominiosamente encerrado viva en la tumba, y porque retienes aquí, lejos de los Dioses subterráneos, un cadáver no sepultado y no honrado. Y éste no pertenece ni á ti, ni á los Dioses uranios, y obras de ese modo con violencia. Por eso es por lo que las Erinnias vengadoras del Hades y de los Dioses subterráneos te arman asechanzas, para que sufras los mismos males. Mira si hablo así corrompido por el dinero. Antes de poco tiempo, los lamentos de hombres y mujeres estallarán en tus moradas. Semejante á un arquero, te envío seguramente estas flechas de cólera al corazón, porque me irritas, y no evitarás su herida aguda. Tú, hijo, vuélveme á mi morada, para que él extienda el furor de su alma contra otros más jóvenes, y aprenda á hablar con más moderación, y abrigue un pensamiento mejor que el que tiene ahora.

EL CORO

¡Oh Rey! Este hombre se va, habiendo predicho terribles

cosas. Y sabemos, desde que nuestros cabellos negros se volvieron blancos, que no ha profetizado nunca nada falso á esta ciudad.

CREÓN

Lo sé yo mismo, y estoy turbado en mi espíritu, porque es duro ceder; pero hay peligro en resistir.

EL CORO

Se trata de ser prudente, Creón, hijo de Meneceo.

CREÓN

¿Qué es preciso hacer? Habla; obedeceré.

EL CORO

Ve á retirar á la joven del antro subterráneo, y construye una tumba á aquel que yace abandonado.

CREÓN

¿Me aconsejas eso y crees que debo hacerlo?

EL CORO

Ciertamente, ¡oh Rey! y con gran prontitud. Los castigos de los Dioses tienen pies rápidos y alcanzan en poco tiempo á los que hacen el mal.

CREÓN

¡Ay! Renuncio con trabajo á mi primer pensamiento, pero renuncio. Es vano luchar contra la necesidad.

EL CORO

¡Ve, pues! Obra tú mismo, y no confíes ese cuidado á ningún otro.

CREÓN

Iré al punto. Id, id, servidores, todos, tantos cuantos sois, presentes y ausentes, con hachas en las manos, hacia ese lugar elevado. En cuanto á mí, puesto que me he resuelto á ello, del mismo modo que la he sujetado, la libertaré yo mismo. Temo, en efecto, que lo mejor no sea vivir respetando las leyes establecidas.

El coro

Estrofa I

¡Ilustre bajo mil nombres, delicias de la virgen cadmea, raza de Zeus que truena en las alturas, que proteges á la gloriosa Italia, que imperas en el valle común á todos los hombres de Demeter Eleusina, Baco, ¡oh Baco! que habitas en Tebas, la ciudad madre de las Bacantes, cerca de la corriente límpida del Ismeno, allí donde está la cosecha del Dragón feroz!

Antistrofa I

Un vapor espléndido te alumbra sobre la doble cima donde corren las Báquidas, las Ninfas Coricias, y donde fluye el agua de Castalia. Las cimas cubiertas de hiedra de los montes Niseos y sus viñas verdeantes te envían, en medio de los clamores sagrados, á visitar las encrucijadas de Tebas.

Estrofa II

Ella á la que honras maravillosamente más que á todas las demás ciudades, así como á tu madre herida por el rayo. Ahora que toda nuestra ciudad es presa de un mal terrible, ven con pie salvador, franqueando la escarpadura del Parneso ó el estrecho resonante del mar.

Antistrofa II

¡Oh conductor de los astros que respiran el fuego, que presides á los clamores nocturnos, raza de Zeus, aparece con las Tiyadas de Naxos, tus compañeras, que, furiosas durante toda la noche, glorifican con danzantes coros á su dueño Iaco!

El mensajero

Habitantes de las moradas de Cadmo y de Anfión, la vida es siempre tal, que no puedo ni alabarla, ni acusarla. En efecto, la fortuna eleva y derriba siempre al hombre dichoso y al hombre desdichado, y ningún adivino puede revelar jamás con certeza el destino futuro de los mortales. Creón, á mi juicio, era digno de envidia, porque había salvado de sus enemigos esta tierra cadmea. Teniendo aquí el poder supremo, reinaba felizmente y florecía por una noble raza; pero he aquí que todo se ha desvanecido. En efecto, cuando un hombre ha perdido la dicha, creo que es-

menos un vivo que un cadáver animado. Tanto como quieras, goza de tus riquezas en tu morada y del orgullo de la tiranía; sin embargo, si no posees la alegría, no compraré todo aquéllo, comparado á la dicha, por la sombra de una humareda.

EL CORO

¿Qué nueva calamidad de los reyes vienes á anunciarnos?

EL MENSAJERO

Han muerto, y los vivos han sido causa de su muerte.

EL CORO

¿Quién ha matado? ¿quién ha muerto? Habla.

EL MENSAJERO

Hemón ha muerto: ha sido muerto por su mano.

EL CORO

¿Por la mano de su padre ó por su propia mano?

EL MENSAJERO

Por su propia mano, estando irritado contra su padre á causa de la muerte de Antígona.

EL CORO

¡Oh adivino, cuán cierta era tu predicción!

EL MENSAJERO

Siendo esto así, hay que pensar en lo demás.

EL CORO

Pero veo á la desventurada Eurídice, la esposa de Creón. ¿Ha salido de la morada por azar, ó habiendo sabido la desgracia de su hijo?

EURÍDICE

¡Oh vosotros todos, ciudadanos, he oído lo que decíais en el momento en que salía para ir á suplicar á la diosa Palas! Descorrido el cerrojo, levantaba la barra de la puerta, cuando el rumor de una desgracia doméstica ha herido mis

oídos. Espantada, he caído de espaldas en brazos de las esclavas, y mi corazón ha desfallecido. Volved á decirme esas palabras, cualesquiera que sean. Las oiré, habiendo ya sufrido bastantes males por ello.

El mensajero

Ciertamente, querida dueña, diré aquello de que he sido testigo y no ocultaré nada de la verdad. ¿Para qué, en efecto, te he de halagar con mis palabras, si tengo que ser convencido de haber mentido? Lo mejor es la verdad. He seguido á tu esposo hasta la altura en que yacía aún el mísero cadáver de Polinice desgarrado por los perros. Allí, habiendo pedido á la Diosa de las encrucijadas y á Plutón que no se irritasen, le hemos lavado con abluciones piadosas, y hemos quemado sus restos con ayuda de un montón de ramas recién cortadas; y le hemos elevado un montículo funerario con la tierra natal. Luego, desde allí hemos ido al antro profundo de la joven virgen, esa cámara nupcial de Ades. Uno de nosotros oye desde lejos un grito penetrante salir de aquella tumba privada de honores fúnebres, y, corriendo, lo anuncia al dueño Creón. Mientras éste se aproxima, el rumor del gemido se extiende confusamente en derredor suyo, y él, suspirando, dice con voz lamentable: «¡Oh desgraciado de mí! ¿le he, pues, presentido? ¿No me lleva este camino á la mayor desdicha que haya sufrido todavía? La voz de mi hijo ha rozado mi oído. Vamos con prontitud, servidores, y, llegados á la tumba, habiendo arrancado la piedra que la cierra, penetrad en el antro, para que yo sepa si he oído la voz de Hemón, ó si soy engañado por los Dioses.» Hacemos lo que el dueño despavorido ha ordenado y vemos á la joven colgada, habiendo anudado á su cuello una cuerda hecha con su sudario. Y él tenía á la virgen abrazada por la mitad del cuerpo, llorando la muerte de su prometida enviada al Hades, y la acción de su padre, y sus nupcias lamentables. En cuanto Creón lo ve, con un profundo suspiro, va hasta él, y lleno de sollozos, lo llama: «¡Oh desgraciado! ¿Qué has hecho? ¿Qué pensamiento ha sido el tuyo? ¿Cómo te has perdido? ¡Yo te lo suplico, sal, hijo mío!» Pero el joven, mirándole con ojos sombríos, y como teniendo horror de verle, no responde nada y saca la espada de dos filos; pero la huída sustrae el padre al golpe. Entonces, el desdichado, furioso contra sí mismo, se arroja sobre la espada y se atraviesa con la punta en medio de los costados. Y con sus brazos desfalle-

cidos, todavía dueño de su pensamiento, abraza á la virgen, y, jadeando, expira haciendo salpicar una sangre purpúrea sobre las pálidas mejillas de la joven. Así se ha acostado muerto al lado de su prometida muerta, habiendo realizado, el infeliz, sus nupcias fatales en la morada de Ades, enseñando á los hombres con su ejemplo que la imprudencia es el mayor de los males.

El coro

¿Qué presientes de esto? La mujer ha desaparecido antes de haber pronunciado una palabra, ni buena, ni mala.

El mensajero

Estoy sorprendido como tú mismo. Sin embargo, me lisonjeo con la esperanza de que habiendo sabido la muerte de su hijo, no ha querido lamentarse por la ciudad, sino que, retirada en su morada, va á advertir á sus esclavas, para que lloren esta desgracia doméstica. Porque no carece de prudencia hasta el punto de flaquear en cosa alguna.

El coro

No lo sé; pero me parece que un silencio demasiado grande anuncia desgracias tan crueles como gritos repetidos y sin freno.

El mensajero

Bien pronto sabremos, entrando en la morada, lo que oculta en su corazón irritado; porque, dices bien: un silencio demasiado grande es para asustar, en efecto.

El coro

He aquí que viene el Rey mismo, llevando en sus brazos, si me es lícito decirlo, una prenda evidente de la desgracia que se le ha infligido, no por otro, sino por su propia falta.

Creón

Estrofa 1

¡Oh faltas amargas y mortales de un espíritu insensato! ¡Oh! ¡ved esas muertes y esas víctimas, todas de una misma familia! ¡Oh fatal resolución! ¡Ay de mí! ¡Hijo, tú has muerto joven de una muerte precoz, ¡ay! ¡ay! no por tu demencia, sino por la mía!

EL CORO

¡Ay! ¡Qué tarde has conocido la justicia!

CREÓN

¡Ay! ¡La he conocido, desdichado! Es que un dios furioso contra mí me ha herido en la cabeza y me ha inspirado funestos propósitos, derribando con el pie mis alegrías. ¡Ay! ¡ay! ¡oh trabajos miserables de los hombres!

EL ENVIADO

¡Oh dueño! Has encontrado y posees todos los males, llevando los unos en tus brazos y debiendo bien pronto contemplar los otros en tu morada.

CREÓN

¿Qué hay todavía?

EL ENVIADO

Tu infortunada mujer acaba de herirse mortalmente, probando así que era bien la madre de ese muerto.

CREÓN

Antistrofa 1

¡Oh umbral del inexorable Ades! ¿Por qué me pierdes! ¡Oh mensajero de un lamentable infortunio! ¿qué palabra has dicho? ¡Ay! ¡ay! Has acabado á un hombre ya muerto. ¿Qué dices? ¡Ay de mí! ¿que nueva calamidad me anuncias? ¡La muerte sangrienta de mi mujer después de ésta!

EL ENVIADO

Puèdes mirar. Ella no está ya en tu morada.

CREÓN

¡Ay de mí! ¡Desventurado! Veo esta nueva miseria. ¿Cuál me queda que sufrir en adelante? ¡Oh infeliz de mí, tengo en mis brazos á mi hijo muerto, y veo por otro lado á esta muerta! ¡Ay! ¡ay! ¡desgraciada madre! ¡Ay! ¡hijo mío!

EL ENVIADO

Habiéndose abrazado al altar, se ha herido y ha cerrado sus párpados cargados de sombra, después de haber llorado

el ilustre destino de Megareo y el de Hemón; y por fin, ha lanzado imprecaciones contra ti que has matado á su hijo.

CREÓN

Estrofa II

¡Ay! ¡ay! estoy lleno de terror. ¿Por qué alguno no me ha atravesado por delante con una espada de dos filos? ¡Desgraciado de mí! ¡Ay! ¡ay! ¡estoy abrumado de miserias!

EL ENVIADO

Esta muerta te ha acusado de esas dos muertes.

CREÓN

¿De qué modo ha cesado de vivir?

EL ENVIADO

Por su propia mano se ha herido con la espada bajo el hígado, en cuanto ha sabido la suerte lamentable de su hijo.

CREÓN

Estrofa III

¡Ay de mí! Jamás acusaré á ningún otro hombre de los males que solo yo he causado; porque yo soy quien te ha matado, ¡desdichado de mí! ¡yo mismo! y esta es la verdad. ¡Oh servidores, llevadme con toda rapidez, llevadme lejos, á mí, que no soy ya nada!

EL CORO

Tienes razón, si nada de bueno hay en la desgracia. El mal presente es el que mejor hace cesar el primero.

CREÓN

Antistrofa II

¡Vamos, vamos! ¡Venga una última muerte que traiga mi supremo día tan deseado! ¡Vamos! ¡que venga, á fin de que no vea el día de mañana!

EL CORO

Las cosas son futuras. Conviene ocuparse de las cosas presentes. Toca á aquellos á quienes el porvenir concierne preocuparse de ellas.

CREÓN

Pero tampoco he pedido por mis plegarias sino lo que deseo.

EL CORO

No desees nada ahora. Los mortales no pueden escapar á una desgracia fatídica.

CREÓN

Antistrofa III

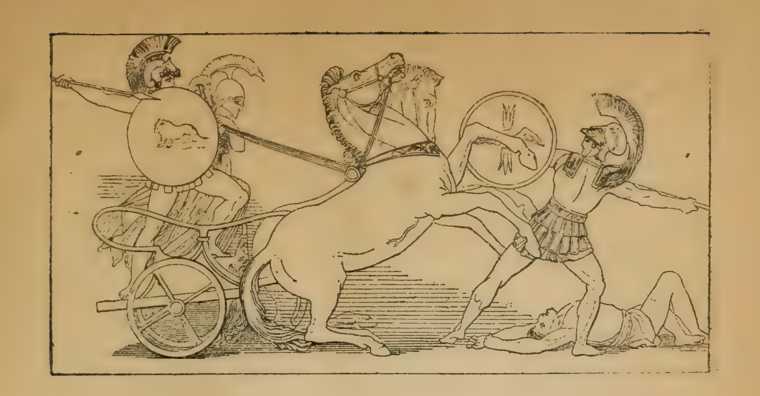
¡Llevad lejos á un insensato, á mí que te he matado, ¡oh hijo! y á ti que estás ahí, tambien! ¡Oh desventurado! No sé, no teniendo ya nada, de qué lado volverme. Todo lo que poseía ha desaparecido; un insoportable destino se ha precipitado sobre mi cabeza.

EL CORO

La mejor parte de la felicidad es la prudencia. Es preciso reverenciar siempre los derechos de los Dioses. Las palabras soberbias atraen sobre los orgullosos terribles males que les enseñan tardíamente la prudencia.

FIN DE «ANTÍGONA»

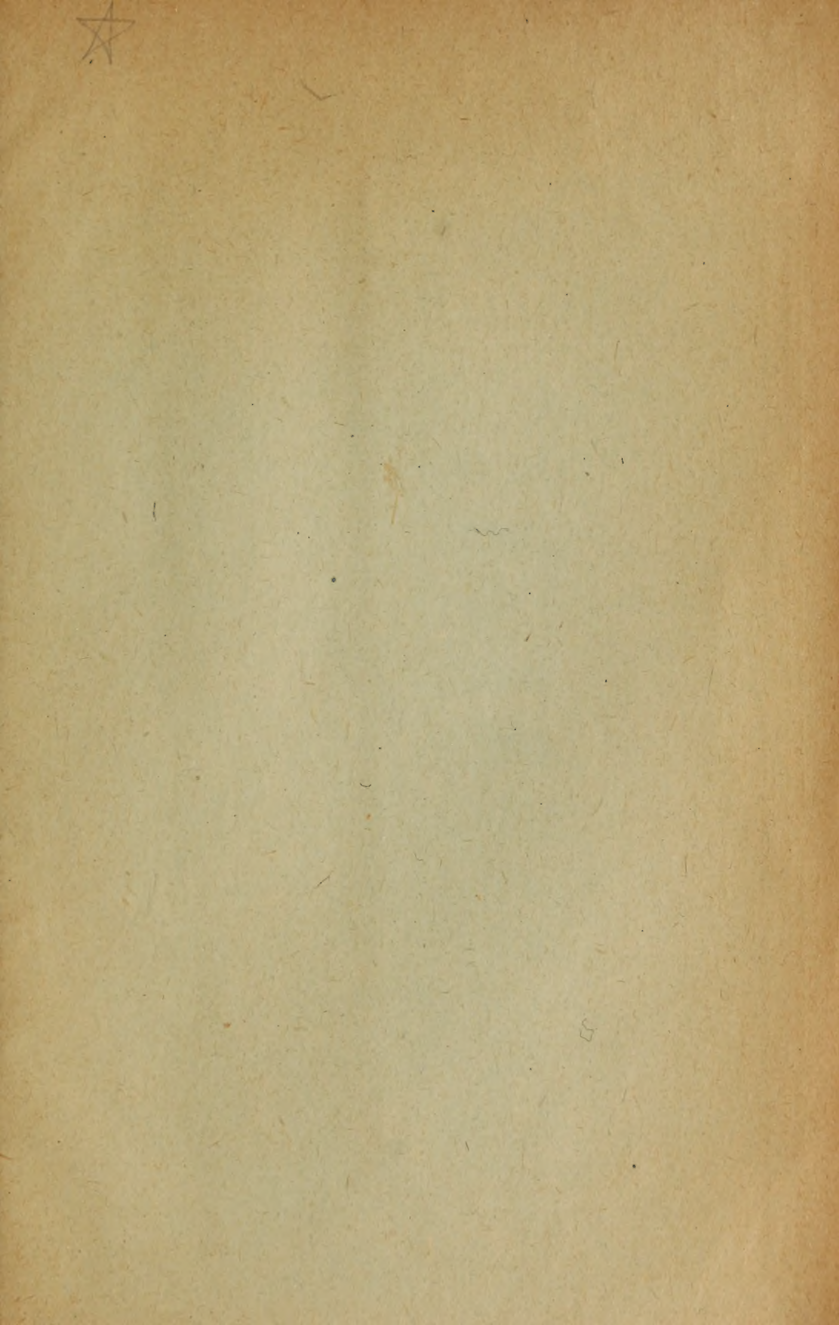


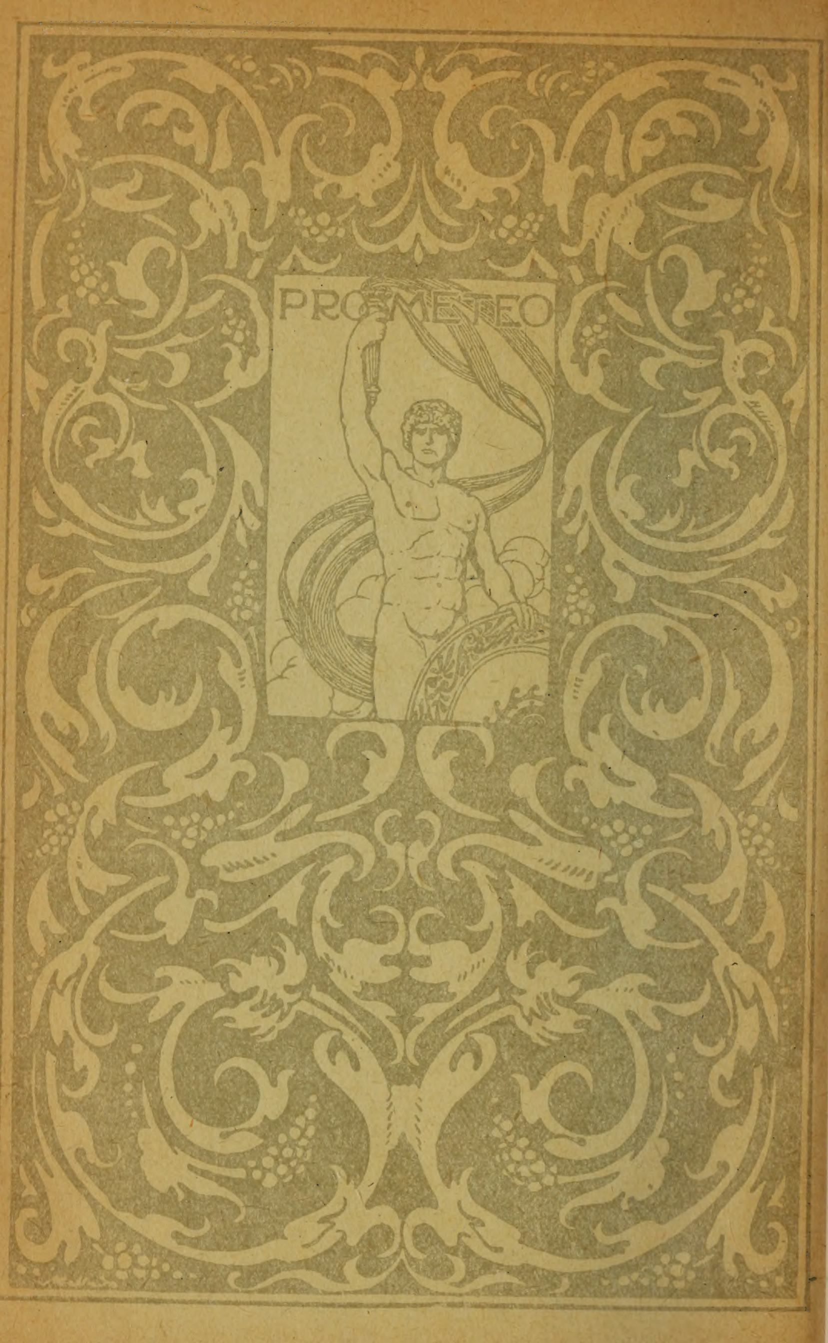


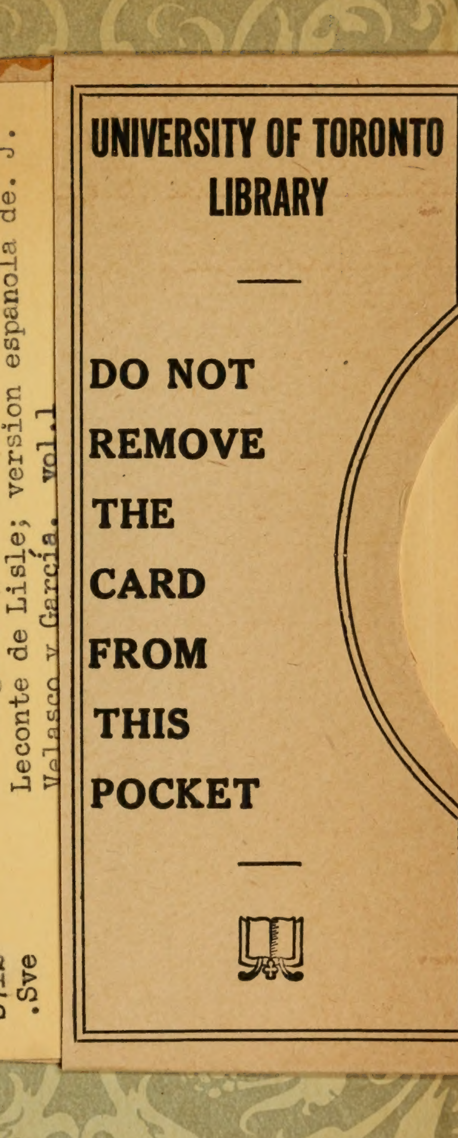
ÍNDICE

Págs.






PROMETEO


UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET